

F1227
.M5

E4J3
7787
Ej01

ESTEBAN MINOR CARRO

AUTOBIOGRAFIA

MEXICO, 1994

REG-2128

Reg. 2128



SECRETARIA DE MARINA
UNIDAD DE HISTORIA
Y CULTURA NAVAL
MEXICANA GESTION



F 1227
.M 5

Primera edición: 1994

Coedición del Instituto Politécnico Nacional y el Instituto
Mexicano de Comunicaciones

DR © 1994 Ing. Esteban Minor Carro
ISBN 970-91176-4-5
Impreso en México - Printed in Mexico

Secretaría de Educación
Pública

Lic. Fernando Solana Morales
Secretario

Subsecretaría de Educación e
Investigación Tecnológicas

Dr. Raúl Talán Ramírez
Subsecretario

Secretaría de Comunicaciones y
Transportes

Lic. Emilio Gamboa Patrón
Secretario

Subsecretaría de Comunicaciones y
Desarrollo Tecnológico

Lic. Andrés Massieu Berlanga
Subsecretario

Instituto Politécnico Nacional

C.P. Oscar Joffre Velázquez
Director General

Ing. Alfredo López Hernández
Secretario General

Dr. José A. Irán Díaz Góngora
Secretario Académico

Dr. Benjamín Varela Orihuela
Secretario Técnico

I.B.Q. Marco Polo Bernal Yarahuán
Secretario de Apoyo

Instituto Mexicano de Comunicaciones

Ing. Eugenio Méndez Docurro
Director General

Dr. Enrique Melrose Aguilar
Coordinador de Investigación

M. en C. Sergio Viñals Padilla
Coordinador de Ingeniería

Ing. Manuel Rosales González
Coordinador de Servicios de Apoyo

ESIME

Director de Coordinación

M. en C. Arturo Cepeda Salinas

Directores de Unidad

Ing. Vicente Mayagoitia Barragán
Azcapotzalco

Ing. Jesús A. Pérez Espiridión
Culhuacán

Ing. Manuel Quintero Quintero
Ticomán

M. en C. Salvador Alvarez Ballesteros
Zacatenco

ESTEBAN MINOR CARRO
AUTOBIOGRAFIA

<i>Compilación:</i>	Ing. Jesús Flores Palafox
<i>Coordinación general:</i>	Dr. Humberto Monteón González
<i>Coordinación editorial:</i>	Lic. Luis Arturo Torres Rojo
<i>Diseño y originales mecánicos:</i>	Est. Joaquín de Lara Martínez
<i>Archivo Histórico:</i>	Profr. Jorge Ronald Chirinos Emmett Tec. Claudio López Ostría
<i>Asesoría:</i>	Vicealmirante I.M.N. Mario Lavalley Argudín
<i>Revisión:</i>	Lic. Alma Morales Barragán
<i>Fotografía:</i>	Sr. José Osorio Acosta
<i>Captura :</i>	Sra. Patricia González Alaniz Sra. Yolanda Gutiérrez Roldán Lic. Rebeca Miranda Brito
<i>Portada:</i>	Lic. Antonio Orozco González

CONTENIDO:

- Proemio

- Almirante Luis Carlos Ruano Angulo	IX
- Dr. José Sarukhán Kermez	
Ing. Esteban Minor Carro: Maestro de maestros	XIII
- C.P. Oscar Joffre Velázquez	
Don Esteban Minor: ejemplo de honradez y trabajo	XVII
- Ing. Eugenio Méndez Docurro	
La cátedra del maestro	XXI
- M.C. Salvador Alvarez Ballesteros	
Ing. Esteban Minor Carro: una vida ejemplar	XXV

- Advertencia XXIX

- Autobiografía

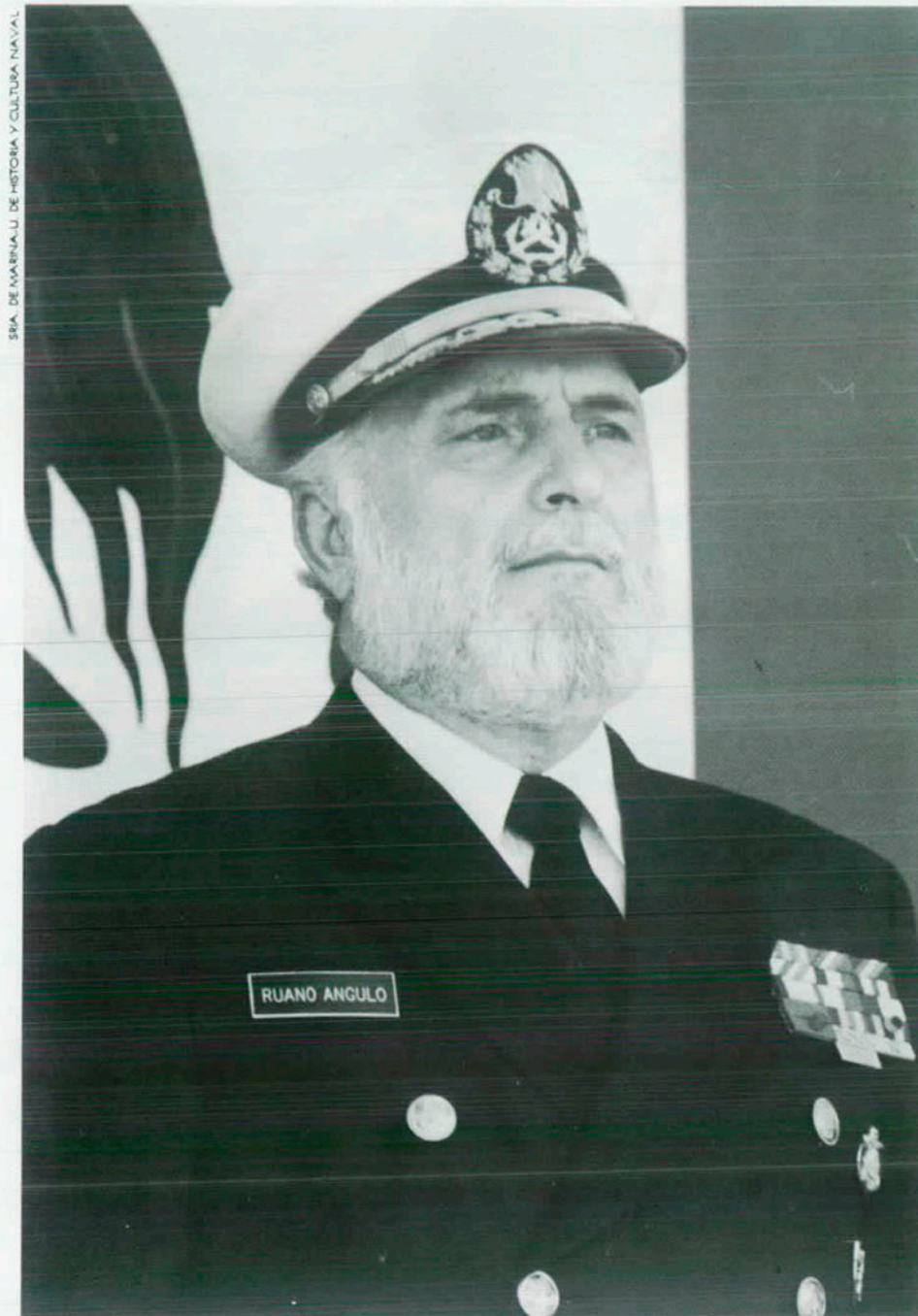
- Mis Raíces	1
- Mi vocación de Marino	5
- Mi primer día de clases	12
- Septiembre: mes de la Patria... y también de novatadas	14
- Primer año de estudios	19
- Segundo año de estudios	26
- Tercer año de estudios	31
- Cuarto y quinto año de estudios	35
- ¡Cadetes, a las armas!	44
- Actos de heroísmo	54
- La retirada	62
- Mi práctica en el cañonero <i>Guerrero</i>	68
- Mi aventura revolucionaria	88
- Mi experiencia en la Marina Mercante Nacional	106
- Mi vida profesional como maestro en ciencias matemáticas	119

- Anexo I Testimonios

- Momentos irrepetibles	
Profr. Juan José Bravo Monroy	137

- Motivo de admiración Ing. Mario Canabal Aznar	138
- Figura recta y firme Ing. Luis Cedeño Reyes	140
- Personalidad de excelencia Ing. Fernando de Garay y Arenas	140
- Recuerdos maravillosos Ing. Salvador Enríquez Arias	141
- Disciplina y justicia Ing. Pablo Fuentes Ramos	144
- Apuntes con historia Raúl García Valdés	145
- Con admiración y respeto C.P. Rosa María Guerra Pérez	147
- Digno ejemplo Lic. Humberto Hiriart Urdanivia	149
- Educador incansable Vicealmirante I.M.N. Mario Lavalle Argudín	149
- Alto sentido del deber Ing. Manuel Martínez Ortiz	150
- Evocación nostálgica Gonzalo Martré	151
- Mi maestro Esteban Minor Ing. Gregorio Ruiz Chavarría	153
- La decencia andante Hiram Torres Goytortúa	155
- Don de gentes Ing. José Trinidad Torres Soto	157
- Fraternalmente Ing. Jesús Vargas Cuevas	159
- Vida plena de responsabilidad Ing. Sergio Viñals Padilla	160
- Anexo II Reconocimientos y homenajes	163
- Créditos fotográficos	187
- Índice onomástico	189





*Almirante C.G.D.E.M. Luis Carlos Ruano Angulo
Secretario de Marina*



MEXICO D.F. 24 DE NOVIEMBRE DE 1991

DR. HUMBERTO MONTEÓN GONZÁLEZ
PRESENTE.

CONOCI AL MAESTRO ESTEBAN MINOR EN EL AÑO DE 1941, PROBABLEMENTE EN NOVIEMBRE; LO FUI A BUSCAR A SU CASA, EN ESE ENTONCES VIVIA EN LAS CALLES DE MINERIA EN TACUBAYA, NO RECUERDO BIEN EL NUMERO QUIZAS ERA EL ONCE O CATORCE. ME MANDO MI PADRE PARA VER SI ME PODRIA DAR CLASES DE MATEMATICAS Y EN GENERAL PREPARARME PARA ENTRAR A LA HEROICA ESCUELA NAVAL, HABIENDO INGRESADO EL PRIMERO DE SEPTIEMBRE DE 1942 Y ACTUALMENTE SOY EL SECRETARIO DE MARINA.


LUIS CARLOS JUANG ANGULO
ALMIRANTE
SECRETARIO DE MARINA.



*Dr. José Sarukhán Kermez
Rector
Universidad Nacional Autónoma de México*

Ing. Esteban Minor Carro: Maestro de Maestros

Con motivo de la colocación de la primera piedra de la nueva biblioteca de la Facultad de Ciencias, coincidí en el acto con universitarios de la talla del maestro Alberto Barajas, del maestro Gonzalo Zubieta y del maestro Luis de la Fuente. Les produjo una gran emoción y un gusto enorme saber que este día se le rendía un homenaje al maestro Esteban Minor, maestro de maestros.

Esto nos da una idea de la dimensión, de la trascendencia y de la relevancia que una labor, realmente ejemplar y admirable como la del maestro Minor, ha tenido en la actividad docente; y no sólo hablamos de tenacidad y constancia, sino estamos hablando de una vocación, de una dedicación y de un amor, que no puede nacer sino del alma, para llevar a cabo sostenidamente una función de este tipo, por tanto tiempo y en beneficio de tantas personas.

A esto me refiero precisamente cuando hablo de vocación universitaria y de vocación docente. Ello constituye la esencia de lo que está detrás de la obra y de la contribución de personas como el maestro Minor.

Es en verdad espléndido tener la oportunidad de reconocerle a alguien, que ha alcanzado el siglo de vida, su labor en nuestra Universidad, especialmente en nuestra Escuela Nacional Preparatoria y cuyo efecto se ha dejado sentir en numerosas generaciones de profesionistas, muchos de los cuales están ahora en puestos de gran responsabilidad,

así como de numerosos maestros que están formando a nuevas generaciones de alumnos. Esta especie de herencia cósmica, en que consiste la docencia, probablemente es la institución más notable que la sociedad, a través de su evolución cultural, ha desarrollado. De hecho, el avance cultural de la humanidad es justamente posible debido a la capacidad de transmitir de una generación a otra, por milenios, el conocimiento que el hombre ha aportado y atesorado, de manera que cada generación sea un poco mejor, sepa un poco más, sea un poco más justa y sea un poco menos limitada que las anteriores.

A maestros como Don Esteban Minor, debemos la Universidad que tenemos. Es muy grato para mí como Rector, reconocer en uno de los académicos de la Institución, el trabajo, el tesón, pero sobre todo el cariño cordial universitario, que han motivado al maestro Minor a lo largo de 60 años de docencia y de trabajo constante y fecundo. Su ejemplo no sólo engrandece a la Universidad Nacional Autónoma de México sino que, además, forma parte de quienes apoyan la transmisión del conocimiento y el desarrollo cultural del país, por medio de una enseñanza correcta, de una generación a otra, tratando de unir el esfuerzo invaluable de todos para lograr una Nación cada día mejor.

Dr. José Sarukhán Kermez

IN. DIRECCION DE COMUNICACION SOCIAL



*C.P. Oscar Joffre Velázquez
Director General
Instituto Politécnico Nacional*

Don Esteban Minor: Ejemplo de Honradez y Trabajo

El optimismo con que nuestro país mira hacia el siglo XXI tiene profundas raíces históricas.

Han sido las generaciones y hombres ilustres del pasado quienes con su esfuerzo, su disciplina y su ejemplo nos han legado la esperanza de un México mejor y más justo, así como la certeza de que los nuevos horizontes abiertos para la patria, se hallan firmemente cimentados en la realidad y no se convertirán en frustrantes espejismos.

Ingrato sería no reconocerlo.

Delicado además, sería que perdiéramos la memoria de lo permanente, deslumbrados como estamos, ante la velocidad de las transformaciones del mundo de fin del siglo, de fin del milenio.

Por todo ello, esta publicación tiene una doble intención: que los jóvenes mexicanos se vean reflejados en esta historia de dedicación y amor patrio y la de rendir un homenaje a los cien fructíferos años de vida del insigne Ingeniero Don Esteban Minor Carro.

Homenaje delicado y comprometedor.

¿Qué homenaje puede rendírsele a un hombre que desde su más temprana juventud - y es seguro que a los cien años se han disfrutado varias - ya contaba con la entereza y el valor necesarios para ofrendar generosamente su vida en aras del Honor Nacional, mancillado por el invasor extranjero?

¿De qué manera se le puede agradecer a un hombre la decisión de entregar su tiempo vital a la formación de innumerables generaciones de jóvenes que, ya maduros, han sido los responsables de construir esta gran Nación?

¿Cómo decirle que su ejemplo de honradez y trabajo no vivirá únicamente en nuestra terrenal y mortal memoria, sino que estará inscrito para siempre en las páginas más relevantes de nuestro legado histórico?

Homenaje delicado porque no hay palabras justas para expresarle a Don Esteban Minor nuestro agradecimiento por compartir con nosotros su prolífica labor, en la que se estrechan, como viejos amigos, el pasado y el presente de un país decidido a corresponder a la grandeza de sus hombres preclaros.

Comprometedor, en primera instancia, porque es a nosotros a quienes el Ingeniero Minor nos honra con su inolvidable presencia y, en segundo término, porque hoy, con la presentación de este libro escrito de su puño y letra, quisiéramos invitarlo a vivir cien años más, para que así, al finalizar este periodo, las siguientes generaciones de mexicanos puedan decirle, como ahora nosotros: Gracias Maestro.

C.P. Oscar Joffre Velázquez



*Ing. Eugenio Méndez Docurro
Director General
Instituto Mexicano de Comunicaciones*

La Cátedra del Maestro

La escuela es el ámbito en que adquirimos los primeros afectos y vínculos externos a la familia; es allí donde se amplía el horizonte de nuestra percepción y empieza a acumularse la experiencia; se acendran los valores que dan sustento a la nacionalidad y se disciernen los paradigmas que encarnan en próceres y maestros. Sucede así desde la primaria hasta la escuela superior, pero es definitivo en el tránsito de la enseñanza media, la cual tuve la suerte de cursar en la Vocacional 2 del Instituto Politécnico Nacional.

El paso del tiempo y la declinación de la memoria dificulta recordar todos los acontecimientos y personas que nutrieron esa época, pero se conservan siempre las impresiones más significantes de esa etapa, las que orientaron el curso de la vida. Así, me complace rememorar la imagen de mis profesores en ese ciclo entre los cuales hubo algunos cuya personalidad, dedicación y competencia fueron determinantes para mi formación como mexicano y como ingeniero. Sobresale, en especial, el maestro Esteban Minor Carro, quien impartía la asignatura de geometría analítica y cálculo diferencial de manera clara, rigurosa y sugerente, e inducía didácticamente a su comprensión y disfrute. La enseñanza del maestro Minor fue para mí apoyo fundamental para cursar los estudios superiores.

Es gratificante que sus alumnos de tantas generaciones, quienes tuvieron la fortuna de seguir sus enseñanzas en

instituciones diversas, le rindan homenajes con ocasión de su Primer Siglo de vida. Qué bueno que por su calidad de maestro insigne y su título de defensor de la Patria en 1914, como joven guardiamarina en la Escuela Naval Militar de Veracruz, el gobierno federal, los de los estados de Tlaxcala (su estado natal) y Veracruz, la Secretaría de Marina, la Universidad Nacional y el Instituto Politécnico le hayan dedicado sucesivamente merecido reconocimiento, y qué satisfactorio que se edite este libro en su honor, en el cual plasmamos el testimonio de nuestro respeto, admiración, cariño y gratitud.

Ing. Eugenio Méndez Docurro



*M. en C. Salvador Alvarez Ballesteros
Director
Unidad ESIME Zacatenco*

Ing Esteban Minor Carro: Una Vida Ejemplar

Durante los últimos años se ha producido en el país un resurgimiento de la historia narrativa, particularmente de algunos de sus géneros predilectos y de más añeja tradición: la biografía y la autobiografía.

La explicación a este hecho, puede hallarse en una actitud consciente por parte de los escritores contemporáneos: la justificada necesidad de rescatar una práctica literaria que nos pertenece y a la que mucho debemos.

Sin embargo, una consideración de este tipo no aclara por sí sola el auge de una actividad intelectual, aparentemente más característica de nuestros abuelos del siglo pasado, que de espíritus crecidos al amparo del moderno desarrollo tecnológico. En realidad, se puede intentar una explicación más amplia y de mayor profundidad.

La actualidad se ha caracterizado por cambios radicales en el comportamiento y el pensamiento de las nuevas generaciones; incluso se ha llegado a la actitud extrema de negar el pasado.

Paradójicamente, esta situación ha provocado un reencuentro con antiguos valores y viejas expectativas de vida. La exaltación del individuo y de la experiencia propia, se ha convertido en un pilar del mundo contemporáneo. Dicha exaltación no significa, como podría pensarse en un primer momento, que el interés colectivo haya sido

relegado; por el contrario, se trata de recuperar -por medio de una renovada actitud moral- la riqueza individual en aras del bien común. Se exalta lo individual, pero lo que tiene de valor y sentido para la colectividad.

La importancia adquirida por los escritos históricos narrativos, tiene su fundamento en la situación ya descrita. En el marco de una sociedad que se recompone aceleradamente hacia lo impredecible conviven, en armonía o sin ella, la tradición y la transformación, lo que permanece y lo que cambia.

El libro que estamos presentando, es a su vez producto de la experiencia vital de un hombre y reflejo de los más caros anhelos de un pueblo. En él se hallan sintetizadas, con magistral sencillez, las incertidumbres pasadas, las soluciones presentes y las esperanzas futuras.

La autobiografía del Ingeniero y Maestro Esteban Justo Minor Carro, viene a sumarse a la ilustre trayectoria de las Letras Mexicanas. Sin más aspiración que la de legar a la posteridad la descripción de una vida ejemplar, el Ingeniero Minor logra, asimismo, reconstruir en su obra el espíritu original que impulsó a los forjadores de esta gran Nación.

M. C. Salvador Alvarez Ballesteros

ADVERTENCIA

Este libro es un homenaje a un hombre ejemplar, defensor de la Patria, veterano de la Revolución, Maestro sabio y generoso: Ingeniero Mecánico Naval Esteban Minor Carro.

Felizmente, con una salud y lucidez admirables, arribó Don Esteban al maravilloso puerto de los cien años. No conoció el naufragio, ni en los mares que surcó en sus años juveniles, ni en las tormentas sociales en las que participó.

En este libro, acompañan al espléndido documento de Don Esteban, los cálidos testimonios de ex discípulos suyos de la H. Escuela Naval Militar, la UNAM y el IPN.

De personas e instituciones

La realización de esta obra, iniciativa del Ing. Eugenio Méndez Docurro y del C.P. Oscar Joffre Velázquez, fue posible gracias a la colaboración de muchas personas e instituciones.

Agradecemos a la familia Minor el apoyo que nos brindó. En especial, al propio Ingeniero Esteban Minor y a su señora esposa Doña Alicia González de Minor, por la confianza y activa participación en la preparación de este libro; ellos nos proporcionaron los apuntes originales de Don Esteban, revisaron y dieron su anuencia para la

publicación de la versión final; nos facilitaron documentos y fotografías.

La Unidad de Historia y Cultura Naval de la Secretaría de Marina nos permitió el acceso a sus acervos. En particular, agradecemos la valiosa asesoría y fino trato que nos dispensó el Director de esta Unidad, Vicealmirante I.M.N. Mario Lavalle Argudín.

En este esfuerzo editorial, fueron importantes las observaciones y sugerencias del Ingeniero Mario Canabal Aznar; cumpliendo diversas tareas, participaron las siguientes personas: Arq. Armando Barceinas Paredes, Lic. Norma Bobadilla Viramontes, Lic. Ana María Ibarra Romo, Lic. María Estela Islas Pérez, Sr. Jorge Sánchez López, Sra. Adriana Segl Zalce y Sra. Rosa Ma. Velázquez Rangel.

Este libro aparece en vísperas del 80 aniversario de la Defensa del H. Puerto de Veracruz. Don Esteban rememora con particular emoción aquellas gloriosas jornadas, que tanto lustre dieron a la H. Escuela Naval Militar y que, en su momento, pusieron tan en alto la moral y el patriotismo de los mexicanos. Es su voz la de una generación que con gallardía y generosidad defendió a la Patria y, en los tiempos de paz, se entregó a la construcción de un México mejor.

Jesús Flores Palafox

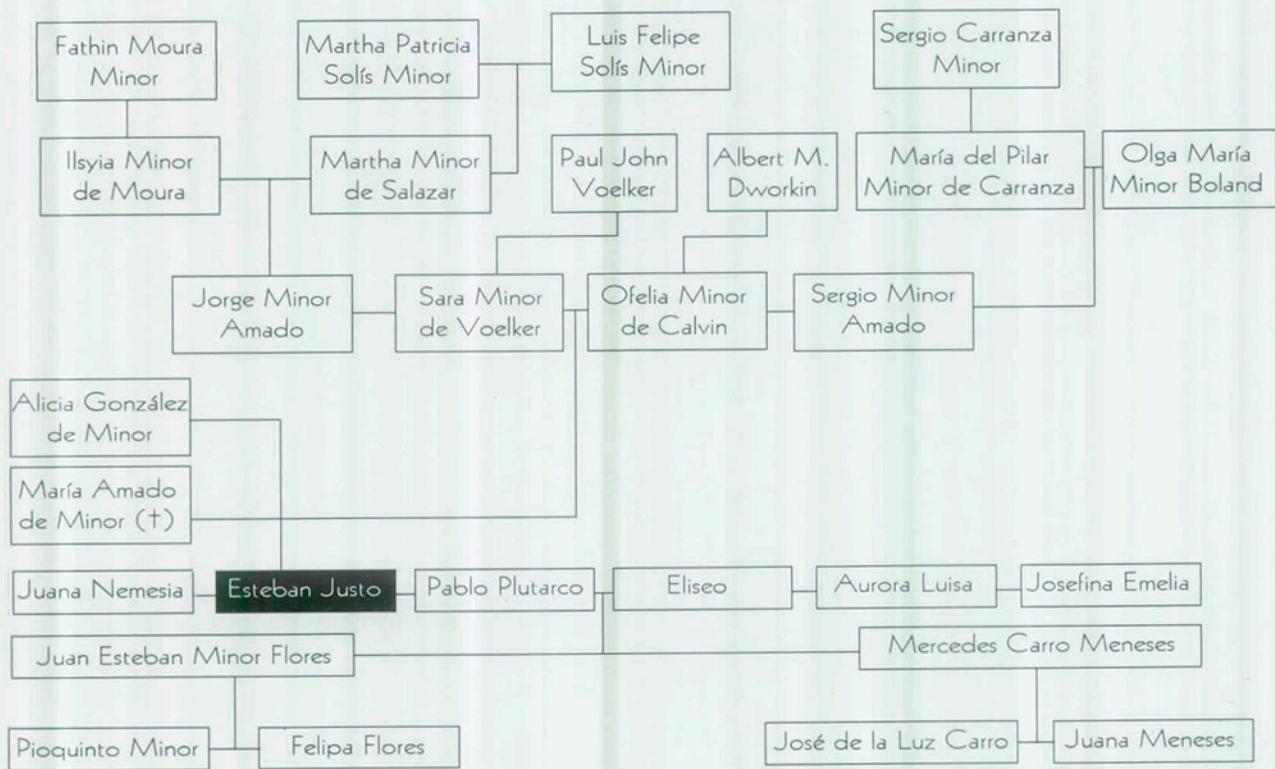
Humberto Monteón González

MIS RAICES

Antes de iniciar este relato, quiero recordar con emoción a mi padre, quien con su ejemplo influyó de manera determinante en la formación de mi carácter; y a mi madre que, quizá sin proponérselo, marcó el camino y fortaleció mi corazón con sus virtudes.

Nací en el pueblo de San Nicolás Panotla, Estado de Tlaxcala, el 3 de agosto de 1893, me bautizaron en la parroquia del mismo lugar, con el nombre de Esteban Justo. Mis padres fueron: Don Juan Esteban Minor Flores, campesino, músico de oficio y Doña Mercedes Carro Meneses de Minor, dedicada al cuidado del hogar, ambos nacieron en Panotla y procrearon seis hijos: Juana Nemesia, Esteban Justo, Pablo Plutarco, Eliseo, Aurora Luisa y Josefina Emelia.

Mis abuelos, por línea paterna fueron: Don Pioquinto Minor y Doña Felipa Flores de Minor, también oriundos de Panotla; y por línea materna: Don José de la Luz Carro y Doña Juana Meneses de Carro, originarios de Río Frío, Puebla.



Arbol genealógico del Ingeniero Esteban Justo Minor Carro.

La distancia de los años ha borrado, tal vez para siempre, vivencias y detalles importantes de mi infancia y de mi juventud; sin embargo, a pesar de que este año traspongo el siglo de existencia, aún recuerdo lejanos episodios que marcaron mi destino. En este libro me he de referir a ellos.

FOTO: JESUS FLORES PALAFOX



*Parroquia de San
Nicolás Panotla.*

FOTO. JESUS FLORES PALAFOX



FOTO. JESUS FLORES PALAFOX



Casa de la familia Minor Carro en Panotla, en donde vio la luz primera Don Esteban.

Arriba: fachada, abajo: patio.

MI VOCACION DE MARINO

Allá por el año de 1909, llegó a la capital de Tlaxcala la compañía de títeres "Hermanos Rosete Aranda" y se presentó en el teatro "Xicoténcatl". En su repertorio estaba la obra: "La tempestad en el mar", a la que asistí a invitación de mi señora madre, quien así quiso estimular mi empeño en el trabajo del campo. De esta representación salí tan fuerte y gratamente impresionado, que decidí desde entonces abrazar la carrera de marino.

Ese mismo año, en la clausura de cursos, después de la entrega de certificados a los alumnos que terminamos el sexto año de instrucción primaria, el señor director Ing. Don Justiniano Aguillón de los Ríos, con quien estudié el último año escolar, dictó una conferencia sobre orientación profesional.

En su disertación ponderó cada una de las carreras de la época: ingeniero de minas, ingeniero civil, topógrafo, arquitecto, médico, dentista, agrónomo, médico veterinario, maestro normalista, abogado y las que se cursaban en el H. Colegio Militar y en la Escuela de

CD. DE MEXICO, 1906



Palacio de Minería.

CD. DE MEXICO, 1906



*Plaza de Santo Domingo.
Al centro la estatua de
Doña Josefa Ortiz de
Domínguez. Al fondo el
templo de Santo
Domingo y a la derecha
la Escuela de Medicina.*

Aspirantes de Tlalpan; para sorpresa mía, nada mencionó acerca de la carrera de marino.

Cuando los asistentes a la conferencia abandonaron la sala, me acerqué al Ing. Aguillón y le pregunté por qué no había mencionado la carrera de marino; me contestó que la desconocía, pero al ver mi entusiasmo e interés, se emocionó tanto, que me prometió investigar en su próximo viaje a la ciudad de México, en dónde se estudiaba esa carrera y qué trámites debía yo hacer para cursarla.

Así ocurrió. Luego de un viaje a la capital, Don Justiniano puso en mis manos el Reglamento de la Escuela Naval Militar, el cual leí con avidez, iniciando de inmediato la preparación de las materias para sustentar el examen de admisión.

De todo lo anterior, nada comuniqué a mis familiares. Fue mi entrañable secreto. El 30 de julio de 1910, viajé con mi padre a la capital de la República, con el objeto de conocer las diversas carreras de la época y los edificios en donde éstas se estudiaban. Recuerdo que de estos edificios, el que más me impresionó fue el Palacio de Minería, en donde se estudiaban las carreras de ingeniería en minas, ingeniería civil y topografía.

Mi padre regresó a Panotla y me dejó en la capital con el objeto de que yo reflexionara y decidiera qué carrera seguir, indicándome al partir que en lo personal, a él le encantaría me graduara de abogado.

Apenas se marchó, me dirigí a la Secretaría de Guerra y Marina, en donde elevé mi solicitud de ingreso a la Escuela Naval Militar. En el Departamento de Marina se me ordenó efectuar los exámenes médico y de admisión en el H. Colegio Militar, los cuales presenté y aprobé sin dificultad.

El éxito que obtuve en el examen de admisión, lo debo a los sólidos conocimientos que adquirí en sexto año de primaria con Don Justiniano Aguillón de los Ríos; a él debo también el haber realizado los estudios de primaria, pues en alguna ocasión estuve a punto de abandonarlos al sentirme incapaz de entender las matemáticas y la gramática; pero Don Justiniano, hombre generoso y gran pedagogo, me alentó y preparó extra clases, lo que me permitió continuar y concluir los estudios. Por todo ello siempre lo he recordado con cariño y gratitud.

Presentados y aprobados los exámenes, se me indicó que cubriera la fianza prevista en el Reglamento. Sólo me quedó pendiente la entrega de la autorización de mi padre, quien me la otorgó al regresar a la capital.

Me resulta difícil describir la reacción de mi progenitor cuando le comuniqué mi decisión, nunca se imaginó que me inclinaría por la carrera de marino, profesión poco conocida en Tlaxcala en esa época, aún entre la gente de mediana cultura. Una vez repuesto de la fuerte impresión que esto le ocasionó, regresó al pueblo para informar a la familia acerca de mi determinación.

La respuesta del Colegio no fue inmediata. Estábamos ya a mediados de agosto y yo no sabía nada con respecto a mi solicitud.

Cierto día, al ir por los corredores del Departamento de Marina, me llamó el Jefe de esta sección, un señor de apellido Montero, y me confió que las notas que había yo obtenido en el examen eran excelentes, pero que era necesario conseguir una recomendación que apoyara mi solicitud. Escribí de inmediato a mi padre y lo enteré del asunto; él a su vez, puso al tanto de la situación a Don Justiniano Aguillón y decidieron dirigirse al Gobernador del Estado, Coronel Don Próspero Cahuantzi, para solicitarle que me otorgara la recomendación que se me exigía. El Gobernador se interesó en el caso y remitió un mensaje telegráfico al Secretario de Guerra y Marina,

General González Cosío, en los siguientes términos:

“Muy estimado hermano, si el joven Estaban Minor Carro ha cumplido con los requisitos reglamentarios para ingresar a la Escuela Naval Militar, mucho te agradeceré lo ayudes, pues es el primer joven de este Estado que desea abrazar la carrera de marino. Afectuosos saludos.” Fue todo lo que necesitó mi solicitud. Al poco tiempo, el propio señor Montero me dijo: -¡Qué palancota metiste muchacho! Ayer el Secretario González Cosío llamó al General Paliza, Jefe del Departamento de Marina, y le dijo que si tus papeles estaban en orden se te admitiera de inmediato y se te enviara a la Escuela Naval Militar con el carácter de cadete, así que prepárate, porque de un momento a otro saldrás para Veracruz.

En efecto, así fue. Al cabo de poco tiempo recibí la instrucción de incorporarme a la Escuela Naval Militar. Se cumplía así mi más cara ilusión juvenil.

El 31 de agosto de 1910, a las ocho de la noche, el tren *Jarocho* salió lentamente de la estación de Buenavista y me condujo al H. Puerto de Veracruz. Con ese viaje se asocian en mi mente, fuertes y variadas emociones que nunca he podido olvidar. Recuerdo a mi padre acompañándome de

la estación de Apizaco a la de Huamantla, en donde nos despedimos con emoción y melancolía.

Luego vino el serpentear y rechinar del tren al descender las Cumbres de Maltrata, después la espesa floresta veracruzana, envuelta en esa atmósfera tibia y tranquila, tan contrastante con el triste paisaje de mi Estado natal, de suelo erosionado y pobre vegetación.

Al amanecer del día siguiente, me visitó mi primer compañero de escuela, el joven Rafael Vázquez del Mercado, a quien días antes había conocido en el Departamento de Marina; él viajaba en uno de los carros pullman, acompañado por el secretario particular de su señor padre, el Gobernador del Estado de Aguascalientes.

Hacia las nueve de la mañana, llegamos a Veracruz. Conservo en la memoria el calor sofocante del puerto, los olores peculiares de las bodegas de la Aduana Marítima y de las pescaderías; la bahía, en cuyas aguas tranquilas se mecían los buques fondeados o atracados en los muelles, y el traqueteo de los motores de las lanchas que surcaban las aguas.

Llegué primero al cuartel del 16° Batallón Militar, en donde prestaba servicios mi tío, el Capitán Eduardo Carro. Luego de los saludos de rigor y breve plática, en la cual los temas fueron la familia y el objeto de mi viaje, el tío Eduardo me invitó a comer y después me acompañó a la Escuela Naval Militar.

EL PRIMER DIA DE CLASES

Como ocurría a todo novato, el primer día me vi envuelto en muchas situaciones chuscas. Todo empezó con el estremecedor grito: ¡Cabo de Cuarto! que emitió el centinela, justo en el momento en que yo cruzaba el umbral de la puerta de entrada; mi desconcierto fue tal que a punto estuve de desplomarme con todo y equipaje. Ni que decir del nerviosismo que se apoderó de mí la primera vez que comparecí ante un oficial de la Armada, el



Entrada principal y balcón central de la vieja Escuela Naval Militar.

Oficial de Guardia, quien ordenó me presentara al Detall para ser “pasado por caja” (ser dado de alta en la escuela)

Vinieron luego las burlas e hilaridad de los cadetes antiguos cuando me presenté al Depósito de Ropa a solicitar mi bacinica, lo que hice a indicación de un cadete que se había ganado mi confianza, pues amablemente me había llevado al Detall e indicado la cómoda y cama que me correspondían en el dormitorio de la Segunda Brigada, donde fui asignado.

Después vino el “toque de rancho”, que consistía en formarse y marchar al comedor para cenar; por cierto que esa noche no probé bocado, pues los cadetes antiguos se repartieron mi ración. De hecho, era el inicio de las novatadas. De ello quedamos enterados todos los novatos, cuando al concluir la cena, los cadetes antiguos corearon el escalofriante grito de ¡Pueblo!

Llegó la noche, insoportablemente calurosa. Momentáneamente un extraño silencio prosiguió al bullicio, para luego dar paso al ruido monótono producido por la caída del agua de la fábrica de hielo cercana al dormitorio.

A lo lejos, rompió el silencio el grito de los centinelas: ¡UNO ALERTA!, ¡DOS ALERTA!, ¡TRES ALERTA! Por fin, el cansancio me rindió y, entre las confusas imágenes de tan memorable jornada y el recuerdo de la despedida con mi familia, me quedé dormido.

SEPTIEMBRE: MES DE LA PATRIA... Y TAMBIEN DE NOVATADAS

Septiembre fue un mes difícil, diario y a toda hora, incluso durante las clases, las bromas continuaron; sólo relataré la que me hicieron cuando me llegó el turno de recitar. Como nunca fui afecto a memorizar, la única que me vino a la mente fue la conseja: *La Mona y el Nogal*, pero apenas alcancé a decir: "subió una mona en un nogal..." cuando una andanada de manazos y patadas dieron con mi humanidad al suelo y no supe más de mí, hasta que un cubetazo de agua en pleno rostro me hizo volver a la realidad.

A pesar de que el maltrato de los cadetes antiguos a momentos me deprimía, nunca me amedrenté, me sentía contento, feliz y animoso porque había logrado mi propósito: ingresar a la Escuela Naval Militar para cursar la carrera de

marino.

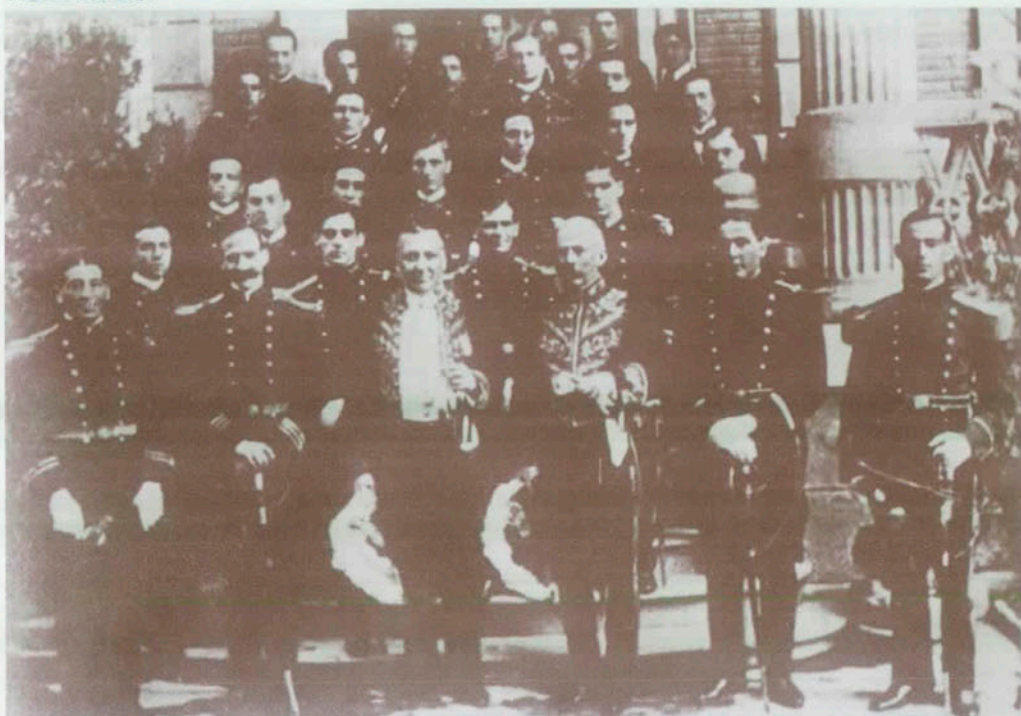
Felizmente, los novatos tuvimos un gran respiro durante la celebración de las Fiestas Patrias. Con motivo de la conmemoración del Centenario de nuestra Independencia Nacional, a invitación del Gobierno, vinieron diversas misiones diplomáticas de naciones amigas. Algunas de estas misiones viajaron a bordo de buques de guerra, en los cuales también vinieron cadetes navales que tomaron parte en la parada militar, efectuada el 16 de septiembre de 1910 en la ciudad de México.

F. BENITEZ. HISTORIA DE LA CD. DE MEXICO



Las Fiestas del Centenario de la Independencia en la ciudad de México.

ARCHIVO CASASOLA



*Jefes, Oficiales, y
Cadetes de la
fragata Sarmiento,
saliendo de la
embajada Argentina
rumbo a Palacio
Nacional.*

ARCHIVO CASASOLA



*Desfilan frente a
Palacio Nacional
los marinos franceses
del barco de guerra
Montcalm.*

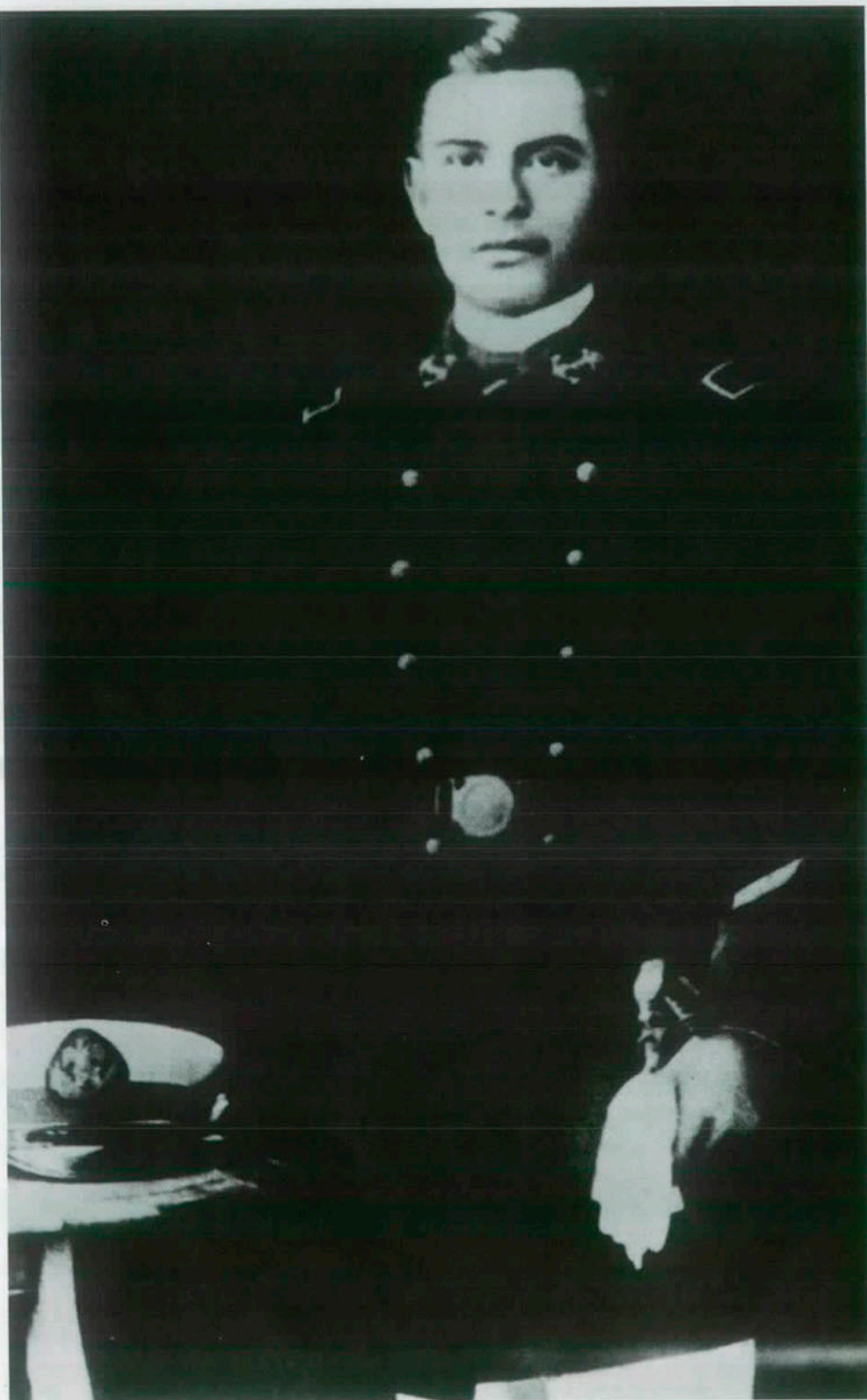
Durante la estancia de estos buques de guerra en el puerto de Veracruz, tuvimos la oportunidad de visitar a varios, entre ellos, recuerdo a los acorazados franceses *Condé*, *Almiral Aube* y *Glorie*, los norteamericanos *Minnesota* y *Dakota*, el uruguayo *Puiredón* y la fragata escuela argentina *Sarmiento*. Como yo nunca había visto un barco de guerra, todo lo que visité me pareció un hermoso sueño.

Tuvimos el placer de departir con los cadetes navales argentinos, brasileños y chilenos, en un banquete que se les ofreció en el comedor de nuestra Escuela.

Todo lo anterior me cambió el estado de ánimo, me hizo ver las cosas con optimismo y entusiasmo y me alegré de haber elegido la profesión de marino.

Debo confesar que al ingresar a la Escuela Naval Militar mi condición física era deplorable, pero pronto reaccioné y me sometí a un entrenamiento físico riguroso. Diariamente me levantaba a las cinco de la mañana y durante veinte minutos, corría alrededor del patio principal, luego realizaba una serie de ejercicios en el gimnasio con clavos, poleas y cables, continuaba con los aparatos: paralelas, argollas, barras, caballo, etcétera, y terminaba con un buen regaderazo de agua fría.

FOTO: FAMILIA MINOR



*Esteban Minor Carro.
Cadete de la H. Escuela Naval Militar.*

PRIMER AÑO DE ESTUDIOS.

El 21 de septiembre se reiniciaron las clases y mi vida tomó un curso normal. El plan de materias del primer año de estudios comprendía: matemáticas, higiene naval, historia patria, gramática castellana, geografía física y política de México, ordenanzas de la armada, natación, bote a remo, talleres y maniobras militares.

A continuación narraré los acontecimientos de esta etapa que más influyeron en la formación de mi carácter; el temple adquirido en los inolvidables años estudiantiles fue decisivo para mi vida profesional.

Comenzaré por relatar el primer incidente que tuve en mi vida estudiantil. En el primer año escolar llevé matemáticas; el curso comprendió aritmética y álgebra, y lo impartió el Comodoro Carlos A. Ferrer.

Cada fin de mes, el maestro Ferrer acostumbraba señalar a cada alumno un asiento de acuerdo con el promedio de calificaciones que obtenía. A este sistema, el maestro lo denominaba "composición de lugares". Pues bien, al finalizar el primer mes de estudios, el profesor designó a mi

amigo y compañero Roberto Orduña Carrasco para que ocupara el primer lugar, yo ocupé el segundo, Daniel López ocupó el tercero, Adolfo Manero Suárez el cuarto, y así sucesivamente. Cuando salimos del salón de clases, la mayoría de los compañeros se mostraron inconformes con el orden de los lugares que nos asignó el maestro; en particular, sobresalieron las protestas de Adolfo Manero y Rodolfo Gutiérrez. Roberto Orduña se amilanó ante el descontento y admitió no merecer el primer lugar. Yo guardé silencio.

Al finalizar el segundo mes, fui yo quién obtuvo el primer lugar. Se repitió la misma escena del mes anterior, al salir del salón de clases, algunos compañeros se quejaron airadamente y tacharon de arbitraria la decisión del maestro; en particular, Manero Suárez se expresó en forma despectiva, pues según él, un "autóctono" como yo, no merecía ocupar el primer lugar. Volví a guardar silencio.

Al día siguiente, ya en el salón de clases, previo permiso, di a conocer al maestro el descontento existente y le sugerí que para terminar con tal estado de cosas, nos dictara un problema y que los lugares fueran ocupados de acuerdo con el orden en que entregáramos el trabajo, correctamente resuelto.

El maestro Ferrer me escuchó muy atento, comprendió de inmediato la situación y dijo: -muy bien muchacho, me parece acertada y justa tu propuesta. Entonces ordenó a todos preparar una hoja para tomar nota del problema que enseguida dictaría.

Fui el primero en entregar el trabajo. Mucho después entregó el suyo Manuel Aguilar, nativo de Cozumel. Transcurrido un tiempo razonable, el maestro ordenó a todos entregar sus trabajos como estuvieran. Procedió a revisar y calificar, mientras todos aguardábamos nerviosos y en silencio el veredicto.

SEA DE MARINA, DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL



Cadete Esteban Minor Carro.

Al concluir su trabajo, el maestro expresó: -Es vergonzoso que sólo dos trabajos estén correctamente resueltos, muchos no fueron debidamente atacados y la mayoría entregó sus papeles en blanco. Por lo tanto, en lo sucesivo no permitiré que objeten o murmuren por el lugar que les asigne.

Después, dio a conocer los resultados: -El primer lugar es para el joven Esteban Minor Carro -y en ese lugar me mantuve durante todo el año-, el segundo corresponde al joven Manuel Aguilar. A los demás alumnos les ordenó ocupar el lugar que les había asignado el día anterior.

La actitud que asumí pronto se propagó por la Escuela, y me valió, entre otras cosas, que los cadetes antiguos me respetaran y dejaran de molestar.

Este fue mi primer triunfo en la Escuela Naval y debo consignar, por ser de absoluta justicia, que se debió a los sólidos conocimientos que en esta materia adquirí en el sexto año de primaria.

El 31 de octubre, por primera vez figuró mi nombre en el Cuadro de Honor, fue el galardón al alto promedio de

calificación que obtuve en todas las materias y, por la misma razón, al terminar el año lectivo 1910-1911, recibí el Primer Premio, el cual significó un gran aliento para sostener mi dedicación al estudio en los años siguientes.

El 15 de junio de 1911, los cadetes del primero al quinto año de la carrera de ingeniería mecánica naval, nos embarcamos en el cañonero *General Bravo* para efectuar el reglamentario viaje de prácticas; esto es, práctica de máquinas en buque navegando.

Nuestro derrotero fue: Veracruz, Santiago de Cuba, Mobile, Tampico y regreso a Veracruz.

Muy variadas experiencias adquirí en ese viaje. Para empezar, el primer día de navegación me produjo tal mareo, que estuve tendido en la cubierta de popa, debajo de una pieza de artillería. Después vinieron cosas maravillosas e impresionantes: la mar, en ocasiones estremecida por tempestades, y en otras, como "mar boba", aletargada e inofensiva en su "calma chicha". Las noches, algunas veces bordadas elegantemente con la filigrana de las constelaciones, y en otras, inciertas, tenebrosas y plagadas de oscuros presagios. Días y noches navegando en medio de un calor tropical asfixiante, que apenas lográbamos mitigar con

baños de agua de mar.

Nuestra dieta fue en extremo raquítica, no hubo verduras ni carne fresca, pues el buque carecía de refrigerador; el agua potable era escasa y el incómodo lecho para dormir en "cois", nos obligó a apretarnos en el sollado de proa junto a la despensa, de donde emanaban olores nauseabundos que agravaban más nuestra ya de por sí irregular forma de descanso.

Durante la navegación, por turnos de día y de noche, montamos guardia en las cámaras de máquinas y de calderas. En la primera, vigilamos que las máquinas motrices, así como las máquinas y aparatos auxiliares funcionaran perfectamente. Aquí, me impresionó el complejo movimiento de la maquinaria. En la cámara de calderas, la tarea consistió en observar que éstas conservaran el nivel del agua y mantuvieran su presión. En esta cámara, me conmovió el rugir del viento en los hornos y el calor sofocante del aire que ahí se respiraba.

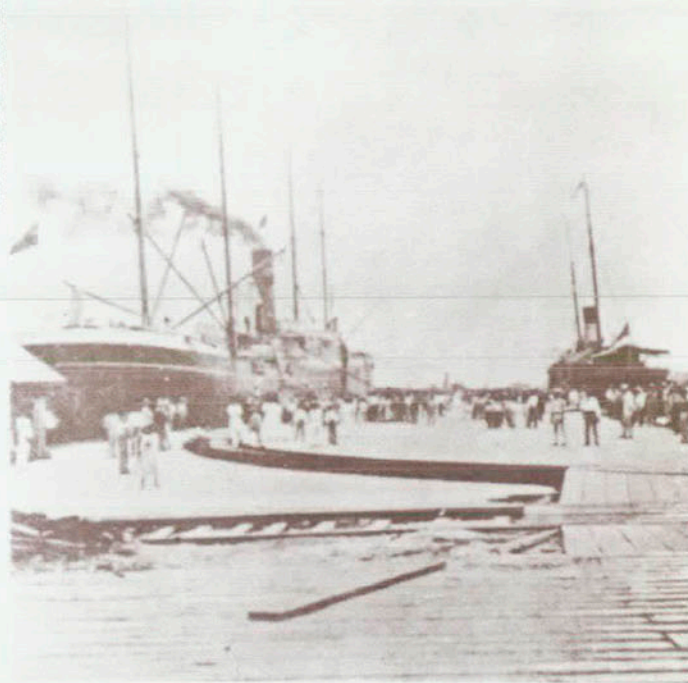
Finalmente, el viaje cumplió su cometido. En Santiago de Cuba y en Mobile, las autoridades portuarias nos brindaron agradables recepciones protocolarias, y en ambas partes la sociedad nos acogió con entusiasmo, se nos agasajó con

alégres fiestas y tertulias, a las cuales correspondimos con un banquete y un baile a bordo de nuestro buque.

El 15 de agosto, luego de dos meses de navegar por el Golfo de México, arribamos al H. puerto de Veracruz,

Muelle fiscal de Veracruz.

HISTORIA DE LAS COMUNICACIONES



dando así por concluido nuestro viaje de prácticas. De inmediato recabamos de las autoridades militares correspondientes, el salvoconducto de ordenanza para poder ausentarnos del puerto y disfrutar las vacaciones en el lugar de nuestra elección. Partimos en distintas direcciones. Yo fui a mi pueblo natal a reunirme con la familia, y a su lado pasé unos días tan agradables como inolvidables.



SEGUNDO AÑO DE ESTUDIOS

El 1^o. de septiembre de 1911, me reincorporé a la Escuela Naval para continuar mi instrucción, el plan de estudios del segundo año comprendía: matemáticas, ordenanzas del Ejército, geografía e historia universal, jurisprudencia militar, gimnasia, bote a vela y maniobras militares.

Durante el segundo año no tuve la menor contrariedad con mis compañeros de antigüedad, en cambio, si tuve problemas con uno de los profesores: el de matemáticas, Don Fernando Siliceo.

De acuerdo con el programa, la materia comprendía el estudio de la geometría pura o de Euclides y la trigonometría rectilínea y esférica. En el primer mes me calificó con la nota 9 (la escala de calificaciones era del 0 al 13). Esto me deprimió mucho, pues al bajar mi promedio, peligró mi permanencia en el Cuadro de Honor. Al mes siguiente decidí no exponer la clase en el pizarrón, pretextando no entender la materia, aunque el propio maestro me la explicara. Mi testarudez impacientó a mi amigo David Fernández, que incluso me llegó a amenazar con decirle al maestro que yo sí conocía la materia, pero me negaba a

explicarla.

Cierto día, en la clase del maestro Siliceo, se trataba de establecer las funciones trigonométricas que sirven para operar por medio de logaritmos, para lo cual se requería el concurso de bastante álgebra y el dominio de otras identidades trigonométricas. Los compañeros no pudieron con el paquete, por lo que el maestro, justamente molesto, nos echó una catilinaria y ordenó el arresto de un domingo para todo el grupo. Este regaño me lastimó mucho; por ello, cuando terminó de hablar protesté, pues consideré injusta la medida, al tiempo que le solicité pasar al pizarrón para desarrollar el tema.

El maestro accedió, pasé y expuse. Cuando concluí, me llevó ante el Director de la Escuela, Comodoro Don Manuel Azueta, y me acusó de portarme con “perreras” en su clase, pues fingía desconocer la materia y bien que la dominaba.

El Comodoro Azueta me preguntó a qué obedecía mi comportamiento; le explique que todo se debía a las bajas notas con que el profesor me venía calificando, situación con la cual no estaba yo de acuerdo. El maestro Siliceo se

rió y me dijo: -Así que eso era, me hubieras hablado, muchacho. Enseguida comentó al director que por la exposición que acababa de hacer en clase, reconsideraría mi caso, me dio unas palmaditas en el hombro y añadió en tono festivo: -Muy bien muchacho, te daré la calificación que mereces. Al concluir el segundo mes, me calificó con la nota "sobresaliente-13".

Ese año tuvo lugar otro incidente, sólo que éste fue un caso chusco. En la clase de historia universal, me tocaba explicar la parte relativa al reinado de María Estuardo. El maestro de la materia era el Lic. Ríos, un señor de vestir elegante, calmado en el hablar y al que nunca habíamos visto reír.

Pues bien, uno de los compañeros de clase se llamaba Estuardo Cuesta López; quise ayudar a mi memoria asociando el nombre del compañero con el de la Reina María Estuardo, sólo que cuando pasé al pizarrón a explicar la clase y el maestro me preguntó cuál era el tema que me correspondía tratar, contesté: -Voy a hablar acerca del gobierno de la Reina Estuardo Cuesta. Como es fácil suponer, lo dicho provocó una carcajada general. Por cierto, ésta fue la primera vez que vimos reír al maestro Ríos ¡Y con qué ganas! Para colmo de mi desventura, y haciendo

gala de un humor que no le conocíamos, el maestro agregó:
-Te faltó el otro apellido: López. El ridículo que hice no lo he podido olvidar.

Durante todo el año lectivo figuró mi nombre en el Cuadro de Honor y volví a obtener un alto promedio de calificaciones en los exámenes finales, por lo cual se me concedió nuevamente el Primer Premio.

El 15 de junio de 1912, todos los alumnos de la Escuela nos embarcamos a bordo del transporte *Progreso*. En esta ocasión, hicimos navegación de cabotaje, recorrimos los puertos nacionales del Golfo de México y visitamos diversas islas nacionales del Mar Caribe. Las prácticas en las cámaras de máquinas y calderas fueron similares a las del año anterior, sólo que esta vez el entrenamiento fue más intenso y mayor la responsabilidad.

El 15 de agosto, terminamos nuestro viaje de prácticas y de inmediato hicimos los trámites de ordenanza para salir de vacaciones. De nuevo descansé al lado de mis padres y hermanos, pero no en Panotla, sino en la capital de la República, en donde ya radicaba la familia.

Ciudad de México, 1908



La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano.

MANUEL ALVAREZ



Palacio Nacional.

TERCER AÑO DE ESTUDIOS

El 1o. de septiembre de 1912, retornamos a la Escuela y al día siguiente se iniciaron las clases. El plan de estudios fue el siguiente: matemáticas, física, mecánica aplicada, laboratorio de física, derecho internacional, talleres, prácticas de tiro con fusil, regatas con bote a remo y maniobras militares.

Por haber obtenido el Primer Premio en los dos primeros años escolares, al iniciarse el tercero, fui ascendido al grado de Alumno de Primera, que sólo se concedía a los cadetes de 4o. y 5o.

Durante este año lectivo tuvo lugar otro incidente, esta vez en geometría analítica y cálculo infinitesimal.

La materia empezó a impartirla el profesor Don Julio Montero, director de la Escuela Preparatoria de Veracruz, pero se separó de la cátedra hacia fines del mes de octubre. Este profesor me calificó con la nota 9, la más alta del grupo; sin embargo, no estuve de acuerdo y así se lo hice saber.

Al profesor Montero lo sustituyó el Ingeniero Militar

Joaquín Pacheco, con él las cosas fueron de mal en peor, pues al terminar el mes de noviembre me puso 6, la calificación más baja de mi vida estudiantil. La humillación que sentí fue tal que decidí no exponer ninguna clase; los resultados no se hicieron esperar, el maestro me ignoró por completo: se saltaba mi turno y pasaba a los demás compañeros a exponer la clase en el pizarrón.

Cierto día, se produjo lo que yo esperaba: al compañero Orduña le tocó pasar al pizarrón, a exponer el método de integración de las fracciones algebraicas con denominadores factorizables en binomios lineales, algunos de éstos repetidos, pero Orduña no tenía la menor idea del camino a seguir. Todo fue en vano, a pesar de que el maestro de muchas maneras trató de ayudarlo. Le siguió en el turno Estuardo Cuesta López, que también desconocía la materia y sorprendido me preguntó cómo se desarrollaba el tema. Traté yo de explicarle; sin embargo, cuando esto hacía, el maestro, visiblemente alterado, me gritó: -Minor, tras de que es usted un ignorante en la materia, se atreve a soplarle al del pizarrón, con lo cual lo enreda usted más.

Al escuchar lo anterior, me levanté de mi asiento y en tono firme y respetuoso le contesté: -Maestro, no estaba yo

soplándole al del pizarrón, pues si tal hubiera hecho, le habría dicho el procedimiento a seguir, conozco el tema, y si usted me lo permite lo puedo exponer. Al observar el maestro mi mesura y entereza, me indicó pasar al frente. Hice un amplio y rápido desarrollo del problema. Al terminar, me felicitó y calificó con la más alta nota, ya que era su costumbre mencionar la calificación que a juicio suyo merecía el alumno.

Al salir de la clase me llamó aparte y en tono conciliador, me dijo que no tenía un mal concepto de mí, me pidió que olvidara el incidente y fuéramos buenos amigos, gesto que mucho le agradecí, recordándolo a la fecha con gran afecto.

Durante todo el curso figuró mi nombre en el Cuadro de Honor y al terminar el tercer año obtuve también el Primer Premio.

El 15 de junio de 1913, todos los cadetes de la Naval realizamos conjuntamente la práctica, nuevamente fue en el transporte *Progreso*. Al igual que el año anterior, navegamos en el Golfo de México y en el Mar Caribe. Nuestras prácticas aumentaron en extensión y responsabilidad en las cámaras de máquinas y calderas.

Mis vacaciones las volví a pasar en la ciudad de México al lado de mis padres y hermanos.

El 1o. de septiembre del mismo año, me reincorporé a la Escuela y al día siguiente se iniciaron las clases correspondientes al cuarto año.



Ciudad de México, 1906

*Monumento conmemorativo a la Independencia Nacional.
En construcción.*

CUARTO Y QUINTO AÑOS DE ESTUDIOS

Cuarto y quinto los cursé simultáneamente, por razones que más adelante expongo.

Las materias de cuarto año fueron: máquinas de vapor, calderas, química, laboratorio de química, electricidad, talleres, prácticas de tiro al blanco con fusil y maniobras militares. Las de quinto año: máquinas de combustión interna, motores de explosión, turbinas, torpedos y defensas submarinas, máquinas eléctricas, laboratorio de máquinas, talleres, práctica de tiro al blanco con pistola y maniobras militares.

Narraré a continuación el incidente que me movió a cursar al mismo tiempo las materias correspondientes a los últimos grados de estudio de la carrera de ingeniero mecánico naval.

Al iniciarse el año lectivo 1913-1914, me encontré con una desagradable sorpresa: no fui ascendido a Cabo, grado que por reglamento me correspondía al haber sido Alumno de Primera durante el año lectivo anterior. Mi molestia fue mayor cuando me enteré que a otros compañeros de mi antigüedad, sí se les había ascendido, a pesar de que no

eran Alumnos de Primera.

Esta decisión me descorazonó profundamente, hasta llegué a pensar en una posible discriminación racial, debido a mi tipo marcadamente indígena. ¡Cuántas inquietudes me asaltaron! No encontraba explicación alguna a lo ocurrido. Era injusto que los compañeros, súbitamente ascendidos, salieran al Servicio de la Armada con mayor antigüedad que la mía. Desconcertado, me preguntaba ¿por qué hasta ahora se procede así conmigo?

Al no encontrar respuestas, pensé que la única forma de corregir esta injusticia era terminando mis estudios antes que los compañeros recién ascendidos; esto era posible si cursaba simultáneamente los dos últimos años de la carrera.

Actué de inmediato, dirigí un oficio al Departamento de Marina de la Secretaría de Guerra y Marina, y solicité me fuera concedido cursar al mismo tiempo las materias de cuarto y quinto años. La Secretaría aprobó mi solicitud, pues el reglamento me concedía este derecho por haber obtenido altas calificaciones y premios en los años anteriores.

Más tarde se aclaró que la injusta postergación de que fui objeto, se debió a una falla burocrática; vale la pena

recordar como la descubrí.

Al inicio de cada año lectivo, era costumbre dar el mando de cada grupo al alumno de mayor grado y antigüedad. Cuando llegó el turno al grupo de talleres, nos formamos todos los alumnos que debíamos asistir a prácticas bajo el mando del Cabo Luis Pérez Chipuli. Una vez formados, el Comandante David Coello Ochoa, Jefe de la Segunda Brigada, ordenó: -¡Cabo Esteban Minor Carro, un paso al frente! Yo no obedecí, por lo que el Comandante volvió a ordenar: -¡Cabo Esteban Minor Carro, un paso al frente! Pero tampoco obedecí. Entonces el Comandante vino hacia mí y preguntó: -¿No es usted Esteban Minor Carro? A lo cual contesté: -Sí, mi Comandante, soy Esteban Minor Carro, pero no tengo el grado de Cabo con el que usted me ordena, sólo soy Alumno de Primera. Y le mostré el galón que me correspondía portar con ese grado.

Algo desconcertado, el Comandante se dirigió al Cuerpo de Guardia para consultar el Libro de Ordenes y comprobó que, en efecto, no figuraba mi ascenso a Cabo.

Esta era una irregularidad que un militar tan íntegro como el Comandante Coello Ochoa, no podía pasar por alto, así que él mismo inició la averiguación del caso. Solicitó al

director de la Escuela, Comandante Rafael Carrión, que se consultara el Libro de Actas de la Junta de Jefes y Oficiales.

Resultó que en el documento en cuestión, existía la constancia de mi ascenso a Cabo, aprobado por unanimidad. Para resarcir la falta, el director ordenó el envío de un telegrama a la Secretaría de Guerra y Marina, aclarando que por un error burocrático se había omitido mi nombre en la lista de ascensos, pero que la aprobación constaba en actas; consecuentemente, solicitaba que se me concediera el grado de Cabo, y que además, dicho ascenso fuera con la antigüedad que me correspondía. Esta solicitud fue aprobada por la Secretaría.

En el mes de octubre de 1913, fui ascendido al grado de Aspirante de Tercera y se me otorgó el mando de la Segunda Brigada, distinción que no se había concedido antes a ningún cadete de 4o. año.

En marzo de 1914, ascendió al grado de Aspirante de Segunda, el Aspirante de Tercera Gustavo A. Bravo, sobrino del Comandante Juan de Dios Bonilla, Jefe del Detall de la Escuela, y me sucedió en el mando de la

Segunda Brigada, mientras que yo pasé a formar parte de la Primera Brigada.

Antes de concluir el relato sobre esta etapa de mi vida, quiero mencionar los nombres de los verdaderos amigos que tuve en la Escuela Naval Militar, a quienes siempre he recordado con cariño, ellos son: David Fernández Padilla, Roberto Orduña Carrasco y Benjamín León, los dos primeros, compañeros de mi antigüedad, y Benjamín León, de la antigüedad anterior.

También deseo consignar aquí los nombres de los Jefes y Oficiales que siempre he recordado con cariño y verdadera admiración, fueron hombres que mucho me impresionaron por su recto comportamiento, y con su ejemplo ejercieron una gran influencia en la formación de mi carácter. Se trata del Primer Teniente Francisco Murguía y el Primer Teniente David Coello Ochoa, ambos jefes de mi Brigada en los años 1910 y 1912, respectivamente.

El Capitán de Fragata José Servín y L., Director de la Escuela cuando cursaba yo el tercer año de estudios, merece una mención especial por su firme carácter y temple ejemplar.

Acerca del Capitán Servín hay algo que deseo relatar. Al

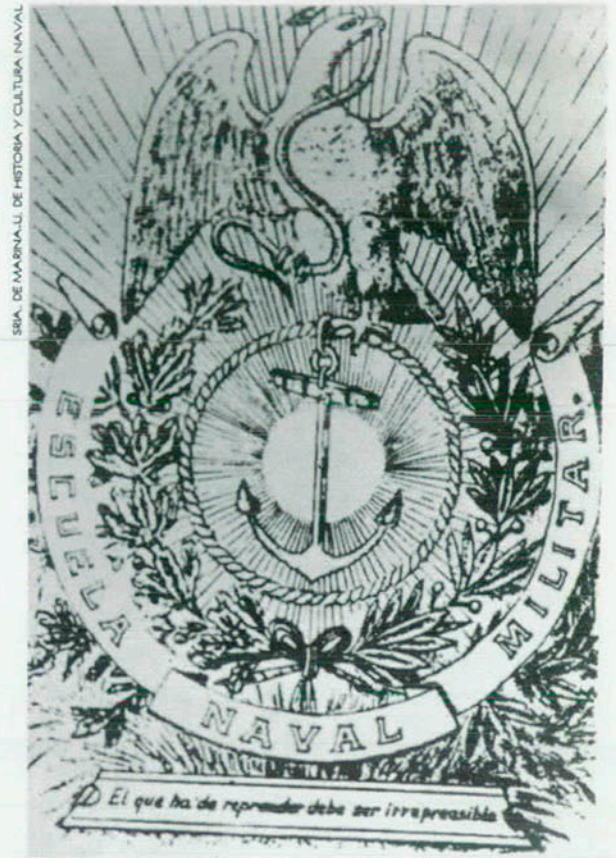
hacerse cargo de la dirección de la Escuela, sorpresivamente se presentó en la cocina para enterarse de la calidad de la ración que se servía como desayuno al alumnado. Con gran sorpresa comprobó que la leche lo era sólo a medias, el pan escaseaba y la carne no podía ser peor; ordenó enseguida que el alumno Centinela que hacía servicio en el Patio de Tiro, fuera instalado en la propia cocina, con instrucciones precisas de cuidar que la leche no fuera "bautizada", para lo cual se le proporcionó el lactómetro correspondiente.

Con la comida, el Director hizo lo mismo: se presentó en la cocina a la hora en que ésta era servida a los cadetes y comprobó que la ración no correspondía en cantidad y calidad con la muestra que a él se le había presentado; dictó entonces las disposiciones necesarias para que el Oficial de Guardia en turno, mantuviera la vigilancia adecuada en la cocina, a fin de que no se alteraran las raciones del alumnado; dispuso también que se aumentara un platillo más, tanto en la comida como en la cena.

Diario, por reglamento, a las diez de la mañana se pasaba inspección de aseo en todos los buques y dependencias de la Armada; cierto día, el Oficial de Guardia, después de la inspección reglamentaria, se presentó ante el Director y

le dio el parte: "Sin novedad la inspección". Sin embargo, el Director se quiso cerciorar personalmente y recorrió él mismo todas las instalaciones de la Escuela; de pronto, notó que en las escupideras de madera, situadas en el patio principal, había colillas de cigarros. Sorprendido, solicitó al oficial una explicación; éste respondió que los alumnos tenían la costumbre de fumar a toda hora y en todas partes. El Director fumaba en ese momento, pues era un vicio que tenía bastante arraigado; no obstante, ordenó:

- Sr. Oficial, ponga en el Libro de Ordenes del Establecimiento lo siguiente: Queda estrictamente prohibido fumar, dentro y fuera del Salón de Estudio. Las horas de fumar serán de 7 a 8, de 12 a 13 y de 19 a 20 horas.



En ese momento, recordó el lema de la Cámara de Oficiales de la corbeta escuela *Zaragoza* que decía: "El que ha de reprender debe ser irreprensible". Dio la última fumada a su cigarro y lo arrojó a la escupidera para no volver a fumar por el resto de su vida.



Barco-escuela Zaragoza.

También ordenó que se cumpliera con lo previsto en el reglamento, en lo referente a la dotación anual al alumnado de uniformes, zapatos, ropa interior y libros.

No descuidó el mejoramiento académico de los cadetes, hizo ajustes en la planta docente, propuso y obtuvo de la superioridad el acuerdo para que el profesorado no interviniera como jurado durante los exámenes

finales, sino que fuera la propia superioridad quien integrara los jurados, con personal de la Armada.

Al terminar el año lectivo 1912-1913, así procedió el Departamento de Marina, con lo que se puso fin a la influencia del profesorado de la Escuela y de la propia Dirección, en el veredicto de los jurados durante los exámenes finales.

Esta nueva modalidad produjo un alto porcentaje de reprobados, pero contribuyó a la superación del estudiantado

y acrecentó el prestigio de la Escuela, para beneplácito de los Jefes y del personal de la Armada.

SRA. DE MARINA. U. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL



Patio de la Escuela Naval Militar.

¡CADETES, A LAS ARMAS!

En mi inolvidable Escuela Naval Militar me tocó vivir el suceso de mayor trascendencia en mi vida, un hecho de armas que ha quedado en los anales de la Historia Patria, y que me cubrió de gloria sin buscarla ni merecerla.

Aproximadamente a las diez de la mañana del día 21 de abril de 1914, el Cabo de Cuarto entró al salón donde recibíamos la clase de electricidad, a cargo del Ingeniero Vicente Camporredondo, y con voz emocionada dijo :
-Sr. profesor, el Comandante Director ordena que suspenda usted de inmediato la clase y deje en libertad a los cadetes para que cumplan con su deber de soldados. Los norteamericanos están desembarcando en los muelles de la Terminal y se han apoderado ya de la Aduana Marítima.

Al escuchar tan tremenda e inesperada noticia, reaccionamos todos con indignación y estupor, y un grito de guerra, salido desde el fondo del corazón, estremeció el salón de clases y nos infundió valor: ¡A LAS ARMAS!

Rápidamente desfilamos hacia el patio principal, allí rompimos filas. Por todas partes, grupos de cadetes intercambiaban

noticias y comentaban los sucesos. Los infantes norteamericanos desembarcaban sin autorización, con lo cual cometían una flagrante invasión a nuestro territorio.



SRIA. DE MARINA. U. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

21 de abril de 1914. Los primeros infantes de marina norteamericanos que desembarcaron en el puerto de Veracruz.

Pronto se escucharon disparos provenientes de la zona de la Terminal. Un celador del Resguardo Marítimo, fue el primer soldado de la Patria que interceptó el paso al invasor y se les enfrentó con tiros de revólver, pero fue acibillado con ráfagas de ametralladora.

Todos estábamos notoriamente ansiosos e impacientes; el ambiente era tenso y el nerviosismo aumentaba conforme el fuego se hacía más nutrido. Nos preguntábamos: ¿Qué

hacemos inactivos? ¿Por qué se retarda la orden de cumplir con nuestro deber de mexicanos?

Mientras aguardábamos en el patio, acudieron a mi mente muchos pasajes de nuestra gloriosa Historia, a través de los cuales aprendí a venerar a nuestros héroes y amar a la Patria: la heroica defensa de la Gran Tenochtitlán, la gloriosa Batalla de Puebla; el audaz rompimiento del Sitio de Cuautla; la sublime Defensa de Chapultepec, y tantos otros hechos excelsos que han dado grandeza y tradición a la Patria.

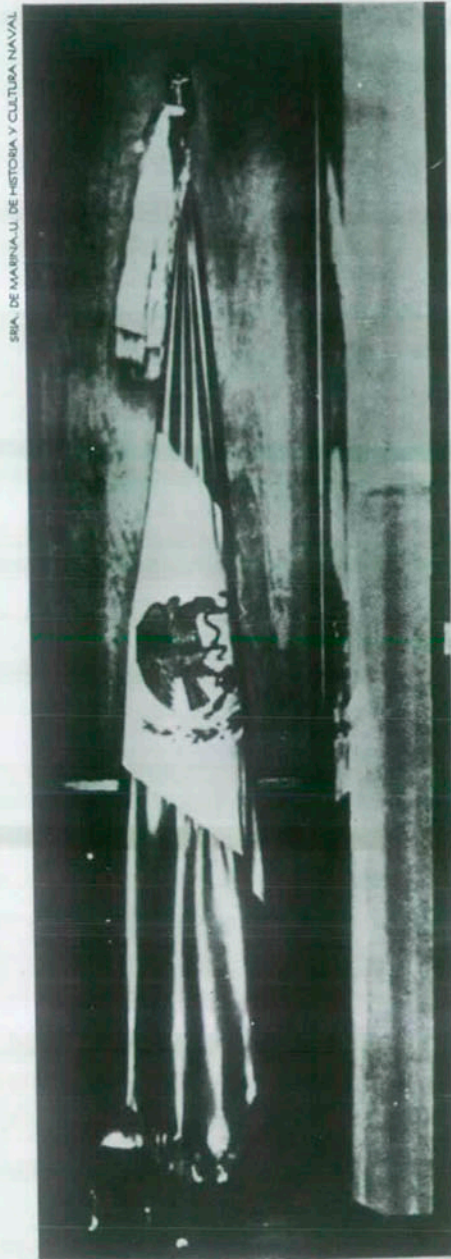
La Dirección de la Escuela, comisionó al Mayor Angel del Corzo para que compareciera ante la Comandancia Militar de la Plaza a recibir instrucciones, pero a su regreso informó que el General Gustavo A. Mass, Comandante de la Plaza, había abandonado Veracruz con las fuerzas a su mando. Esta acción me pareció indigna y cobarde. Desfilaron entonces por mi mente muchas otras páginas de nuestra Historia, enlodadas por la infamia de los malos mexicanos: La traición de Santa Anna; la ignominia de Paredes y Arrillaga; la ineptitud de Alvarez...

De pronto se escuchó un fuerte murmullo cerca del Cuerpo

de Guardia, debido a la llegada del Comodoro Manuel Azueta, quien declinó los honores de ordenanza y ordenó a la guardia retirarse. Su presencia nos produjo cierto alivio, presentimos que se acabaría nuestra inactividad. Luego de hablar brevemente con el Director del plantel, Capitán de Navío Rafael Carrión, el Comodoro Azueta se encaminó con paso firme por el corredor y se detuvo frente a la Biblioteca; enseguida, con voz serena, fuerte y vibrante, exclamó: ¡Muchachos, viva México! Contestamos a coro: ¡Viva! Por segunda y tercera ocasión gritó a toda voz: ¡Viva México! Y con el mayor fervor patrio, respondimos: ¡Viva! Después, siguió la orden esperada: ¡A las armas, muchachos!

No puedo describir el impacto que esta arenga provocó en nuestros corazones: ¡La Patria en peligro! Y se nos llamaba a defenderla; esto hizo aflorar en nosotros los más puros y nobles sentimientos.

De inmediato, corrimos todos al depósito de armamento. Cada quien empuñó su arma y recibió una dotación de parque. Desengrasados los fusiles y caladas las cartucheras, nos dirigimos a cubrir los puestos que nos asignaron. Yo fui con un grupo de ocho cadetes a cubrir el salón de dibujo,



*Bandera de la H. Escuela
Naval Militar.*

nos distribuimos en las ventanas con frente a la bahía; otros se apostaron en la Pagaduría, la Biblioteca y la Dirección, con el mismo frente nuestro; el resto asumió posiciones en las ventanas del dormitorio de la Primera Brigada, con frente hacia el malecón de cabotaje, la Aduana y la Terminal.

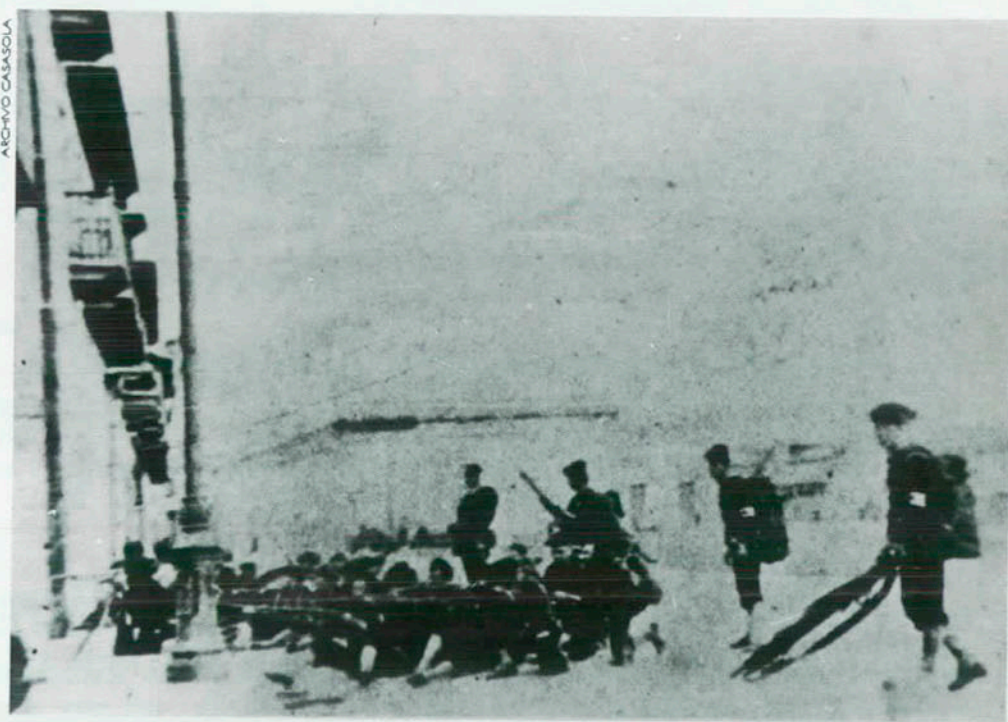
Cuando desengrasábamos el armamento, con excelente estado de ánimo, llegó José Azueta y nos comentó que tenía órdenes de resistir en el Baluarte de Santiago, para lo cual contaba con una batería de artillería al mando del Mayor Anchondo. Esta noticia nos llenó de júbilo porque significaba que se haría una

resistencia formal. Conversamos con él y nos despedimos deseándonos buena suerte. Antes de retirarse de la Escuela, José habló con su padre, el Comodoro Azueta,

quien al enterarse de la orden de resistir que había recibido su hijo, dijo a éste: -Cumple con tu deber de soldado; yo cumpliré con el mío.

Se supo por José Azueta que en el Baluarte había bastante parque de máuser. El oficial de guardia, Teniente Antonio Gómez Maqueo, previa autorización, al mando de una fajina de marineros y cadetes de guardia, realizó el traslado de muchas de esas municiones a la Escuela.

El Teniente Coronel Contreras, al mando de una compañía de soldados y voluntarios, tomó contacto con el enemigo



*Avanzada de marinos
norteamericanos.*

cerca de la Aduana Marítima. Esta maniobra originó que los invasores intentaran flanquearlo por el malecón de cabotaje, fue entonces cuando los cadetes que se encontraban en las ventanas del dormitorio de la Primera Brigada, abrieron fuego para frustrar sus movimientos.

Simultáneamente, los cadetes apostados en las ventanas del frente de la Escuela, disparamos contra las lanchas de desembarco, destacadas desde los buques de guerra que se encontraban fondeados fuera de la bahía, generalizándose así la lucha contra el invasor.



SEVA. DE MARINERÍA DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

Primer contingente de las fuerzas norteamericanas que desembarcó en Veracruz. Las primeras lanchas partieron del acorazado Prairie.

Las descargas cerradas de nuestra fusilería ocasionaron sensibles bajas a los infantes americanos que venían a bordo de las lanchas, obligando a las que aún no cruzaban la bocana, a virar en redondo y regresar a sus buques de partida.

ARCHIVO CASASOLA



De los acorazados salen lanchas de desembarco.

Nuestra respuesta obligó al mando invasor a instalar cañones en sus lanchas de desembarco, contraatacaron con este armamento, dirigiendo el bombardeo a nuestras posiciones en la Escuela Naval. Pero esta contraofensiva no causó el efecto que ellos esperaban: ni nos desorganizó, ni amedrentó; en cambio, respondimos causando mayores bajas al enemigo. Entonces ordenaron al barco de guerra

Prairie que nos bombardeara con artillería de grueso calibre. Así fue como destruyeron parte de nuestra Escuela.

SBA. DE MARINA Y CULTURA NAVAL



Vista del interior de la Escuela Naval Militar, después del bombardeo de los acorazados.

No obstante los estragos que nos causaron, continuamos empeñados en impedir que desembarcaran; parapetados entre los escombros, seguimos disparando nuestras armas, acaso más intensamente, hasta que recibimos la orden de replegarnos hacia el interior para tomar nuevas posiciones a lo largo del costado izquierdo del inmueble.

Fue durante este repliegue que me ocurrió algo chusco que considero oportuno narrar aquí. Por razones que nunca supe, los infantes de marina norteamericanos tenían el mote de "bolillos", nombre que se da en Veracruz a las piezas de pan blanco. Pues bien, cuando iniciamos el repliegue, escuché que el invasor avanzaba hacia la Escuela con orden de asaltarla y poner fin a nuestro hostigamiento. Al propio tiempo, yo ignoraba que el Cuerpo de Guardia en turno, no sólo no se había replegado, sino que mantenía el ataque a las lanchas de desembarco; por ello, me confundieron sus disparos, pensé que los infantes de marina trataban de forzar la puerta principal de la Escuela; entonces me puse pecho a tierra en el corredor del dormitorio de la Segunda Brigada y apunté mi rifle hacia el Cuerpo de Guardia, por donde suponía habrían de irrumpir las fuerzas invasoras. Tenso y concentrado aguardé, cuando alguien con voz muy excitada me dijo: -¡Un bolillo mi aspirante! ¡Un bolillo mi aspirante! A lo que repliqué de inmediato: -¿Dónde está para echármelo? Y me contestó: ¡Aquí mi aspirante, aquí! Volví la cara hacia quien me hablaba para que me indicara la posición del "bolillo", y mi interlocutor lo tenía... en una charola; era Nicolás Colescua, mozo de la Escuela, que andaba distribuyendo "tortas compuestas" a todos los combatientes, pues no era posible hacer una comida formal.

ACTOS DE HEROISMO

A las seis de la tarde recibimos la orden de cese al fuego.

De esta página de la Historia Patria, pródiga en heroísmo, llevo grabadas multitud de acciones verdaderamente temerarias. Es de justicia recordar algunas de ellas. Por ejemplo la estoica actitud del centinela Eduardo Colina.

Varias granadas habían estallado en la planta superior del edificio y otras en la sala del Cuerpo de Guardia. El muro



*Vista interior
de la Escuela
Naval Militar.*

cercano a la puerta central, a pocos pasos del puesto del centinela Eduardo Colina, fue demolido por una granada y el cadete quedó materialmente cubierto por los escombros. Lo sorprendente del impacto y el instinto de conservación lo impulsaron a ponerse a salvo, pero sólo dio unos pasos, el deber y su honor de militar lo regresaron a su puesto. Colina ignoraba que la sala del Cuerpo de Guardia ya había sido tocada por varias granadas, pero su deber era informar al Oficial de Guardia acerca de los sucesos y dio la voz de Cabo de Cuarto, al presentarse éste, Colina le dijo: -Doy parte que acaba de estallar una granada cerca de mi puesto. El Cabo de Cuarto, con la mayor serenidad respondió :
- Enterado, centinela, conserve su puesto hasta nueva orden. Continuaron estallando granadas en el Cuerpo de Guardia y el centinela Eduardo Colina, se mantuvo en su puesto.

Recuerdo también la desafiante actitud del cadete Ricardo Ochoa, que saltó la barda de las atarazanas y se apostó pecho a tierra en el pasto del jardín contiguo a la Escuela, desde donde hostilizó al enemigo.

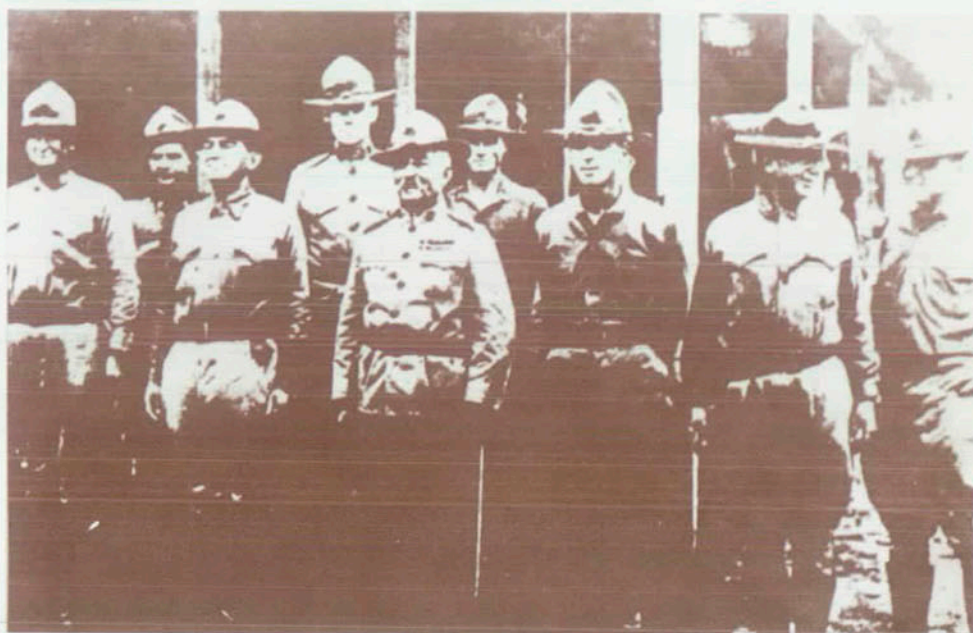
Hasta en el propio invasor causó admiración la escalofriante actitud de José Azueta, que en la esquina de las calles de

Esteban Morales y Av. Landero y Cos, emplazó su ametralladora al descubierto, para lograr mayor efectividad en sus disparos, gesto que le costó la vida y lo cubrió de gloria.



Teniente de Artillería José Azueta.

*Oficiales de la marina
americana en Veracruz.*



SEA. DE MARINA. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

SEA. DE MARINA. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL



*Soldados americanos
desembarcando frente al
edificio de faros.*

SBA. DE MARINAJE DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL



*De todas las clases sociales
acudieron a recibir
instrucción militar.*

SBA. DE MARINAJE DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL



*Hombres del pueblo empuñaron
las armas en defensa del suelo
patrio profanado por el invasor.*

PROCLAMA AL PUEBLO DE VERACRUZ

La fuerza naval de los Estados Unidos que está bajo mi mando ha ocupado temporalmente la ciudad de Veracruz para inspeccionar la administración pública. A causa de los disturbios que actualmente reinan en México.

Todos los empleados que sirven a la municipalidad de este puerto quedan invitados para continuar en el desempeño de sus funciones como lo han hecho hasta ahora.

Las autoridades militares no intervendrán en los asuntos de las civiles y administrativas mientras el buen orden y la paz no se alteren en la población.

Todos los ciudadanos pacíficos

pueden confiadamente permanecer dedicados a sus usuales ocupaciones, seguros de que serán protegidos en sus personas y propiedades, así como en sus correctas relaciones sociales.

El comandante suscrito, da seguridades de que no tendrá intervención con las autoridades civiles, sino en casos de absoluta necesidad y llevando siempre por mira la observancia de la ley y el orden.

El recaudo de contribuciones e inversión de ellas, se continuará haciendo en la misma forma que hasta el presente y conforme a la ley.

EL CONTRA-ALMIRANTE
FR. FLETCHER.

Vista de la Escuela Naval rodeada de campamentos del ejército de ocupación.



SEA. DE MARINALLI DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

ESCUELA NAVAL, VISTA POSTERIOR.

MOY Y ARTIGUESA Y CARRO

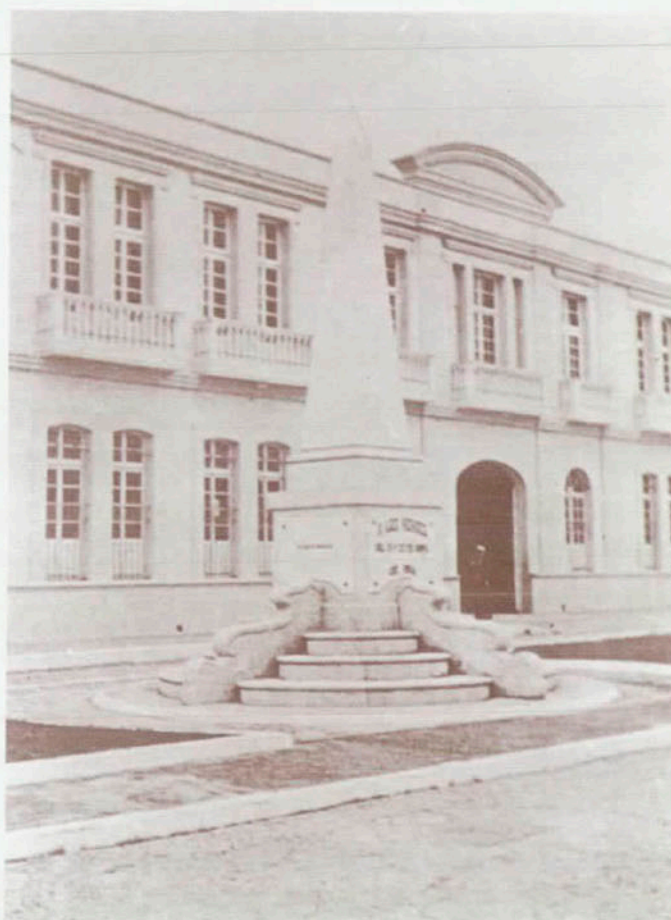


SEA. DE MARINALLI DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

Uno de los cañonazos del invasor destruyó parcialmente el monumento a Benito Juárez. Pero el águila que descansaba en el lugar del impacto, cayó a varios metros de distancia: ¡Parada!

Con gran emoción recuerdo siempre a Virgilio Uribe, quien desde una de las ventanas que miran hacia la Terminal, disparó su arma ininterrumpidamente, y al cambiar la parada de su fusil, fue alcanzado por una bala expansiva del enemigo. Presencié su salida de la Escuela, gravemente herido, lo condujeron por el corredor de la planta baja hacia el patio de tiro, los cadetes ahí reunidos le formamos valla y respetuosamente nos descubrimos a su paso. Más tarde supimos que había expirado en el Hospital Militar.

Monumento en honor a los caídos, frente a la antigua Escuela Naval Militar.



LA RETIRADA

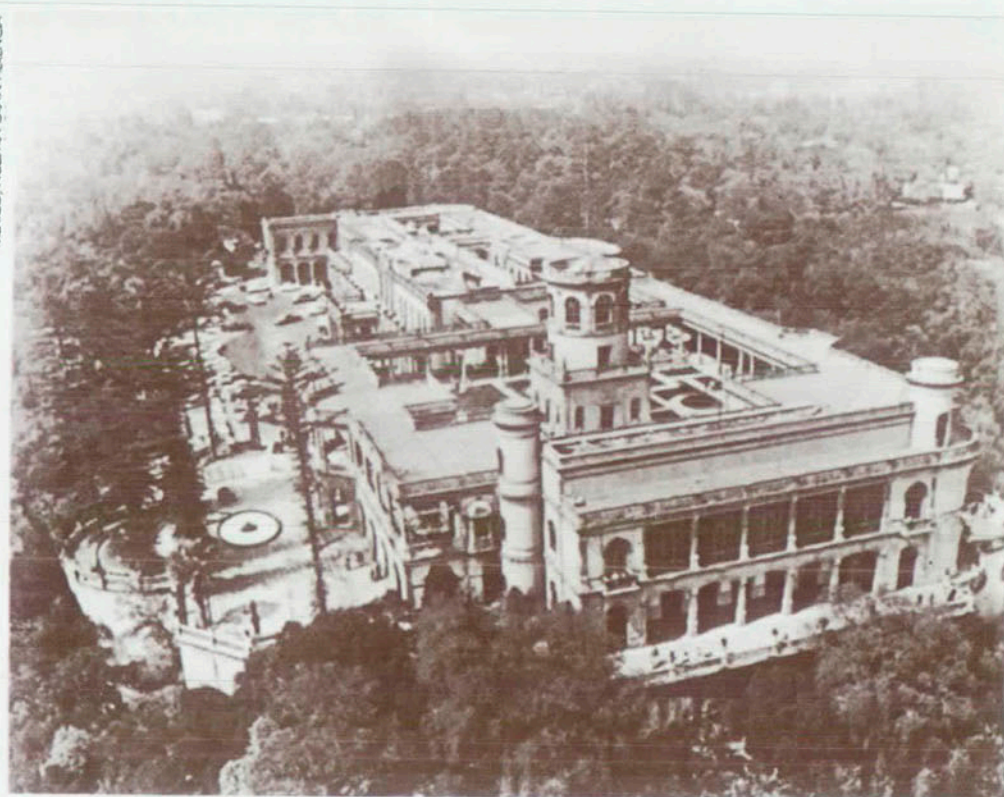
Alrededor de las siete de la noche, se nos ordenó abandonar la Escuela sin más impedimenta que nuestras armas, parque sobrante y ropa indispensable.

Salimos de Veracruz con rumbo a Tejería, el camino se vio continuamente iluminado por los potentes reflectores de los buques de guerra del enemigo. A las once de la noche llegamos a este poblado, allí recibimos órdenes de continuar rumbo a Soledad de Doblado, a donde llegamos al amanecer del día siguiente. Nos alojaron en la escuela municipal y luego de tres días de permanencia en ese sitio, proseguimos hacia la capital de la República.

En Esperanza hicimos escala para tomar alimentos; cuando desfilábamos hacia el comedor de la estación, se nos ordenó hacer alto frente a las fuerzas de la plaza ahí desplegadas. Su Comandante, el General Luque, ordenó a sus tropas presentar armas y tocar marcha de honor en homenaje nuestro. Al concluir este acto, pronunció un vibrante discurso enaltecendo nuestra patriótica resistencia y arengando a sus tropas para que elevaran el espíritu combativo contra el invasor.

De Esperanza continuamos el viaje hacia la capital. En la estación de Buenavista se congregaron muchas personas curiosas, que sabían por la prensa que estábamos por llegar y deseaban conocer directamente por nosotros qué ocurría realmente en Veracruz, pues en la capital de la República se había divulgado la especie de que no había tal invasión. De la estación se nos condujo al Castillo de Chapultepec, en donde convivimos con los cadetes del H. Colegio Militar.

MEXICO, NUESTRA GRAN HERENCIA



Castillo de Chapultepec.

Durante el traslado de Veracruz a la capital de la República, experimenté diversas reacciones de acuerdo con las circunstancias. La evacuación de la Escuela Naval no me pareció muy justificada, pero supuse que mis jefes meditaban sus órdenes y planeaban la retirada para volver reorganizados. El viaje a Tejería, en momentos me produjo la sensación de huir de manera vergonzosa frente al enemigo.

Cuando marchamos a Soledad aún abrigaba la esperanza de que nos reorganizaríamos para contraatacar, pues suponía que éste poblado era nuestro destino final. La moral de combate no decaía del todo con los ejercicios militares que nos hacían practicar a bordo del ferrocarril. Sin embargo, cuando se nos ordenó abordar el tren con destino a la capital de la República, nos dimos cuenta que ya no regresaríamos a Veracruz.

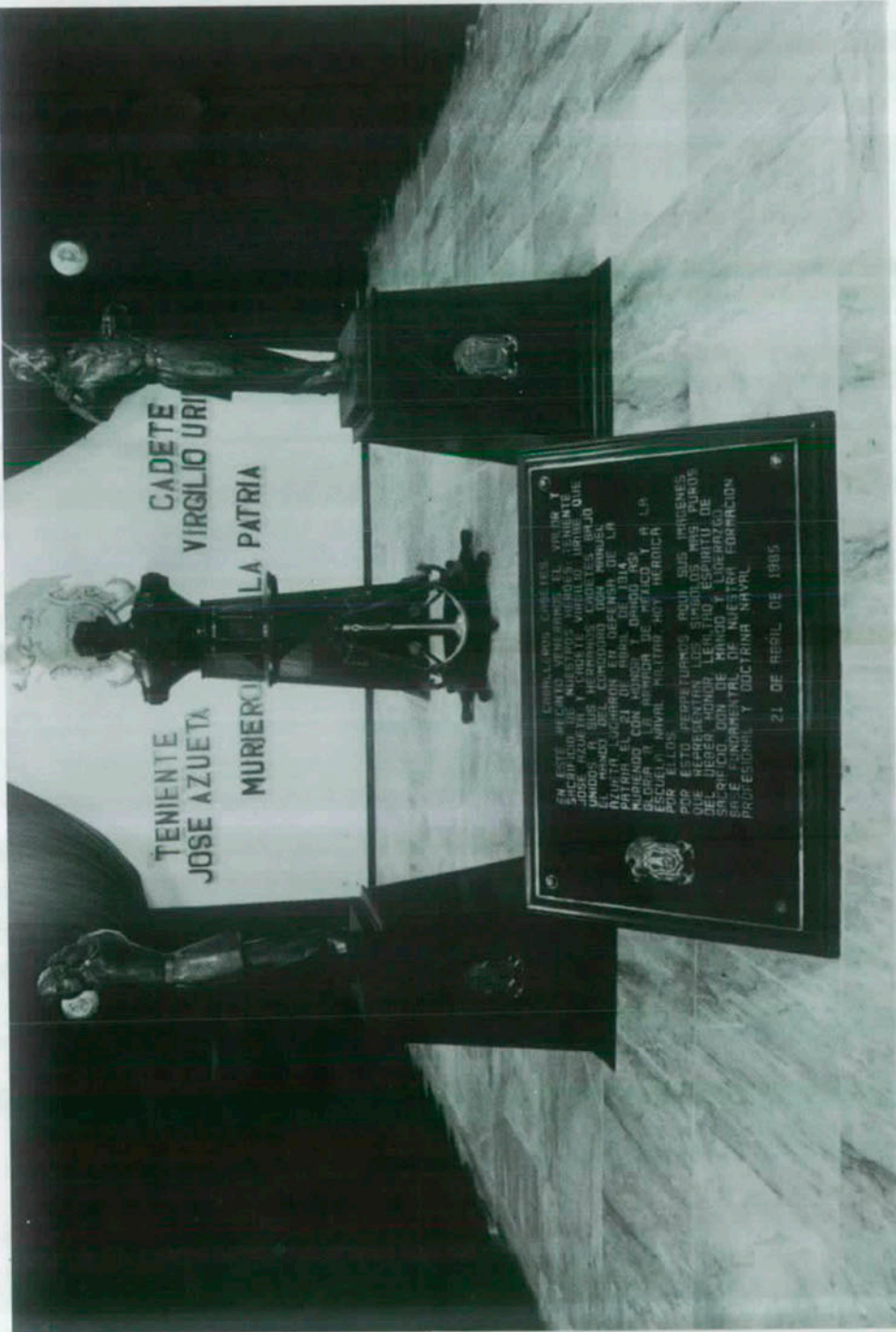
La aclamación del general Luque la consideré más bien como un estímulo para despertar el espíritu combativo de sus tropas, pero me pareció algo excedida. Lo que más me deprimió fue la pérfida propaganda política, de lesa Patria, cuya finalidad era restar prestigio al gobierno usurpador, olvidándose del lema: "LA PATRIA ES PRIMERO"

A lo largo de los 79 años transcurridos de esta gesta heroica, mucho he meditado al respecto, pienso que pudimos haber hecho algo más por la defensa de Veracruz, pero también estoy convencido de que cumplimos con nuestro deber como soldados, como ciudadanos y como mexicanos, en defensa de la dignidad y la soberanía de la Patria.

Debo confesar, con verdadero júbilo, que el amor patrio de los trabajadores, alejados de toda intriga política, se mantuvo incólume, porque ellos acudieron en masa, henchidos de entusiasmo, a recibir la instrucción militar que les impartíamos.

Lo más glorioso y conmovedor, fue que también la humilde obrera acudió a recibir instrucción militar; esa es nuestra amada mujer mexicana, que no sólo ofrenda soldados a la Patria, sino también es ejemplo para sus hijos en el supremo deber: DEFENDER LA PATRIA.

FOTO: FAMILIA MINOR



**PERSONAL DE LA HEROICA ESCUELA NAVAL MILITAR QUE TOMO
PARTE EN LA DEFENSA DE VERACRUZ
21 DE ABRIL DE 1914**

Capitán de Fragata
Rafael Carrión,
Director
Teniente Mayor
Angel del Corzo,
subdirector
Teniente Mayor
Juan de Dios
Bonilla, Jefe del
Detall
Teniente Mayor
David Coello
Primer Teniente
Arturo F. Lapham
Segundo Teniente
Antonio Gómez
Maqueo
Subteniente
Manuel Espinosa
Primer Maquinista
de 2a.
Ramón Maqueo
Escribiente de 1a.
Leopoldo H. Gil
Escribiente de 1a.
Irineo Alacio Pérez
Aspirante de 2a.
Angel Gutiérrez A.
Aspirante de 2a.
Gustavo A. Bravo

Aspirantes de 3a.

Esteban Minor Carro
Fernando Isunza
Federico A. Luna
Leopoldo Rueda
Carlos Solano
Adán Cuellar

Cabos de Alumnos

Luis Pérez Ch.
David Fernández
Mario Riverón
Leopoldo Ruiz
Diego Martínez
Corona
Manuel Aguilar
Rafael Vázquez del
Mercado
Eladio Illades
Rafael Rábago
Rafael A. Delgado
Rodolfo Gutiérrez

Alumnos de Primera

Benjamín León
Roberto Laurencio
Mario Rodríguez
Malpica
Pedro Rendón
Roberto Sánchez
Juan Sánchez Terán
Ignacio Fernández
de Castro
Carlos A. Menéndez
Luis Sevilla
Fernando Rojas
Virgilio C. Uribe

Guillermo Torres
José Servín
Salvador Vidal
Germán A. Quintana
Rodolfo Angeles
Manuel Quintanilla
Manuel de la Sierra
Carlos Ibáñez
Alfredo C. Aguilera
Jorge Suárez
Luis Figueroa
Andrés Sánchez
Ricardo Ochoa Díaz
Estuardo Cuesta
Raúl Aguirre V.
Edmundo García
Eduardo Camacho
Roberto Orduña
Rafael Fentanes
Carlos Castillo
Bretón
Flavio E. Saucedo
Angel Rosas
Ignacio Ríos
Enrique Rosas
Enrique Esparza
Maximiliano Remes
Merardo Blanco
Francisco Vázquez
Reyna
José Ríos
Rodrigo Schega
Luis Cuéllar
Armando C. López
Luis Suárez

Alumnos

Guillermo Cano
Fernando Arenas
Fernando Poiré
Ignacio González A.
Tomás Ruiz
Fernando Sastré
Alonso González
Enrique Montalvo
Juan Castañón
Eduardo Colina
Julián Camacho
Rafael Fourzán
Eustolio Delgado
Enrique Hurtado
Procopio Ugalde V.
Ramón Moya
Juan Valdivieso
Eduardo Salazar
Carlos Fernández
Fernando M. Escudero
Guillermo Oropeza
Francisco Jiménez
Miguel Herrera Celis
José Ahuja
Fernando Guadarrama
(externo)
Ciro Orihuela Amado
Luciano Frías
(supernumerario)
**Clases, Marinería y
Servidumbre**
3er. Contramaestre
Joaquín Bauza

Cabo de Mar de 1a.
León Cetina
Marinero de 1a.
Felipe Sánchez
Marinero de 1a.
José Romo
Marinero de 1a.
Leonardo Sánchez
Marinero de 1a.
Luis Landa
Marinero de 2a.
Alberto Landa
Marinero de 2a.
Gabino Orozco
Marinero Corneta
Porfirio González
Marinero Tambor
Manuel Ramirez
Obrero de 1a.
Pedro Torres
Despensero
Rafael Aguirre
Cocinero de 1a.
Federico Fernández
Ayudante de Cocina
José Hernández
Criado de 1a.
Samuel Sarmiento
Criado de 1a.
Roberto Fernández
Criado de 1a.
Aurelio Berlín
Criado de 2a.
Tirso Hernández
Criado de 2a.
Ricardo Berlín
Criado de 2a.
Emilio Pérez
Criado de 2a.
Dolores Patiño
Criado de 2a.
Darío Méndez
Criado de 2a.
Félix Puga
Practicante de 2a.
Luis Moya
Pagador
Pablo Pasquel

**Personal que se
incorpora a la
Escuela**

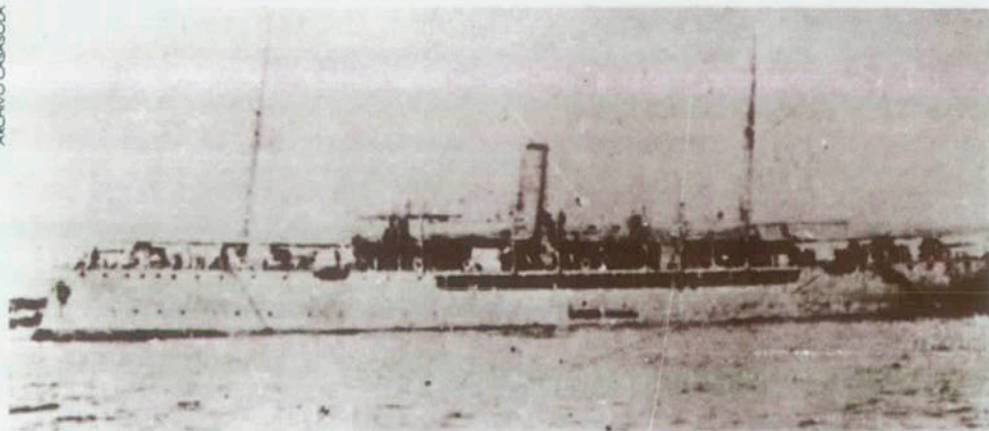
Comodoro
Manuel Azueta
Capitán de Navío
Aurelio Aguilar
Teniente Mayor
Modesto Sáenz
Despensero
Marcos Lezama

MI PRACTICA EN EL CAÑONERO *GUERRERO*

El 25 de abril de 1914, la superioridad acordó que los cadetes navales del 5o. año de estudios quedarán exentos del examen final y procederán a realizar sus prácticas profesionales en los buques de la Armada. En esta disposición quedé incluido pues, como ya he relatado, cursaba simultáneamente 4o. y 5o. años de la carrera de ingeniero mecánico naval.

El Departamento de Marina de la Secretaría de Guerra y Marina me cursó la orden de incorporación al cañonero *General Vicente Guerrero*, con carácter de Tercer

ARCHIVO CASASOLA



Cañonero General Vicente Guerrero.

Maquinista, para efectuar mi práctica profesional. Esta disposición la dio el Comandante de dicho cañonero, Capitán de Navío Ignacio Arenas, que fue quien gestionó mi adscripción al buque bajo su mando. Asimismo, se giraron órdenes para que se me adelantara una paga de marcha, consistente en un mes de sueldo, que en aquel tiempo era de \$ 120.00; también se me anticiparon \$ 225.00 para la compra de uniformes, cantidades que la pagaduría del buque me descontaría por partidas decenales.

El 1o de mayo de 1914, causé alta en la tripulación y se me asignó una litera en la cámara de aspirantes. Siete días después, el 8 de mayo, zarpamos con rumbo al puerto de Manzanillo, allí recibí mi primer sueldo a bordo: \$40.00 a la decena, sólo que, según lo convenido, el pagador empezó a descontarme el préstamo. Por concepto de paga de marcha, el descuento a la decena fue de \$ 13.33 y de \$ 25.00 por el anticipo para la compra de uniformes. Esta fue mi liquidación durante los meses de mayo, junio y julio: \$1.67 a la decena.

El siguiente puerto que tocamos fue Mazatlán, ahí permanecimos unos días; proseguimos con dirección a Guaymas, base naval de nuestro buque, a donde llegamos

a fines de mayo.

A nuestro arribo, la plaza de Guaymas estaba ocupada por el General Téllez, Comandante de las fuerzas federales fieles al Gobierno del General Victoriano Huerta, pero se encontraba sitiada por las fuerzas revolucionarias comandadas por los Generales Obregón, Calles, Diéguez, Maytorena y otros.

En los primeros días del mes de junio, nuestro Comandante, el Capitán Arenas, recibió órdenes del General Téllez de marchar hacia las Guasimas, porción de mar cercana a Guaymas, con objeto de acosar a las embarcaciones de menor calado, capaces de navegar en aguas de poco fondo e introducir armas y parque a las fuerzas revolucionarias. Así se hizo, varias de estas embarcaciones fueron hundidas, otras lograron escapar del alcance de nuestra artillería, porque huyeron hacia aguas de poco fondo y arrecifes que nos impidieron el paso.

El 15 de junio, a las 19 hrs. para ser precisos, el Comandante Arenas recibió instrucciones del General Téllez de abandonar el puerto de Guaymas y navegar hacia el sur; las órdenes las recibió en sobre cerrado; esto es, que

ni el propio Comandante conocía el destino de su navegación y sólo se enteraría hasta abrir el sobre a la hora que verbalmente le había indicado el General Téllez.

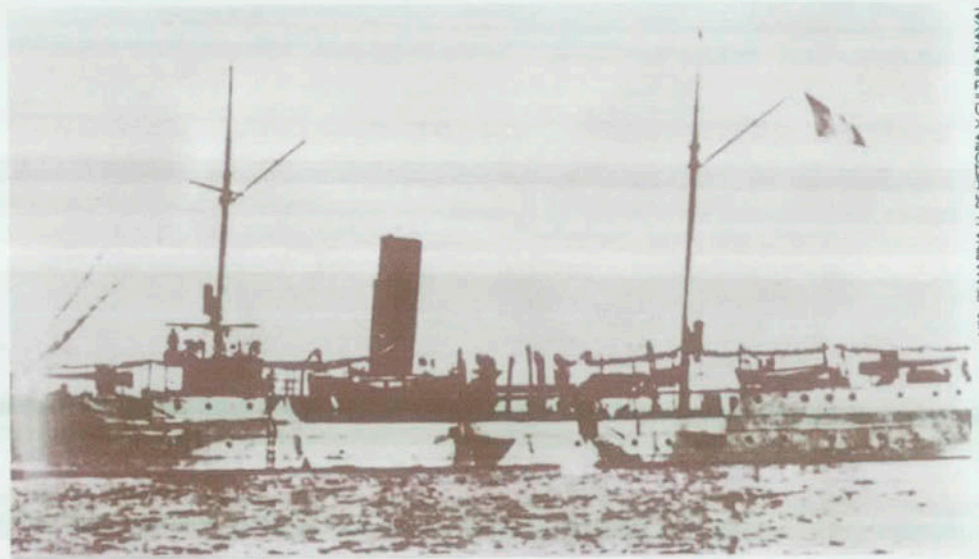
El velo de misterio que rodeó a esta operación, hizo que todos los oficiales especuláramos acerca de la comisión que estábamos desempeñando. A la hora fijada el Comandante Arenas abrió el sobre; sólo él se enteró del contenido, pues nada comunicó a sus oficiales. Con una mayor incertidumbre nos fuimos a dormir, a excepción del personal de guardia.

Al día siguiente, como a las 5 de la mañana, irrumpió en nuestra cámara el mozo del Comandante Arenas, expresándose más o menos en estos términos: -Señores Aspirantes, ordena el Comandante se levanten inmediatamente y ocupen su puesto de combate, el cañonero *Tampico* está a la vista y pronto entraremos en acción.

A esa hora el Comandante Arenas, por medio del Código Internacional de Señales, ya estaba en comunicación con el Comandante del *Tampico*.

Pronto se inició un verdadero combate naval, teníamos

Cañonero Tampico.



SEA DE MARINAJE DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

SEA DE MARINAJE DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL



Croquis de la Batalla de Topolobampo.

ventaja, pues podíamos maniobrar libremente, disparar con los cañones de una banda, mientras se refrescaban los de la otra, disparar con el cañón de caza o el de retirada. Por el contrario, el *Tampico*, inmovilizado debido a que sus calderas se habían quemado el día anterior, por descuido del Jefe de Máquinas Ramón Estrada, sólo podía accionar los cañones de una banda.

Como es fácil comprender, pronto hicimos blanco en el *Tampico*, que en poco tiempo inició una escora sobre la banda de babor, luego se produjo un incendio a bordo y más tarde comenzó a hundirse.

La tripulación del *Tampico* sufrió grandes pérdidas en vidas. Cuando el Comandante Rodríguez consideró insostenible su permanencia en el buque, ordenó a los supervivientes embarcarse en una lancha, en la cual infructuosamente trataron de escapar hacia la costa. Nuestro buque se cruzó en su derrotero y les impidió el paso. A la tripulación de la lancha se le conminó a rendirse.

Desgraciadamente, el Comandante Malpica se suicidó a bordo de la lancha cuando ésta se hallaba cerca de la escala del *Guerrero*, nosotros escuchamos la detonación de su

pistola. Más tarde supimos por la tripulación de la lancha, que su Comandante les dijo antes de quitarse la vida :
 -Muchachos, no hagan nada por escapar y entréguense al Comandante del *Guerrero*; a mí ya me llevó la... pelona, y se disparó un tiro en la sien derecha.

ASÍ FUE LA REVOLUCIÓN MEXICANA



General Joaquín Téllez.

Los tripulantes de la lancha depositaron sus armas y subieron al *Guerrero*, los recibió personalmente el Comandante Arenas, quien les dijo: -Olvídense de esta tragedia y pasen a convivir con sus compañeros. En calidad de jefes del *Tampico* subieron a bordo, el Maquinista de Primera David Johnson y el pagador Rebatet. Cuando ambos jefes se disponían a entregar sus pistolas, el Comandante Arenas les dijo:

-Guárdenlas, los considero hombres de honor y sé que no harán mal uso de ellas mientras estén a bordo.

Johnson y Rebatet pasaron a la cámara de jefes y oficiales a convivir con nosotros, la marinería se alojó en el sollado de proa con sus compañeros. El cuerpo del Comandante Malpica se embalsamó y envolvió en una manta de lona.



SEBILANZA MARITIMA DEL MEDICO INDEPENDIENTE

David Johnson, jefe de máquinas del Tampico, después del combate, a bordo del Guerrero.

Entre los supervivientes del *Tampico*, se encontraba un marinero con una pierna mutilada por una granada, que fue rápidamente operado por el Dr. Vasconcelos y su ayudante.

Ya en confianza, los del *Tampico* nos platicaron el drama que

vivieron cuando varias granadas nuestras estallaron e incendiaron su buque, causando gran mortandad entre la tripulación. El Comandante Arenas ordenó arriar la bandera del *Guerrero* a media asta.

Con relación a este hecho de armas, es importante consignar que el combate entre el *Tampico* y el *Guerrero* fue presenciado a prudente distancia por buques de guerra americanos, ingleses y japoneses, que tenían órdenes de seguir de cerca los acontecimientos políticos y revolucionarios que ocurrían en nuestro país.

El Comandante de uno de los buques americanos mandó una lancha de servicio médico. El Comandante Arenas agradeció la actitud; sin embargo, se rehusó cortesmente a aceptar la ayuda que se le ofrecía. El militar americano le preguntó cual era la causa por la que había arriado la bandera del buque y el Comandante Arenas le explicó que la Armada de México guardaba luto por la pérdida de una de sus unidades y por la muerte de gran parte de la tripulación de esa unidad.

Al conocerse lo anterior, todos los buques de guerra: norteamericanos, japoneses e ingleses arriaron sus banderas a media asta.

El *Guerrero* sólo recibió dos impactos de granada perforante, que no causaron daño alguno en la tripulación. Durante el combate mi puesto estuvo en la cámara de calderas, donde cumplí cabalmente con las instrucciones que me dieron.

Ese mismo día por la tarde, regresamos al puerto de Guaymas, a donde arribamos al amanecer del día siguiente. El Comandante Arenas rindió el parte de ordenanza al general Téllez, le entregó la tripulación capturada del *Tampico* y le pidió no fusilar a ninguno de los prisioneros.

El cerco a la plaza de Guaymas que tendieron las fuerzas revolucionarias, se estrechaba día con día, hasta que la defensa del puerto se hizo insostenible, por lo que se dispuso su evacuación. Se embarcaron a las fuerzas federales con todo y pertrechos militares e impedimenta a bordo de los buques mercantes disponibles: los tres *Corrigan*, el *Benito Juárez*, el *Limantoury* otras embarcaciones menores, lanchones, etcétera.

Hacia fines de agosto, abandonamos este puerto, y la flota mencionada, custodiada por el *Guerrero*, se dirigió a Mazatlán. En los preparativos para abandonar la plaza, me tocó embarcar todo el carbón de piedra existente en la

carbonera naval, maniobra que efectué en un lanchón que se llevó a remolque con la flota.

El cuerpo del Comandante Malpica fue sepultado en el cementerio del puerto de Mazatlán.

Al arribar a Mazatlán, plaza custodiada por el General Rodríguez, nos enteramos que también estaba sitiada por las fuerzas revolucionarias y que era inminente su caída, por lo que se dispuso la inmediata evacuación del puerto. Se embarcaron todas las fuerzas federales y los implementos militares en los buques de la flota; la protección del embarque estuvo a cargo de la artillería del *Guerrero*. A pesar de las medidas que se tomaron, hubo que lamentar la pérdida de un lanchón repleto de oficiales y soldados, a causa de la rotura de un cable de remolque. Los soldados federales que no lograron embarcarse también fueron capturados por los revolucionarios.

En Mazatlán contraí paludismo. El Dr. Calderoni, ayudante del Dr. Vasconcelos, fue quien me atendió; sólo que la cantidad de quinina prescrita, me ocasionó una severa sordera que padecí por varios años.

Continuó nuestro peregrinar con rumbo a Manzanillo, el cual era custodiado por el General Díaz. Esta plaza también se encontraba sitiada por las fuerzas revolucionarias.

Aquí sólo estuvimos unos días; embarcamos las tropas federales y sus implementos. Para contener el acoso de las fuerzas yaquis, que en gran número llegaban por trenes, el Comandante Arenas recibió orden de bombardearlas, pero nada se logró, dada la temeridad de los yaquis, quienes comandados por el General Chairis repelieron nuestro ataque y de milagro no nos hundieron. Ignorábamos que ellos ocultaban artillería detrás de la estación del



Batallón de indios yaquis en el Ejército Constitucionalista.

ASI FUE LA REVOLUCION MEXICANA. P. 1434



Huerta, Moheno y Blanquet

ferrocarril; el hecho fue que cuando el *Guerrero* maniobraba para emplear la artillería de refresco, los revolucionarios empujaron la plataforma en donde tenían emplazadas las piezas de artillería y nos dispararon; para fortuna nuestra, nos salvó su mala puntería.

De Manzanillo enfiló toda la flota para el puerto de Salina Cruz, previamente se embarcaron las fuerzas del General Díaz, bajo la protección del *Guerrero*.

A estas alturas, Salina Cruz era el único puerto del Pacífico que no estaba sitiado por las fuerzas revolucionarias.

En el puerto oaxaqueño, tuvo lugar un acontecimiento que posiblemente aún no ha registrado la historia de la Armada en México.

Hacia fines de septiembre de 1914, los generales Diéguez y Rodríguez convocaron a una junta con los demás generales, jefes y oficiales del Ejército Federal que se hallaban concentrados en Salina Cruz. Este núcleo lo integraban las fuerzas federales procedentes de Guaymas, Mazatlán y Manzanillo, además de las que ya estaban reunidas en el puerto. En esa junta se discutió la pertinencia de continuar la lucha o rendirse a las fuerzas revolucionarias

que se hallaban concentradas en el Istmo de Tehuantepec.

A dicha junta fue invitado el Comandante Arenas, previamente nos reunió a los jefes y oficiales a su mando, nos puso al tanto de la invitación que le habían cursado los generales Diéguez y Rodríguez e inquirió acerca de la postura de cada uno de nosotros. Por unanimidad delegamos en él nuestra representación, y le manifestamos nuestra absoluta confianza y respaldo a la decisión que tomara en la referida reunión.

A nombre de los generales, jefes y oficiales ahí reunidos, el General Téllez inició el debate, explicando que el objeto de la reunión era conocer la opinión de los concurrentes con relación a la conveniencia de continuar la lucha armada contra la Revolución y así salvar el honor del Ejército Federal, bajo el argumento de que aún se disponía de suficientes tropas y armamento, o por el contrario, gestionar la rendición de este núcleo de fuerzas federales a la Revolución.

Como sucede en estos casos, los generales con mando de tropa se pronunciaron por continuar la lucha. Pronto la euforia se apoderó de los presentes y la gran mayoría se manifestó con gritos por la salvación del honor del Ejército

Federal.

Al llegar a este punto, el Comandante Arenas solicitó la palabra y expresó: -Hablo en nombre propio y de los jefes y oficiales del buque a mi mando, les comunico que si el acuerdo es continuar la lucha para salvar el honor del Ejército Federal, nosotros estaremos con ustedes; pero al propio tiempo quiero expresarles, que al menor acto indigno de esta causa, cometido por cualquier integrante de este núcleo, tanto yo como toda la tripulación del buque, a mi mando, volveremos nuestras armas contra ustedes.

Gran estupor causaron estas palabras entre los concurrentes, pero nadie se atrevió a objetar nada. De todo lo anterior nos enteramos por boca del propio Comandante Arenas en reunión a la que fuimos convocados, y en la cual aplaudimos su decisión y una vez más le reiteramos nuestra lealtad, confianza y respaldo.

Dos días después de la memorable junta, en la cual el General Téllez fue nombrado Jefe Supremo de las fuerzas federales en el Istmo, el General Díaz asaltó y saqueó el Banco Occidental de México del puerto de Salina Cruz, y a bordo del buque mercante *Benito Juárez* escapó con

rumbo a Centroamérica. El General Téllez, ordenó el bloqueo del puerto y mandó emplazar una batería de artillería en el antepuerto, con instrucciones de impedir la salida o entrada de cualquier buque sin su autorización.

El Comandante Arenas se enteró del asalto al banco la misma noche del suceso. Hacia las cuatro de la mañana del día siguiente, nos reunió en su cámara a todos los jefes y oficiales y dio a conocer lo ocurrido; acto seguido, nos comunicó su decisión de separarse del Ejército Federal, abandonar el puerto de Salina Cruz y navegar hacia Manzanillo para entregar el buque a su cargo a las fuerzas revolucionarias, dicho lo cual, agregó: -Quedan ustedes en absoluta libertad de acompañarme o abandonar el buque, sólo les pido que me comuniquen su decisión lo más pronto posible, pues la situación no admite demora.

Sin titubeos, todos le manifestamos nuestra determinación de continuar a bordo bajo su mando. El comandante nos agradeció la lealtad y confianza y, sin pérdida de tiempo, ordenó que ocupáramos nuestros puestos, pues el buque quedaba desde ese momento en estado de combate.

A las cinco de la mañana, el Comandante Arenas ordenó

soltar amarras y dirigir los cañones de la banda de babor hacia la batería montada en el antepuerto, por medio de un magnavoz ordenó a los oficiales encargados de la batería que no intentaran activar la artillería, porque al menor movimiento serían ametrallados sin piedad. Ninguno de ellos se movió y el *Guerrero* salió del puerto "sin novedad" con rumbo al puerto de Manzanillo.

Arribamos a este puerto y el Comandante Arenas se puso a las órdenes del jefe de la plaza, así como el buque a su mando y la tripulación. Dicho jefe lo recibió con beneplácito y lo confirmó en el mando. Desde ese momento, el *Guerrero* y toda la tripulación entramos al servicio de la Revolución.

Días después, el Comandante Arenas recibió instrucciones de regresar a Salina Cruz y ponerse a las órdenes de las fuerzas revolucionarias del General Agapito Lastra, que fue quien recibió la rendición de las tropas federales comandadas por los Generales Téllez y Rodríguez.

Acerca de este episodio, sólo debo agregar que el General Lastra y su Estado Mayor, nos brindaron su confianza, fueron amables y en todo momento departieron con nosotros en plan de franca camaradería.

A fines de octubre de 1914, solicité y obtuve licencia para viajar a la capital de la República. Me presenté ante el jefe del Departamento de Marina, Sr. Baltazar Bendito y le participé mis deseos de separarme de la Armada para efectuar algunos estudios en la Escuela Nacional de Ingenieros. Me contestó que no procedía mi petición, pues tenía yo que cumplir con los seis años de servicio que estipulaba el contrato que firmé al ingresar a la Escuela Naval Militar; eso sí, me autorizó el tiempo de vacaciones que yo quisiera. Tomé tres meses de asueto con goce de sueldo, durante los cuales no dejé de insistir ante el Sr. Bendito que me concediera mi retiro de la Armada, pero él siempre tuvo una misma respuesta:

¡Cumpla primero con sus seis años de servicio!

A principios de enero de 1915, ingresé a la Escuela Nacional de Ingenieros, y me inscribí en los cursos de termodinámica, máquinas térmicas, mecánica analítica, geometría descriptiva y matemáticas superiores.

A fines de enero volví a la carga sobre el asunto de mi baja de la Armada, pero nuevamente el Jefe del Departamento de Marina se resistió a concedermela. Un poco en el plan de tantear el terreno, le pregunté a dicho Jefe: -¿Qué

sucedería si no me presentara más al Departamento? La respuesta fue: -Causarías deserción, se te mandaría aprehender y te formaríamos proceso por desertor. Como noté que en sus palabras no había tono de amenaza, le dije: -Entonces, ordene usted mi arresto ahora que me tiene en su presencia, por que no pienso volver a presentarme. Sonrió y me dijo: -Muchacho terco, ya estás dado de baja desde este momento, te deseo buena suerte. Le agradecí su apoyo y me despedí de él con toda cortesía. Esta fue la primera ocasión que me separé de la Armada.



FOTO: FAMILIA MINOR

Antigüedad (Generación) del Ing. Esteban Minor Carro en la H. Escuela Naval Militar.



SECRETARIA DE MARINA
UNIDAD DE HISTORIA
Y CULTURA NAVAL
BIBLIOTECA GENERAL

MI AVENTURA REVOLUCIONARIA

Los cadetes navales: Manuel de la Sierra, Juan Castañón y el de la narración, cierto día de febrero de 1915, decidimos incorporarnos a las fuerzas del General Francisco Villa, con cuya causa simpatizábamos.

Salimos de la capital de la República a pie hacia la ciudad de Querétaro; pasamos por los poblados de Cuautitlán, La Cañada, San Francisco Soyaniquilpan, la hacienda Arroyo Zarco, Tierra Colorada y, después de diez días de camino, llegamos finalmente a Querétaro.



Teatro Iturbide en la ciudad de Querétaro - hoy Teatro de la República-, asiento del Congreso Constituyente de 1917.

Nos presentamos ante el Jefe de las fuerzas villistas, el General Castrejón. Mis compañeros quedaron adscritos a las fuerzas del propio General Castrejón y a mí se me ordenó incorporarme al sector de marina de las fuerzas villistas, que a la sazón, se integraba en la ciudad de Irapuato bajo el mando de los Comodoros Blanco, Ortega, Torres y los Oficiales Aldreto, Argudín y Koll.

Ya en Irapuato, y ya que mis haberes no alcanzaban para pagar alojamiento en un hotel, me hospedé en un mesón. Uno de esos días, me encontré a un buen amigo, compañero de la primaria, el capitán de artillería Andrés Juárez; conversamos ampliamente, y al enterarse de mi precaria situación económica, me invitó a vivir con él en un carro de ferrocarril que compartía con un Coronel y un Mayor de Artillería. Le agradecí y acepté gustoso la invitación.

Al llegar a mi nuevo alojamiento, me di cuenta que en él había dinamita, con la cual se fabricaban bombas para volar puentes y trenes; no le di importancia al asunto y con toda naturalidad hice lo que los demás: usar como almohada una bomba de dinamita. Por cierto, el cambio de morada me

salvó de participar en la batalla de Celaya entre las fuerzas del General Villa y las del General Obregón.

Relato a continuación como ocurrieron los hechos. Un domingo me buscaron por todos los alojamientos de Irapuato con el fin de entregarme la orden de marchar a Celaya, para que me hiciera cargo de una batería de artillería, pero como no me encontraron, mandaron a un oficial del ejército en mi lugar. Al día siguiente, el Comodoro Blanco me reprendió por no tener registrado mi

CENTRO DE ESTUDIOS SOBRE LA UNIVERSIDAD



Tren Villista.

domicilio y cuando le expliqué en dónde me encontraba, no daba crédito a mi audacia de vivir en un carro donde se fabricaban bombas de dinamita.

Al ser derrotado el General Villa en Celaya, nos replegamos hasta la ciudad de Aguascalientes.

Cierto día, el Comodoro Blanco ordenó que me presentara ante el General Francisco Villa para recibir personalmente de él, instrucciones para llevar a cabo una misión muy delicada. Cuando llegué al carro del General Villa, me dirigí al oficial de guardia y le expuse mi asunto; éste a su vez, informó de mi presencia al Coronel Enrique Pérez Raúl, Jefe del Estado Mayor de Villa. Luego del interrogatorio de rigor, el Coronel me ordenó esperar y se retiró.

Al cabo de unos minutos regresó en compañía del General Villa, quien me saludó de mano y observándome fijamente, dijo: -Quiero que marches hacia la capital y lleves una carta confidencial mía al señor Presidente Lagos Cházaro; esta comisión tiene grandes riesgos. ¿Crees que podrás desempeñarla? Sin titubear le contesté: -Estoy seguro de que esa carta la entregaré personalmente al señor Presidente Lagos Cházaro en la capital. Sin dejar de mirarme,

concluyó: -Creo que eres capaz de cumplir esta comisión. Me extendió su mano y se despidió con estas palabras: - Te deseo buena suerte, ven mañana a las diez por la carta y el salvoconducto de ordenanza.

Durante esta breve entrevista, yo también lo miré fijamente, su recia personalidad me impactó y sólo acerté a darle las gracias por sus deseos y un poco cortado, le pregunté: -Mi General, ¿dijo usted mañana a las diez? y me contestó tajante: -Sí, eso dije, puedes retirarte. Nunca olvidaré la presencia tan auténtica de este distinguido y noble revolucionario.



Gral. Francisco Villa.

Salí en tren de la ciudad de Aguascalientes para León. Allí compré indumentaria de arriero, incluyendo unos huaraches de doble suela y un burro; luego emprendí el camino hacia la hacienda Los Otates y me alojé en un mesón, como cualquier arriero; pero uno que era auténtico y que me había estado observando, se me acercó y me dijo: -Se ve

claramente que tú no eres arriero, pero no te descubriré, no desconfíes, te quiero ayudar porque me parece que eres un buen muchacho. El hombre me inspiró confianza y le dije que yo era mecánico y que iba a la capital de la República en busca de trabajo. Me aconsejó entonces: -Ten mucho cuidado porque hay varias columnas volantes de tropas obregonistas y villistas, y las dos son muy peligrosas, pues creen que todo caminante es un espía y los cuelgan sin ninguna averiguación. Me sugirió tomar la ruta que sigue la mayoría de los arrieros para ir a la capital: San Felipe Torres Mochas, Tierra Blanca, San José de Márquez, Hércules y la capital. Se despidió deseándome buena suerte.

Confiado en los consejos de ese buen hombre, una mañana muy temprano, salí con dirección a San Felipe Torres Mochas. Me sentía algo débil, pero la disciplina militar me impulsaba a cumplir con mi deber. Hacia las doce horas de ese mismo día, divisé a lo lejos un pueblito, del que provenía una fuerte y nutrida balacera. De inmediato imaginé que era un encuentro entre fuerzas villistas y obregonistas. A mi derecha descubrí una hacienda y me dirigí hacia ella. Toqué fuerte el zaguán, pero al notar que estaba entreabierto, lo empujé y entré gritando lo más fuerte que pude: -¿Hay alguien aquí? Nadie contestó. Me adentré y con gran

sorpresa vi que todas las puertas estaban abiertas y los muebles en perfecto orden. Pensé entonces que los moradores de la hacienda habían huido por temor a la llegada de las tropas que combatían en el pueblo de donde procedía la balacera. Sentí temor y entonces decidí también huir.

Dirigí mi burro hacia el camino que momentos antes había abandonado, decidido a regresar a la hacienda Los Otates, pero antes de llegar a él, observé que un tlachiquero sorbía tranquilamente con su acocote el aguamiel de un maguey y lo depositaba en un tonel que cargaba un borrico. Me intrigó la tranquilidad con que operaba este señor, así que



*Aguamielero y
Maguey.*

me dirigí hacia él y lo saludé. Preocupado como estaba, le pregunté: -¿No siente usted temor por la balacera que hay en aquel pueblo? ¿No será un encuentro entre tropas obregonistas y villistas?

El señor sonrió y me contestó: -¿Cuál balacera joven? Hoy es tres de mayo, día de la Santa Cruz, es el coheterío que acostumbran los albañiles este día.

Quedé verdaderamente avergonzado y sólo acerté a decirle: -Gracias, buen hombre, por haberme recordado esta fecha. Quede usted con Dios. Nunca he olvidado este incidente, ni lo ridículo que me sentí.

Continué mi viaje para San Felipe, Torres Mochas, adonde llegué como a las ocho de la noche del mismo día que salí de la hacienda Los Otates.

En el camino encontré hombres colgados de los árboles, pero no me atemoriqué porque ya estaba preparado para estos encuentros. Al llegar a San Felipe, luego que me hube cerciorado de que las fuerzas que guarnecían la plaza eran villistas, me dirigí al cuartel militar. El Comandante que custodiaba la ciudad, ante quien me identifique como

enviado especial del General Villa, me dijo que la ruta que había yo trazado para llegar a la capital era correcta por lo segura, aunque algo larga; me sugirió permanecer unos días en ese lugar, y aguardar el momento oportuno para continuar el viaje.

Así fue, cuando el Comandante lo consideró conveniente, me indicó que podía proseguir el viaje y me proporcionó un guía arriero, el cual me acompañó hasta Tierra Blanca. Al llegar a este punto, el arriero me dijo que debíamos separarnos, y así lo hicimos. Le agradecí su compañía. Serían las tres de la tarde cuando nos separamos, prácticamente a la entrada del pueblo.

Ignoro qué fue del arriero, pero a mí me detuvo y condujo al cuartel de la plaza, el Capitán que se encargaba de vigilar e interrogar a la gente sospechosa que entraba o salía del pueblo. Ocurrió que cuando el Capitán me interrogó, entre otras cosas, le contesté con la misma versión que le di al arriero de la hacienda Los Otates; es decir, que mi oficio era mecánico y que me dirigía a la capital en busca de trabajo; sólo que me había disfrazado de arriero para cruzar esa zona, pues suponía que era peligrosa. Al Capitán no le pareció verídica mi historia, y consideró más

bien, que podía yo ser un espía.

El Jefe de la guarnición, luego de escuchar el informe que en mí presencia le rindió el Capitán, fue más categórico y dio por hecho que yo era un espía peligroso y ordenó que me encerraran en un calabozo, con centinela de vista, para ser fusilado al día siguiente.

Como a las siete de la noche, llegó la esposa del centinela, le traía la cena; éste tuvo urgencia de ir al corral para hacer una necesidad y dejó a su mujer vigilándome. Aproveché la ocasión, pues en este tipo de situaciones, la mujer suele ser más sensible que el hombre. Me acerqué a ella y le pregunté: -Señora ¿qué fuerzas son éstas donde milita su esposo? Y me contestó: -Son zapatistas.

Al regresar el centinela a su puesto, le pedí de favor que llamara al Cabo de Cuarto; cuando éste llegó le dije que necesitaba hablar urgentemente con el Oficial de Guardia. Luego de unos minutos, que se me hicieron una eternidad, llegó el oficial. Me identifiqué como oficial villista, portador de un mensaje confidencial del General Villa para el Presidente Lagos Cházaro y le pedí que me llevara ante el Jefe de la Guarnición de la Plaza.

Comparecí nuevamente ante el Jefe de la guarnición, quien, medio incrédulo, escuchó mi nueva versión y me exigió pruebas; saqué entonces de entre las suelas de mis huaraches, el salvoconducto extendido por el General Villa y la carta confidencial. El Jefe, que ya me hacía en el paredón, quedó asombrado por mi astucia para guardar mis documentos, me felicitó y ordenó un arresto de 24 horas para el Capitán que me había aprehendido luego, supuestamente, de haberme registrado cuidadosamente. Enseguida se dirigió a mí: -Teniente, estoy a sus órdenes. Dígame cómo puedo ayudarlo para que cumpla usted con



MUSEO DE LA FOTOGRAFÍA - INAH

*Zapatistas en
Sanborn's.*

su misión. Le pedí me facilitara una escolta para que me custodiara hasta la hacienda de San José de Márquez, lo cual aceptó gustoso. Me invitó a cenar y al terminar me dijo: -Teniente, una escolta de cuarenta soldados, comandada por un Capitán, está a sus órdenes. Puede usted partir de inmediato, pues caminando durante la noche llegarán a su destino al amanecer.

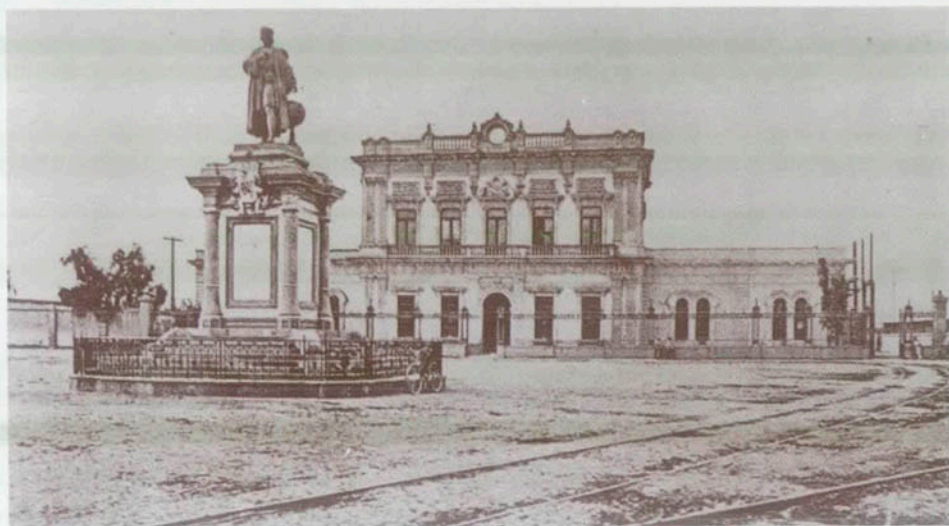
Después de agradecer al Jefe de la Guarnición, su hospitalidad y valiosa ayuda, me despedí de él con un fuerte apretón de manos, monté en el caballo que me proporcionó y nos pusimos en marcha, llegando a nuestro destino al filo de las ocho de la mañana.

Sin falsa modestia, debo decir que no me atemorizó el saber que sería fusilado al día siguiente de mi captura; eso sí, me preocupó e invadió una gran tristeza al imaginar la pena que causaría a mis padres el dramático fin de mi vida.

El administrador de la hacienda de San José de Márquez simpatizaba con la causa villista, me atendió a cuerpo de rey y sugirió un camino más corto y seguro para llegar a la capital; así pues, de San José me fui a pie hasta la Estación Hércules y allí abordé el tren rumbo a la capital.

Cuando el tren llegó a la estación de Buenavista me quise poner de pie pero no lo conseguí, estaba completamente envarado, al tratar de caminar las piernas me dolían terriblemente. A Dios gracias, una señora, compañera de viaje, llamó a un cargador para que me llevara en una carretela a mi domicilio.

Estación de ferrocarril en Buenavista y Monumento a Cristóbal Colón.



ARCHIVO SALVAT

Dos días estuve en recuperación; cuando logré pararme, fui con el Jefe del Departamento de Marina, Almirante Gabriel Carballo, y le informé del objeto de mi viaje. De inmediato me llevó ante el Presidente Francisco Lagos Cházaro y personalmente le entregué la carta confidencial que le enviaba el General Villa. Me pidió le platicara algo acerca mi viaje, me escuchó con gran interés, me felicitó, pues consideró que había yo realizado una hazaña y me dijo

que pronto recibiría instrucciones del Jefe del Departamento de Marina para desempeñar otra comisión. Se puso de pie y nos despedimos.



Francisco Lagos Cházaro y su gabinete de gobierno.

Dos o tres días después de esta reunión, el Almirante Carballo me confirió la comisión de regresar a la ciudad de Aguascalientes conduciendo un pelotón de marineros; fue hasta entonces que supe que el General Villa se disponía a comprar un buque de guerra de la armada norteamericana, con el objeto de bloquear el Golfo de México. Precisamente, este era el propósito que el General Villa comunicaba al Presidente en la carta confidencial que transmití, y que por poco me cuesta la vida.

La nueva comisión la cumplí sin ninguna dificultad, pues ya sabía que ruta seguir, sin poner en peligro la vida de la gente a mi cargo. De este episodio, sólo narraré un extraño incidente.

Al llegar a Dolores Hidalgo, se agotaron nuestros haberes, por lo que me vi obligado a acudir al jefe de las operaciones militares en la región, General Pánfilo Natera, le expuse el problema, y cuando concluí me preguntó cuál era el objeto de nuestro viaje a la ciudad de Aguascalientes; no dudé en informarle todo lo que sabía acerca de los propósitos del General Villa de comprar un buque de guerra de la armada norteamericana. Asimismo, le confié que el pelotón de marinería que conducía, estaba destinado a formar parte de la tripulación de ese buque y que tenía conocimiento que otros oficiales de la Armada venían tras de mí conduciendo más marineros.

Cuando terminé mi narración, el General Natera, que me estuvo observando fijamente, ordenó al pagador que nos adelantara dos meses de sueldo y extendiera boletos de primera, además, me dijo: -Teniente, no pierda el tren que pronto va a salir para Aguascalientes vía San Luis Potosí, pues es el último que sale para el norte, porque voy a cortar

las comunicaciones por ferrocarril. Me tendió la mano y se despidió, deseándome buena suerte.

Alrededor de las siete de la noche salimos de Dolores Hidalgo y arribamos a San Luis Potosí como a las cuatro de la mañana del día siguiente. A nuestra llegada, el conductor nos comunicó que el tren reanudaría su viaje a las diez horas del mismo día.

Eran las ocho de la mañana, yo estaba en una banca del parque situado frente a la estación, cuando uno de los marineros a mi cargo llegó corriendo y me extendió una extra del periódico local, que a ocho columnas informaba: EL GENERAL PANFILO NATERA VUELVE SUS ARMAS CONTRA EL GENERAL VILLA.

La noticia me conmocionó. Nunca me pude explicar por qué el General no ordenó nuestra detención, estando en conocimiento del objeto de nuestro viaje, y por el contrario, nos facilitó todo para que continuáramos y diéramos así cumplimiento a nuestra comisión.

Desconcertados, proseguimos el viaje. Llegamos a la ciudad de Aguascalientes, y con la entrega del pelotón de

marinería al Jefe de la Plaza, quedó cumplida la comisión que me dio en México el Almirante Carballo.

Al ser derrotado el General Villa en la ciudad de León, las fuerzas villistas nos replegamos hasta la ciudad de Chihuahua. Allí mi actividad militar se redujo a montar guardias en el Palacio de Gobierno, una vez por semana.

La mayor parte del tiempo estaba inactivo, así que para hacer ejercicio físico me inscribí en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Para conmemorar el 105 aniversario de nuestra Independencia, esta organización preparó una serie de festejos; a mi me invitaron a participar en las competencias deportivas y me inscribí en la carrera de una milla.

Al conocer el Sector de Marina que yo participaría en las competencias, se...me sentenció: -¡Pamba si no ganas! Planteadas así las cosas, decidí entrenar intensamente: corrí todas las mañanas durante una hora en el parque Lerdo de Tejada.

Felizmente, gané la carrera y los compañeros me recibieron con aplausos y felicitaron cálidamente. La asociación me premió con un sombrero Stetson.

En la ciudad de Chihuahua tuve la suerte de encontrar a mi buen amigo, Juan Castañón, a través de él supe del trágico deceso de Manuel de la Sierra, nuestro compañero de aventuras, quien tuvo la mala suerte de haber sido muerto por un soldado, que inexplicablemente lo ametralló, cuando Manuel le daba instrucción militar. Descanse en paz nuestro gran amigo y compañero.

El 28 de septiembre del mismo año de 1915, el General Villa licenció a todas sus tropas, obsequió cien dólares a cada soldado y una cantidad mayor a sus Oficiales, él se internó en la sierra Tarahumara con su escolta personal.

En tal situación, decidí internarme en los Estados Unidos de Norteamérica. En el Paso, Texas, me enganché como peón y fui enviado a la estación de Florence, Kansas; allí trabajé en el ferrocarril apilando durmientes y metiendo grava bajo los durmientes de la vía.

Hacia fines del mes de noviembre, decidí regresar a la Patria. Entré por Piedras Negras y en tren viajé a la capital de la República. Así terminó mi aventura revolucionaria.

MI EXPERIENCIA EN LA MARINA MERCANTE NACIONAL.

Como ya mencioné, antes de enrolarme en la Revolución, ingresé en la Escuela Nacional de Ingenieros con el objeto de cursar algunas materias básicas para mi profesión.

Al regresar de los Estados Unidos, retomé estos estudios y los concluí a finales de 1917. Mi propósito fue profundizar en el conocimiento de las máquinas modernas, con las que pronto vendrían equipados los buques de la Armada y de la Marina Mercante; como efectivamente sucedió, pues en 1941, la Armada de México adquirió buques propulsados por turbinas de vapor y motores de combustión interna. Un poco más tarde, se equiparon de igual forma los buques de la Marina Mercante Nacional.

A mediados de 1918, ingresé en la Marina Mercante Nacional. El vapor nacional *México*, perteneciente a la Compañía Mexicana de Navegación, fue el primer barco que abordé en el H. puerto de Veracruz; la posición que ocupé fue la de Segundo Oficial de Máquinas. El Capitán del buque era el Capitán de Altura José del Carmen Solís, graduado en la Escuela Náutica de Campeche; don Pedro Renault, Ingeniero Mecánico Naval, procedente de la



El Secretario de Estado y del Despacho de Guerra y Marina,



Por acuerdo del Ex. Presidente de la República y en atención al mérito y servicios del Sr. Esteban Mino, Representante de la Escuela Naval Militar, se confiere el empleo de Teniente Maquinista Permanente de la Armada por haber terminado sus estudios.

En cargo real, la autoridad militar a quien tocare, dispondrá que sea reconocido y se ponga en posesión de su empleo, haciendo que se le guarden las consideraciones que le correspondan con arreglo a la Ordenanza general de la Armada y demás leyes, y que sus subordinados obedezcan las ordenes que en asuntos del servicio les diere de palabra o por escrito.

De conformidad con el presupuesto de egresos vigente y previo el cumplimiento del Comandante Militar de México la Oficina pagadora respectiva le abonará el sueldo anual de mil, novecientos y cinco pesos que a dicho empleo asigna la citada Ley, en su partido respectiva.

Dado en el Palacio del Poder Ejecutivo Federal en México a veintinueve de abril de mil novecientos catorce - novecientos catorce de la Independencia y novecientos Trece de la Libertad.

El Subsecretario

[Handwritten signature]

[Handwritten signature]

El despacho de Teniente Maquinista Permanente de la Armada, repudiado en favor del Representante de la Escuela Naval Militar, Sr. Esteban Mino, por haber terminado sus estudios.



Número 4 0 4.

EXTRACTO

EST A Sub-inspección de Máquinas del Atlántico a mi cargo, habilita al ex-tercer Maquinista de la Armada Nacional C. ESTEBAN J. MINO como SEGUNDO MAQUINISTA de la Marina Mercante Nacional, para que pueda navegar como tal en los Buques del Comercio, en virtud de hallarse comprendido en el Artículo número once del Reglamento de Maquinistas Navales vigente.

Por lo tanto suplico a las Autoridades tanto Marítimas, Cíviles como Militares, no le pongan al interesado impedimento alguno en los usos debidos de este permiso.

Lo que comunico a Ud. para su conocimiento y demás fines.

Reitero a Ud. las seguridades de mi atenta y distinguida consideración.

CONSTITUCION Y REFORMAS.

H. Veracruz, 7 de Agosto de 1917.

El Sub-inspector de Máquinas del Atlántico.

J. Masavieja

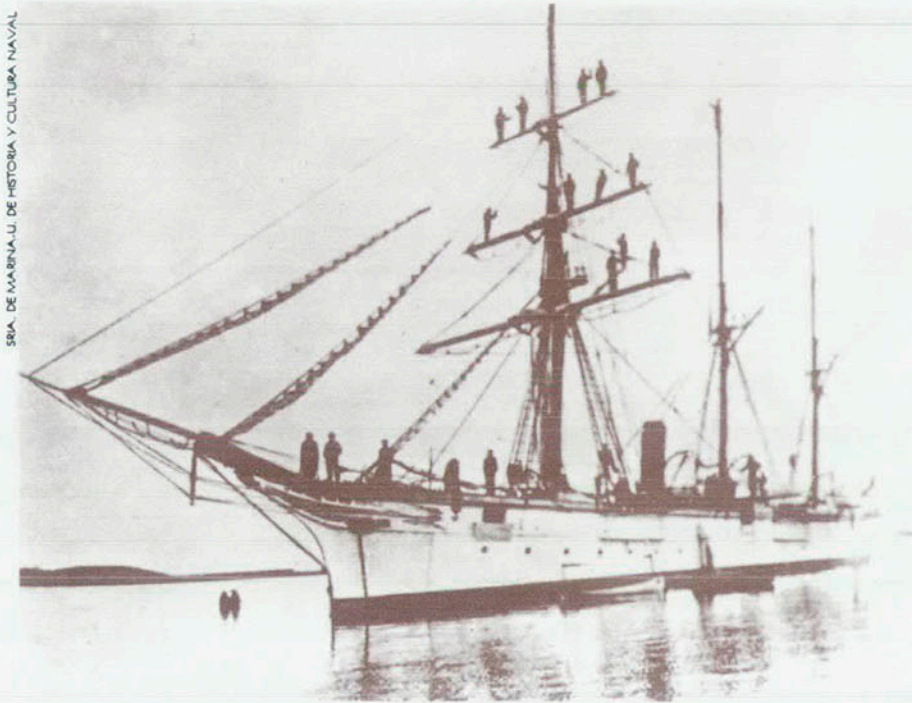
Al C. 2/o. Maquinista Naval,

ESTEBAN . MINOR.

P r e s e n t e .

Escuela Naval Militar, era el Jefe de Máquinas, y el Sr. Lorenzo Barreto, entrenado en el Cuerpo de Maestranza de la Armada, ocupaba la plaza de primer Oficial de Máquinas.

Mi escasa experiencia profesional me ocasionó no pocos problemas, ya que mi bisoñez era notoria. Las dificultades aumentaron debido a que el Sr. Barreto, hombre irascible



SMA. DE MARINA U. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

Vapor nacional México.

y poco paciente, me reprendía con frecuencia, no pocas veces sin motivo, además se quejaba de mi desempeño ante el Jefe de Máquinas, Ing. Pedro Renault.

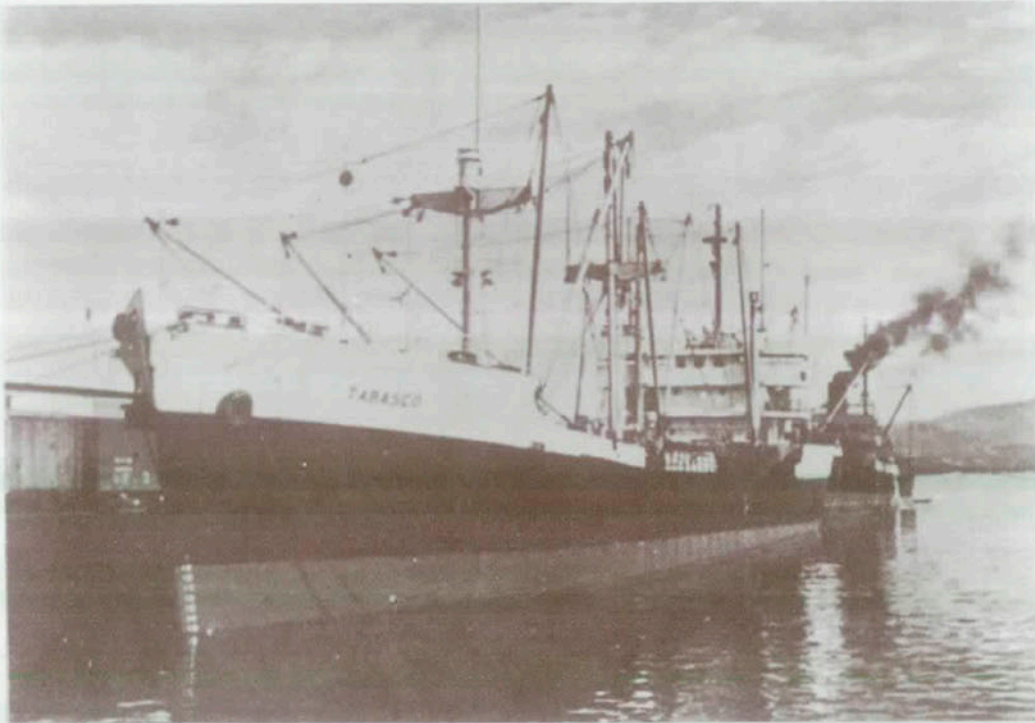
Por fortuna, el Sr. Barreto pronto dejó su plaza y ocupó su lugar el Sr. Alonso Elizondo, graduado en la Escuela Naval Militar. Don Alonso pronto se dio cuenta de mi situación y, afable como era, me tranquilizó: -No se preocupe, joven Minor, yo le enseñaré toda la técnica que debe conocer para el manejo y conservación de los instrumentos y maquinaria de este buque. Asimismo, le aseguró a don Pedro que, dada mi trayectoria de estudiante en la Escuela Naval y el deseo de superación que siempre mostré en la Escuela Nacional de Ingenieros, haría de mí un excelente técnico.

En efecto, así fue. Bajo la dirección de don Alonso, a quien siempre recuerdo con mucho cariño, pronto recuperé la confianza y adquirí la experiencia para manejar con destreza la maquinaria, la planta de energía eléctrica y, lo más importante y que nunca olvidaré, me enseñó a actuar con serenidad en las situaciones difíciles y a meditar con aplomo la mejor forma de resolver los problemas.

En enero de 1919, don Alonso se separó de su cargo e ingresó como Jefe de Máquinas en el remolcador *El Aguila*, de la compañía de petróleos del mismo nombre, con lo cual mejoró su situación profesional y económica.

Se despidió de don Pedro Renault, con estas palabras: - En la persona del joven Minor, te dejo a un gran técnico, en él puedes confiar plenamente el buen funcionamiento y conservación de los departamentos a tu cargo. Enseguida, se volvió hacia mi y dijo: -Lo dejo con un gran amigo y jefe suyo, don Pedro, que ahora tiene el mejor concepto de usted.

Desde ese momento ocupé la plaza de Primer Oficial de Máquinas del vapor nacional *México*. Bajo las órdenes directas de don Pedro Renault me desempeñé con gran confianza en mi nuevo cargo. Sin embargo, en septiembre del mismo año, solicité mi cambio al vapor *Tabasco* de la misma Compañía Mexicana de Navegación, pues supe que ese buque iba a ser sometido a una gran reparación. Consideré que era una excelente oportunidad para adquirir nuevos conocimientos relacionados con mi profesión y, además, el cambio me brindaría la oportunidad de estar con mi familia, en el puerto de Veracruz.



Tabasco, primer barco enarbolado con la bandera mexicana, 1917.

SRIA. DE MARINA-U. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

En efecto, al *Tabasco* se le hicieron grandes reparaciones: a las calderas se les cambió el sistema de combustible, de carbón a petróleo, para lo cual hubo que reforzar sus hornos, construir e instalar tanques para petróleo y montar nuevos aparatos auxiliares; la máquina motriz y todas las máquinas y aparatos auxiliares fueron sometidos a diversas y serias reparaciones.

Participé en todos los trabajos antes mencionados, y ello me proporcionó una gran variedad de conocimientos técnicos que me fueron de gran utilidad en el ejercicio de la profesión.

Al finalizar las reparaciones al buque, hicimos nuestro primer viaje a los Estados Unidos, con escala en el puerto de Tampico. Este viaje resultó ser una aventura peligrosa. Luego de efectuar las maniobras de descarga y carga, partimos con rumbo a Nueva Orleans. Habíamos navegado apenas unas millas, cuando comenzó a soplar un fuerte viento del norte. El Capitán ordenó que redobláramos el cuidado de la máquina propulsora, porque se disponía a capear el temporal. Desafortunadamente, pronto se produjo un sobrecalentamiento en la corredera y en el patín de marcha atrás, correspondientes al cilindro de baja presión de la máquina motriz. La situación era delicada; entonces, el Jefe de Máquinas, Ing. Iris Díaz Ruiz, decidió que fuera yo quien realizara la maniobra de enfriamiento. Recordé los consejos de mi gran maestro, don Alonso Elizondo, y con toda serenidad realicé la operación. Felizmente, lo hicimos en tan sólo veinticinco minutos; durante este tiempo, el buque nunca peligró porque el Capitán siempre tuvo máquina para maniobrar.

En los años 1921 y 1922, continué navegando entre los puertos nacionales y americanos situados en el Golfo de México, en los vapores *Oaxaca*, *Coahuila* y *Jalisco*, pertenecientes también a la Compañía Mexicana de

Navegación, siempre con el cargo de Primer Oficial de Máquinas, pues aún no tenía el tiempo de navegación reglamentario para sustentar el examen profesional y graduarme como Jefe de Máquinas en la Marina Mercante Nacional. También navegué, entre el puerto de Tampico y Nueva Orleans, en el remolcador *Central American* de la compañía americana del mismo nombre.

En septiembre de 1922, me desembarqué del *Central American* y me hice cargo de la Jefatura de Talleres de Construcciones Navales, dependientes del Departamento de la Marina Mercante de la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas. El Capitán de Altura Alberto J. Pauling, jefe de dicho departamento, me honró con este nombramiento.

Entre las cosas que recuerdo que se realizaron bajo mi dirección, está la instalación de los propios talleres en el antiguo edificio de faros. Se construyeron e instalaron un horno para la fundición de hierro, dos para bronce y dos fraguas. Se instalaron fresadoras, taladros, tornos y tijeras. También se montó un taller para la reparación de motores de explosión y otro de carpintería, en donde se construían lanchas para el servicio de guardafaros, dependiente del

Departamento de Marina.

Instalados estos talleres, se procedió a reparar y dar mantenimiento a los buques guardafaros que servían para comunicar a la capitanía del puerto con los faros del Golfo de México. Asimismo, se repararon las lanchas de servicio y se construyeron otras.

En noviembre de 1923, a causa de la asonada delahuertista, entregué la Jefatura de los Talleres y en diciembre del mismo año, me embarqué en el vapor nacional *Jalisco*, como Primer Oficial de Máquinas.

El *Jalisco*, que se encontraba en el Océano Pacífico, llegó al Golfo de México a través del Canal de Panamá. El personal del Departamento de Máquinas de este buque, no entregó la Escala de Sandas de los tanques de combustible, así que las tuve que calcular. Por primera vez en mi vida profesional utilicé la Fórmula de Simpson para calcular áreas y volúmenes de forma irregular.

Nuestra ruta de navegación fue: Veracruz, Puerto México, La Habana, Nueva York, La Habana, Tampico y Veracruz. En dos ocasiones fuimos azotados por furiosos ciclones; para fortuna nuestra, ambos meteoros nos alcanzaron cerca

de Isla Pérez en cuyas aguas nos refugiamos, aunque para soportar los temporales el barco tuvo que fondear sus dos anclas y ayudarse con la máquina motriz. Al continuar rumbo a La Habana y después a Nueva York, tuvimos que navegar sobre las tormentosas marejadas que siempre dejan los ciclones, pero el barco nunca peligró, gracias a la pericia de su capitán, don Rafael Izaguirre, a quien siempre recuerdo con respeto.

En enero de 1925 me desembarqué del vapor *Jalisco*.

En 1932, el Capitán de Altura, don Alberto J. Pauling, Jefe del Departamento de Marina Mercante, me ofreció el nombramiento de Visitador General del Pacífico, encargado de la inspección de la maquinaria de los buques de la Marina Mercante Nacional en el Océano Pacífico.

Antes de asumir este cargo, presenté el examen profesional para obtener el título de Jefe de Máquinas de la Marina Mercante Nacional, máximo grado que se daba a los oficiales de máquinas de la Marina Mercante; el examen lo presenté en la Capitanía de Puerto de Veracruz.

El puesto de Visitador General del Pacífico lo desempeñé

Forma No. 75-F/M.M.

ESTADOS UNIDOS MEXICANOS



El Secretario de Comunicaciones y Obras Públicas.



En virtud de que el C. J. Esteban Minor
reune los conocimientos y demás requisitos que se exigen para
ser Jefe de Máquinas de la Marina Mercante
Nacional, según consta en el acta del examen que para el efecto
se otorgó en Veracruz, Ver. el día diez del mes
de septiembre de mil novecientos dieciséis y dos
ha tenido a bien expedirle el presente título, a fin de que una
vez que sea tomada su razón, pueda ejercer libremente como tal
Jefe de Máquinas de la Marina Mercante
Nacional

México D.F. catorce de octubre
de mil novecientos dieciséis y dos

Tómese razón
El Jefe de la Oficina de
Comunicaciones y Obras Públicas

El Secretario de
Comunicaciones y Obras Públicas

Miguel M. Acosta

Título de Jefe de Máquinas
de la Marina Mercante Nacional expedido a favor
del C. J. Esteban Minor

Sc

durante los años 1932 y 1933, renuncié a principios de 1934 para dedicarme por enteró a la enseñanza de las matemáticas en la Escuela Naval Militar, la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Instituto Politécnico Nacional.



MI VIDA PROFESIONAL COMO MAESTRO EN CIENCIAS MATEMATICAS

Debo confesar que nunca imaginé tener facultades para transmitir mis conocimientos a otra persona, y mucho menos a un grupo de estudiantes, es decir, nunca pensé que pudiera yo ejercer la honrosa profesión de maestro. Por ello, cuando el Almirante Don Gabriel Carballo, Director de la Escuela Naval Militar, me distinguió con la invitación a colaborar con él e impartir la clase de mecánica aplicada, le manifesté mi temor de no estar capacitado para desempeñar con acierto dicha cátedra. Pero don Gabriel me apoyó y alentó mucho; él conocía mi trayectoria de estudiante en la Escuela Naval Militar y estaba al tanto de mis estudios en la Escuela Nacional de Ingenieros; por ello, estaba seguro que yo cumpliría plenamente con la enseñanza de esa materia.

Así pues, a principios de 1922, me inicié como docente en la Escuela Naval Militar, impartiendo la clase de mecánica aplicada. Al propio tiempo, me hice cargo de las clases de matemáticas y motores de explosión en la Escuela Náutica Mercante, a invitación de su director, Don

Fernando Siliceo. Sin embargo, este primer periodo de mi carrera magisterial resultó muy corto, pues a fines de 1923 se clausuró transitoriamente la Escuela Naval y regresé a la Marina Mercante Nacional.

En 1925, reingresé a la Escuela Naval Militar, a invitación de su director, el Comodoro Don Luis Hurtado de Mendoza. En esa ocasión me hice cargo de las clases de mecánica analítica, geometría analítica, cálculo infinitesimal y termodinámica, mismas que impartí hasta 1931, año de mi separación de esta Escuela.



Salvador Díaz Mirón.

En 1926, mi querido maestro, el Ingeniero don Justiniano Aguillón de los Ríos, a la sazón, director de la Escuela Preparatoria de Veracruz, me invitó a impartir la clase de geografía física. Más tarde, el vate veracruzano, Don Salvador Díaz Mirón, asumió la dirección del plantel y me confirió las clases de primer año de matemáticas, cosmografía y geografía física. Estas materias las tuve a mi cargo hasta mi retiro de la Escuela, en 1932.

El ejercicio de la docencia en la Escuela Naval Militar y en la Escuela Preparatoria de Veracruz, me dieron una gran experiencia magisterial, que fue la base de mis triunfos en la enseñanza de las matemáticas en el Instituto Politécnico Nacional y en la Universidad Nacional Autónoma de México.

En la Escuela Naval Militar adquirí sólidos conocimientos en la enseñanza de las matemáticas y de las materias relacionadas con la Ingeniería Mecánica Naval; mis discípulos

SBA. DE MARINA. U. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL



Profr. Esteban Minor Carro y cadetes de la Escuela Naval Militar en la azotea del edificio de faros: Robledo, García Carmona, Artigas, Córdoba, Maza, Ascorbe, De la Fuente, Lavalle, Peyrot, Melgarejo, Pastor, Zamudio, Tte. Gómez Valencia, Vázquez del Mercado.

de entonces, hoy almirantes, fueron excelentes estudiantes, lo que constituyó un gran estímulo para superarme, tanto en el nivel del dominio de las materias, como en la forma de exponerlas.

En la Escuela Preparatoria de Veracruz aprendí que se puede mantener la disciplina de los alumnos en clase, mediante exposiciones claras y sencillas de la materia, de tal modo que el aprendizaje les resulte fácil y ameno. En esta Escuela, pude constatar que es posible mantener la armonía entre grupos estudiantiles de diferentes ideologías, si se les logra interesar e involucrar en actividades de provecho común.

En aquel entonces, proliferaban los grupos clericales, liberales, comunistas, etc., y las inquietudes de unos y otros repercutían en la marcha de la Escuela. Fue entonces que se me ocurrió organizar excursiones fuera del puerto, en esta actividad podían participar todos los estudiantes que lo desearan, con la condición de que sus calificaciones mensuales tuvieran un promedio mayor de 6 (la escala de evaluación era de 0 a 10) y además que el costo de la excursión no gravara el presupuesto familiar, sino que el estudiante lo cubriera con sus ahorros, para lo cual se ponían

a la venta cupones de diversos valores. La posibilidad de asistir también estaba abierta para los familiares de los estudiantes, siempre y cuando pagaran la cuota correspondiente.

Brevemente relataré algo acerca de esta experiencia. La primera excursión fue al pueblo de Atoyac, Veracruz. El Presidente Municipal del pueblo nos recibió en sus oficinas y, enterado del propósito de nuestra visita, nos proporcionó guías. Nos dividimos en dos grupos para conocer alternativamente, la cascada del río Atoyac y las grutas de ese lugar. Para seguridad de los estudiantes se tendieron cables, tanto para descender a la cascada, como para visitar las grutas. A una hora convenida, los dos grupos nos reunimos en la plaza del pueblo para comer, cantar y jugar, mientras esperábamos el paso del tren *Jarocho* para regresar al puerto.

Nuestra segunda excursión la realizamos al pueblo de Coscomatepec, sitio de exuberante floresta, que nos hizo vivir en contacto directo con la naturaleza. Aquí nos faltó tiempo para recoger muestras de la gran variedad de hermosas orquídeas y otras flores del trópico.

La tercera excursión la hicimos a la hermosa ciudad de Orizaba. Aquí también nos recibió el Presidente Municipal y el H. Cabildo en Pleno. Visitamos una fábrica de hilados, una de yute, la fábrica de cerveza y la planta hidroeléctrica de Tuxpango. En todos estos lugares nos explicaron ampliamente el proceso que realizaba cada factoría. También tuvimos la oportunidad de visitar el Sindicato de Trabajadores de Río Blanco, y sus dirigentes nos explicaron como funcionaba su organización y los problemas a que se enfrentaban.

La última excursión que organicé fue a la ciudad de Puebla; allí no nos cansamos de admirar las bellas obras de arquitectura y pintura que tanto lustre han dado a esta ciudad. Visitamos museos, la fábrica de loza de Talavera y la curtiduría de pieles.

El costo de estas excursiones fue muy económico; en los pasajes de ferrocarril nos hicieron descuentos hasta del 50%. A esto hay que añadir las facilidades y ayuda que nos brindaron las autoridades y pueblos que visitamos.

Esta actividad fue muy positiva para sus participantes. Estimuló el trabajo de los estudiantes, formó en ellos el

hábito del ahorro, los puso en contacto directo con diversas actividades de la vida real y, lo más importante, fomentó la convivencia entre jóvenes de diferentes ideologías, sin la menor contrariedad. En gran parte, el éxito de estas excursiones se debió al cuidado que se tuvo en el manejo de los fondos recaudados. Los ahorros se captaron mediante cupones de diferentes denominaciones que manejaba en exclusiva un tesorero, nombrado en asamblea de estudiantes; las cuentas y cortes de caja las supervisaba el profesor de economía y se exhibían al término de cada excursión en un lugar visible de la Escuela.

En 1932, me separé de la Escuela Preparatoria de Veracruz y me trasladé a la capital de la República, en donde asumí la Jefatura del Colegio de Profesores de Matemáticas de la Escuela Superior de Constructores, hoy Escuela Superior de Ingeniería y Arquitectura del Instituto Politécnico Nacional. El señor Ing. José A. Cuevas fue quien me propuso, a sugerencia de mi querido maestro, Don Sotero Prieto. Me correspondió la tarea de formular los programas de matemáticas y señalar rumbos para su enseñanza.

En 1935, el Dr. Alfonso Nápoles Gándara me invitó a impartir la cátedra de matemáticas, primer curso, en la



*El C Secretario de Estado y del
Despacho de Guerra y Marina*

*En atención al mérito y servicios del C. Ex. Sr.
Maquinista Esteban A. Minor Carro,*

*por acuerdo del C. Presidente Constitucional de la República
le confiere el empleo de Teniente de Corbeta del Cuerpo de
Maquinistas Navales de la Armada Nacional, con antigüedad
de seis de junio de mil novecientos treinta y cinco, por haber sus-
tado con aptación su examen profesional correspondiente.*



*En tal virtud, la autoridad militar respectiva dispo-
nirá que sea reconocido y se lo ponga en posesión de este empleo,
haciendo que se le guarden las consideraciones que le correspondan
con arreglo a la Ordenanza General del Ejército y demás leyes,
y que sus subalternos obedezcan las órdenes que en asuntos
del servicio les diere de palabra o por escrito. La Tesorería
General de la Nación y las demás oficinas respectivas darán
las suyas para que tomada razón de este despacho como está pro-
venido se abone al interesado el sueldo que a dicho empleo asigne
la ley de presupuesto de egresos vigente.*

*Dado en el Palacio del Gobierno Nacional, en México,
a _____ de _____ de mil novecientos treinta
y seis.*

Secretario de Guerra y Marina

H. C. C.

*Despacho de Teniente de Corbeta del Cuerpo
de Maquinistas Navales de la Armada Nacional
conferido en favor del Ex. Sr. Maquinista _____
Esteban A. Minor Carro.*

Escuela denominada de Iniciación Universitaria, plantel que más tarde tomó el nombre de Escuela Nacional Preparatoria 2, dependiente de la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1936, la Escuela Superior de Constructores fue reorganizada y tomó el nombre de Escuela de Arquitectura, yo pasé a las Escuelas Vocacionales 1 y 2, dependientes del Instituto Politécnico Nacional. En la primera me hice cargo de la cátedra de álgebra superior, y en la segunda, de las clases de geometría analítica, cálculo infinitesimal y álgebra superior. En ese mismo año, quedé incorporado a la planta docente de la Escuela Nacional Preparatoria 1, ubicada en San Ildefonso, impartiendo las cátedras de geometría analítica y cálculo infinitesimal.

En 1937, asumí el cargo de Visitador de Matemáticas para las Escuelas Preparatorias Particulares, incorporadas a la Universidad Nacional Autónoma de México.

En 1939, los profesores de la Escuela Nacional Preparatoria 2 me nombraron su representante ante el Consejo Universitario. Por reglamento, desempeñé este cargo durante dos años; fue una experiencia muy rica al lado de ilustres maestros, entre otros, recuerdo al Ing. Vito Alessio Robles.

En 1940, el C. Director General de la Escuela Nacional Preparatoria, me nombró Jefe de Clases del Colegio de Profesores de Matemáticas de los planteles de dicha Escuela. Este cargo lo desempeñé hasta 1960, cuando tuve que renunciar, pues entró en vigor un nuevo reglamento que exigía que los Jefes de Clase fueran profesores de tiempo completo, requisito que yo no podía satisfacer, aunque en varias ocasiones me fue ofrecido dicho nombramiento; lo rechacé, pues por muchos conceptos, no quise renunciar a mis clases en el Instituto Politécnico Nacional.

En abril de 1940, el Jefe del Departamento de Marina, Comodoro Carlos Castillo Bretón, gran amigo mío, me invitó a volver a la Armada. Me ofreció reincorporarme con el grado de Capitán de Fragata, lo que rehusé, porque mi reingreso con este grado hubiera originado descontento entre los oficiales en servicio, que se habrían considerado relegados; acepté volver al servicio, pero como Teniente de Corbeta, grado con el que me retiré la primera vez; además, puse como condición que se me permitiera llegar al trabajo después de impartir mis cátedras en la UNAM y en el IPN, pues ya para las diez de la mañana estaba yo desocupado.

El Comodoro Castillo Bretón me pidió en varias ocasiones,

que me hiciera cargo de la Jefatura de la Sección Cuarta, encargada de la compra de los combustibles y lubricantes que consumían los buques y de la adquisición de los materiales para la conservación de la flota y dependencias de la Armada. Tampoco acepté este cargo, pues consideré que dicho puesto le correspondía a un oficial de mayor graduación; sin embargo, cierto día, cuando el Comodoro Castillo Bretón practicaba una gira de inspección por el Golfo de México, ordenó por telégrafo que me hiciera cargo de la mencionada Sección Cuarta.



SRA. DE MARINA U. DE HISTORIA Y CULTURA NAVAL

Teniente de Corbeta Esteban Minor Carro.

México, D.F., septiembre 11 de 1942.

Al C. General de División,
Secretaría de Marina.
DIRECCION GENERAL DE LA ARMADA.
P r e s e n t e .

ESTEBAN JUSTO MINOR CARRO, Teniente de Corbeta M.N. en servicio activo, con domicilio en la calle de la Minería número 16 de Tacubaya, D.F., ante usted respetuosamente comparece y expone:

Que encontrándome en la actualidad bastante quebrantado de salud, debido a una lesión pulmonar que padezco desde hace tiempo, no me considero capacitado físicamente para desempeñar con eficiencia los servicios propios de mi profesión, por lo que estimo necesario someterme a un tratamiento médico, según prescripción facultativa, que me permita quedar nuevamente en condiciones de ejercer mi carrera o por lo menos contener el avance de mi enfermedad.

Que a la fecha me hallo excedido de la edad límite estipulada a los de mi grado para permanecer en servicio activo, según puede comprobarse con el acta de nacimiento que debe obrar en mi expediente.

Que finalmente, fui combatiente contra el invasor en la jornada del 21 de abril de 1914 en el puerto de Veracruz, Ver., con mi caracter de Aspirante de Tercera de la Escuela Naval Militar en la fecha señalada, por cuya acción me fué impuesta la Condecoración respectiva acordada por el H. Congreso de la Unión según consta en la copia fotostática que de mi diploma acompaño con el presente, considerándome por tanto acreedor a los beneficios que consagra el Artículo 18 fracción I de la Ley de Retiros y Pensiones del Ejército y Armada Nacionales.

Por lo anteriormente expuesto, a usted C. Secretario ruego se sirva ordenar a quien corresponda, si estima usted justa mi petición, se hagan las gestiones del caso a fin de que me sea concedido mi retiro con fundamento y gozando de los beneficios que consignan los Artículos 3, 6 y 18 fracción I de la referida Ley de Pensiones y Retiros.

Expresamente deseo manifestar a usted C. Secretario que, no obstante el estado actual de mi salud, estaré pronto a cubrir el puesto que me señale esa Superioridad en defensa de mi Patria en el caso de una invasión extranjera.

RESPECTUOSAMENTE.
SUFRAGIO EFECTIVO.NO REELECCION.

ESTEBAN MINOR CARRO
(RUBRICA)

NOTA.- Es transcripción del original.

Desafortunadamente, hacia fines de ese mismo año de 1940, mi gran amigo Castillo Bretón falleció víctima del tifo y asumió la Jefatura del Departamento de Marina el Comodoro Angel del Corzo. Dejé entonces la jefatura de la Sección Cuarta que, de manera económica, me había sido encomendada, y quedé a disponibilidad del Departamento hasta marzo de 1942, fecha en que di por terminados mis servicios en la Armada de México.

A principios de 1941, presenté el examen profesional para optar por el título de Ingeniero Mecánico Naval. Pude, de este modo, dedicar todo mi tiempo y energía al ejercicio del magisterio, actividad apasionante que ocupó de manera total los siguientes veinte años de mi vida.

En mayo de 1963, renuncié a todas las cátedras que desempeñaba en la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Instituto Politécnico Nacional. Consideré que era tiempo de ceder mi puesto a las nuevas generaciones.

Así concluyó mi carrera docente, después de haberla ejercido por más de treinta años. Durante mi actuación en la honrosa profesión de Maestro, siempre procuré formar buenos hábitos en mis alumnos y traté de hacerles fácil y ameno el aprendizaje de las matemáticas.



La Secretaría de Marina,

Por acuerdo del E. Presidente de la República,
otorga al C. Teniente de Armada Don Esteban Minor Carro

Esteban Minor Carro
el título de

Ingeniero Mecánico Naval



SECRETARIO DE MARINA
C. SECRETARIO.

en atención a que cursó satisfactoriamente en la H. Escuela Naval Militar los estudios requeridos por la Ley y haber sido aprobado en sus exámenes profesionales correspondientes.

Suprágico Ejecutivo No. Prolección

México, D. F., a 9 de abril de 1962.

El Secretario de Marina



Manuel Lorenzo Arce

Esteban Minor

Asesor del comandante

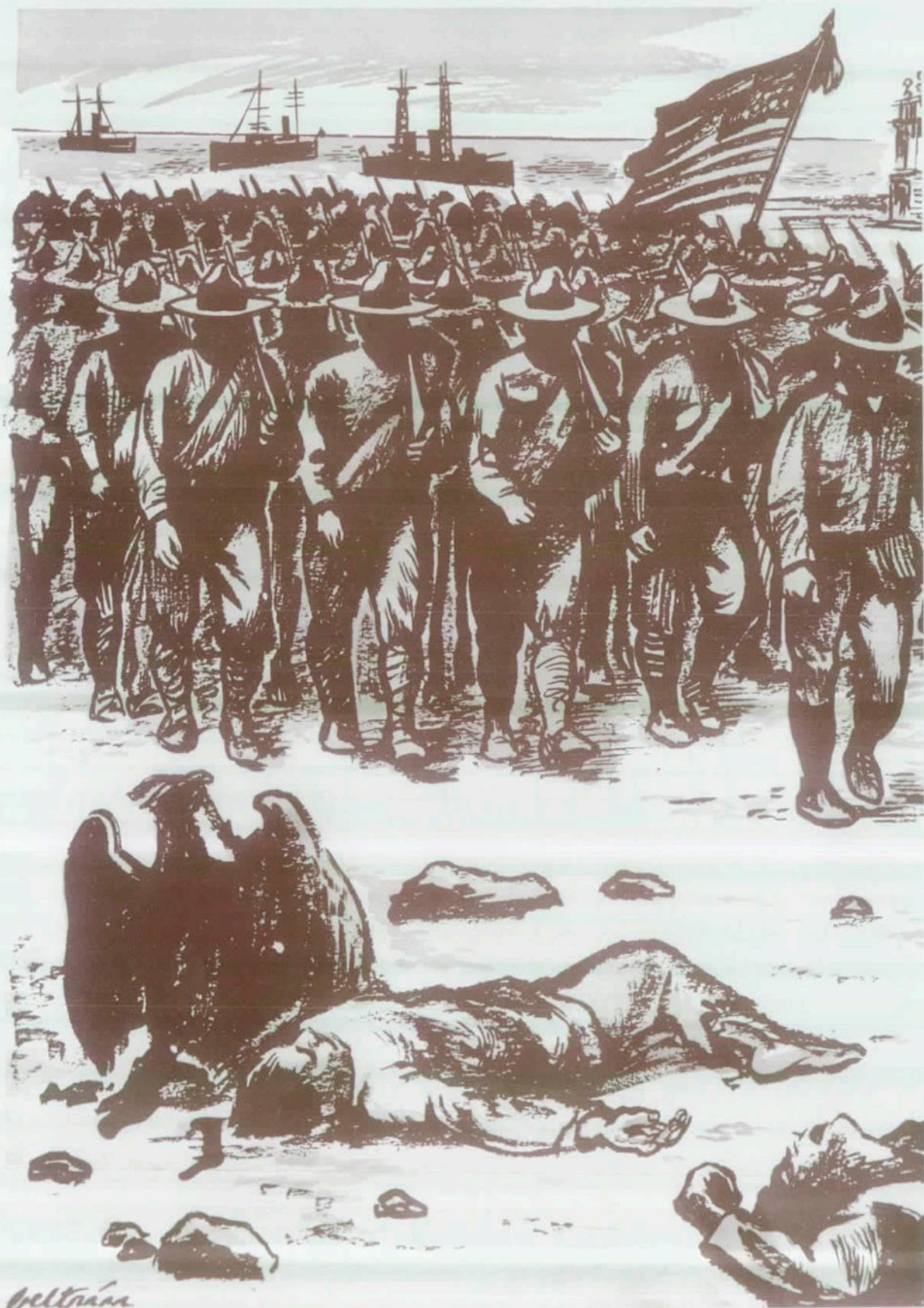
SECRETARIA DE MARINA
- 4074 -

Después de cincuenta años al servicio de mi Patria, me retiré a la vida privada, y creo que

Cumplí con mi
deber de Mexicano
J. Leoban Jimón.



SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
UNIDAD DE HISTORIA
Y CULTURA BAJA
"BIBLIOTECA CENTRAL"



Beltrami

Momentos Irrepetibles

Profesor Juan José Bravo Monroy

A estas alturas de la vida resulta difícil recordar con precisión los nombres y los rostros de algunos de nuestros maestros en la Escuela Nacional Preparatoria, sin embargo, estoy seguro que todos los alumnos del maestro Esteban Minor, lo recordamos como uno de los mentores extraordinarios que dejaron la semilla del conocimiento firmemente arraigada en nuestras mentes.

Recuerdo cierta ocasión, en que sus alumnos lo esperábamos en el interior de un salón de clases ubicado en el último piso del añoso edificio ubicado en la calle de licenciado Verdad. Como el maestro Minor era muy puntual, había que estar a tiempo para no perder el hilo de su clase. Yo, por mi parte, desde muy joven tuve la facultad de imitar las voces de personas con las que tenía mayor contacto, así que la manera de hablar del maestro era una de mis "fotografías" más nítidas.

Ese día, poco antes de que el maestro Minor llegara, me puse al frente de mis compañeros para hablar como él, no sólo imitando su voz, sino haciendo algunos ademanes propios de su forma de expresarse. No advertí, sin embargo, que el maestro había entrado al salón sin hacer ruido y que con toda seguridad, había escuchado algunas de mis palabras y captado la alusión que hacía de su persona.

Esperé largo rato un regaño que no llegaba. Descubierta en mi osadía, pensé inmediatamente en la expulsión. Nada de eso sucedió, simplemente pasó al frente del grupo y comenzó su clase como solía hacerlo.

Transcurrido el tiempo creí que el detalle se había olvidado, pero volví a fallar en mi predicción. El último día de clases, cuando el ciclo escolar había concluido, me habló por mi apellido para decirme: -Bravo, pase aquí conmigo. Con algún desconcierto ocupé el lugar que me estaba indicando, y apenas lo hube hecho, me soltó de buenas a primeras las siguientes palabras: -a ver jovencito, sé que usted me imita y quiero ser testigo de su actuación, imíteme en este

momento. Oí aquello en medio de una mezcla de sorpresa, temor y otros sentimientos encontrados. No bien empecé mi actuación, el maestro Minor empezó a reír como nunca lo había visto. Lógicamente, esta actitud fue una señal de aprobación a mi comportamiento, señal que fue entendida por el resto de los "compas" del salón que inmediatamente echaron a reír, lo que permitió romper la barrera natural creada entre maestro y alumnos, para iniciar lo que luego se ha prolongado por largo tiempo: una auténtica, desinteresada y verdadera amistad.

Durante el homenaje que le rindiera la UNAM, encabezado por el Rector Sarukhán y celebrado en el recinto actual de nuestra preparatoria, pude hablar nuevamente en público, esta vez como maestro de ceremonias. Nuevamente el profesor Minor me escuchaba. En esta oportunidad me dirigí al amigo, al guía, al mexicano admirable, al defensor de la Patria; mi modesta participación no necesitó de palabras pensadas con anterioridad, solamente abrí el corazón y expresé los sentimientos que me embargaban y que contuve durante los años que dejé de verlo. Esta experiencia sobresa a las demás que he tenido como maestro de ceremonias, ya que la emoción llegó a su clímax y se apoderó de mi una sensación similar a la que sentí siendo adolescente, cuando imitaba las expresiones del maestro Minor.

Momentos irrepetibles que nos dejan una huella imborrable.

Motivo de Admiración
Ing. Mario Canabal Aznar

Corría el mes de noviembre de 1992 cuando coincidí en algún lugar con el Sr. Almirante Antonio J. Aznar, quien me comentó que la Asociación de Egresados de la Escuela Naval de Veracruz estaba organizando una serie de actos para festejar los cien años de edad que cumpliría uno de sus profesores más queridos.

Al preguntarle el nombre del homenajeado, me contestó que se

trataba del maestro Esteban Minor Carro; sorprendido, recordé que también había sido maestro mío, en el área de matemáticas de la Escuela Vocacional Núm. 2, en el año de 1939, y así se lo hice saber al Sr. Almirante.

Vino enseguida a mi mente cómo el maestro Esteban Minor había sido de los profesores más destacados en la Vocacional, de los que más nos ayudaron a formarnos como personas, inculcándonos la disciplina y el amor a las matemáticas.

Para la mayor parte de nosotros, provincianos que acabábamos de llegar a la capital, bastaba ver en nuestros maestros cierta autoridad, para de inmediato convertirlos en objeto de nuestra admiración y respeto. De este grupo destacado de maestros, recuerdo a profesores como Ernesto Flores Baca, Juan Reyna Nava, Eduardo Díaz Lozada y Manuel de Anda.

Consideré que también nosotros deberíamos sumar nuestra modesta participación en el homenaje al maestro Esteban Minor, y durante varias semanas estuve intercambiando impresiones con exalumnos pertenecientes a la generación 1944 de la ESIME y también con otros compañeros de las generaciones 1943, 1945 y 1946.

A todos les pareció justificado el homenaje y acordaron sumarse a él sin dilación. Tiempo después, en el mes de julio de 1993, la Escuela Naval Militar rendía un homenaje al maestro Minor, como lo había hecho ya la Universidad Nacional Autónoma de México en un acto especial, pues el maestro Minor fue también profesor destacado en el área de matemáticas de la Escuela Nacional Preparatoria.

Para concluir mi testimonio, quisiera recordar una anécdota que muestra su carácter enérgico y particular sentido del humor. Cierta día, nos dijo: - Jóvenes, mañana es el examen del curso, y ya lo saben, no se pueden salir del salón durante su celebración, aquí se hacen... pero no salen.

Figura Recta y Firme
Ing. Luis Cedeño Reyes

Recordando al maestro Esteban Minor, mi profesor de matemáticas en la escuela Vocacional Núm. 2 del Instituto Politécnico Nacional, la impresión que acude inmediatamente a mi memoria, es la de su impactante figura, recta y firme, por su porte y su carácter; después, brota su imagen dentro del salón en que impartía su cátedra y en donde todo era orden y silencio, quizá por ese gran respeto que se le tenía, quizá por la necesidad de poner total atención a sus explicaciones, ya que era imprescindible captar correctamente todos los temas expuestos, pues alguno de ellos sería utilizado como examen al final de la semana.

El maestro Minor siempre acostumbraba llegar puntualmente a su clase y no faltaba un solo día durante el ciclo escolar; ninguna excusa ni pretexto valía para suspender la clase o el examen, ni aún los paros estudiantiles o docentes. En estos casos, el maestro se presentaba en su salón de clase, y mientras los paristas le cedían respetuosamente el paso, los alumnos ocupábamos ordenadamente nuestro lugar.

Sin duda, esta forma de recibir la enseñanza, nos hizo disciplinados y constantes, al tiempo que nos forjó el carácter a "imagen y semejanza" del maestro Esteban Minor. En realidad, ha sido una dicha y una gran suerte para mí el que un hombre como él me haya brindado sus conocimientos científicos y su actitud recta y formal.

Personalidad de Excelencia
Ing. Fernando de Garay y Arenas

Conocí a don Esteban Minor Carro el año de 1959, en la Vocacional 2 del IPN, adonde ingresé decidido a prepararme para la carrera de Ingeniero Mecánico.

Era fama bien ganada, que en las escuelas del Politécnico los maestros pecaban de rigurosos. Sin embargo, para quienes optamos

por la alternativa politécnica, esta circunstancia aparecía más como un reto académico, que como probabilidad de futuras dificultades.

En el caso particular del maestro Minor, he confirmado esta apreciación juvenil con el transcurso del tiempo; lo que en aquellos años de curiosidad y ensueño aparecía ante nosotros de forma áspera y severa, era en realidad la manifestación cotidiana y plena de una personalidad de excelencia.

Podría decirse que durante las cátedras del maestro Minor, ocurría ante nuestro entendimiento una asombrosa representación, en donde las ciencias matemáticas, las aplicaciones prácticas y el método didáctico se integraban de manera *natural* a la personalidad pura, enérgica y absoluta del maestro Minor.

Su voz firme y cadenciosa, su mirada impenetrable, forjada al calor de la gesta heroica y su figura viril y honorable, sólo constituían la parte humana de estas manifestaciones excelsas de virtud y vocación.

Con estas imágenes recuerdo al maestro Minor quien, situado siempre en la frontera entre lo maravilloso y lo real, ha logrado trascender hacia lo permanente y eterno.

Recuerdos Maravillosos *Ing. Salvador Enríquez Arias*

En 1942, cuando ingresé al ciclo vocacional, mi petición formal al Secretario de la Voca 2, Ing. Sherwell, de que me registrara en algún grupo a cargo de profesores exigentes y capaces, se vio cabalmente cumplida, pues sería difícil encontrar un grupo de maestros tan homogéneo en su capacidad y cariño por la Ingeniería, así como por el deseo de transmitir sus conocimientos, como el que me fue asignado.

Tengo, desde luego, recuerdos maravillosos de todos mis maestros, pero uno de ellos destaca por su capacidad, don de gentes, amor a la profesión, a la escuela y a la Patria; lo he considerado como el profesor más capaz -en el sentido total de la palabra-, que yo haya deseado tener, y que por fortuna tuve. Se trata del Ing. Don Esteban Minor, quien es, posiblemente, el maestro que recuerdo con mayor veneración.

En esta ocasión, en que con justicia se recuerdan sus dotes, referiré aspectos importantes de su relación con nosotros, que de alguna manera fueron los que nos motivaron para prepararnos como profesionales de la Ingeniería y como seres humanos dispuestos a entregar lo mejor de nosotros mismos a nuestros semejantes.

En primer lugar, una anécdota que muestra al maestro Minor como un hombre cumplido en el trabajo y deseoso de que participáramos de sus principios: por aquella época había en la escuela cierta inquietud entre el estudiantado, debido a acontecimientos de diversa índole, que afectaban directamente nuestra vida estudiantil; como reacción a estos hechos, era frecuente que se efectuaran paros y huelgas con el propósito de mejorar nuestra situación escolar. El grupo al que yo pertenecía, al analizar los problemas y las propuestas para resolverlos, había llegado a la conclusión de que no eran las más adecuadas para llegar al fin requerido; sin embargo, esta actitud no fue bien vista por el resto del alumnado, que nos tachó de "enemigos de la huelga".

Para demostrar lo contrario, tomamos el acuerdo de hacer paro de "una clase" a cada uno de nuestros profesores, avisándoles de ello en el preciso momento en que llegaban al salón; desde luego, se les hacía ver que no había nada en contra de ellos, y que sólo se trataba de demostrar nuestra capacidad y disposición para realizar una huelga. Prácticamente todos los profesores aceptaron nuestra postura, pero no ocurrió así con el maestro Minor, quien ante nuestro desconcierto, tomó la decisión de abandonar al grupo, y a punto estuvo de hacerlo también de la escuela. Tuvimos que acudir al señor Director, Ing. Armando Aguilera, para que lo convenciera de que su proceder

-que no era simple amenaza- acarrearía un verdadero perjuicio para nosotros y para la escuela; le explicamos al maestro Minor que nuestra huelga era únicamente una demostración para los demás alumnos, que no tenía el propósito de afectar nuestra formación y que, si él lo juzgaba conveniente, podía exigirnos más durante el curso. El maestro Minor, finalmente se mostró sensible ante nuestros argumentos y aceptó seguir a cargo de nuestro grupo. Su concepto del deber quedó fielmente plasmado en este incidente.

Ahora me referiré a un aspecto de la vida docente del maestro Minor: algunas ocasiones hacía exámenes sorpresa, con una duración de entre diez y quince minutos, sobre problemas que nos dejaba para estudiar, con la advertencia de que alguno serviría para la prueba. Después de algunos exámenes, le mostré mi extrañeza por lo que yo consideraba era casi como "soplarnos" los resultados. Recuerdo que me contestó con gran sencillez que, si el objetivo de la clase era que aprendiéramos, el hecho de que nos fijara un grupo de problemas para estudiar por nuestra cuenta, era simplemente darnos la oportunidad de conocer la materia y, adicionalmente, la posibilidad de obtener una buena calificación. Finalizó diciendo que, en última instancia, el castigo para quien no estudiara, no sería una nota baja, sino la ignorancia del tema y su incapacidad para vencer la flojera.

Por último, recuerdo algo de su vida personal: un día, el maestro Minor llegó de muy buen talente y, a media clase, suspendió su exposición. El maestro estaba feliz, pues uno de sus hijos, como nos comentó, había empezado a romper con cierto enclaustramiento que por su carácter introvertido, se había autoimpuesto, conducta que no veía con buenos ojos el maestro.

En esa oportunidad, el maestro Minor nos recordó que entre los deberes del padre y del maestro hay gran similitud, pues para ambos, lo más importante es ayudar a los hijos y a los alumnos, respectivamente, a entender lo que en verdad significa la vida.

Con los relatos anteriores quise expresar, aunque de manera incompleta, lo que significó para mí, como persona y como maestro,

el muy querido Ingeniero Don Esteban Minor.

Disciplina y Justicia
Ing. Pablo Fuentes Ramos

Conocí a Don Esteban Minor en 1958, en la Vocacional 2. Fue mi profesor de cálculo diferencial e integral.

En aquel tiempo asistíamos a clases de lunes a sábado y la materia del maestro Minor nos era impartida, durante una hora, a lo largo de toda la semana.

Recuerdo con toda claridad la recia personalidad del profesor y algunos de sus rasgos característicos; sobresale entre ellos su puntualidad. No recuerdo que hubiera faltado una sola vez durante todo el año, y menos aún, que llegara tarde. Cuando entraba al salón todos debíamos estar ya ahí, de pie junto a nuestra banca y sin papeles o basura tirados en torno nuestro. Si alguien pretendía ser atento y le cedía el paso para que entrase primero al salón, se quedaba afuera, pues nadie entraba después de él.

Otros rasgos sobresalientes de su personalidad eran: la disciplina, casi castrense, que sabía mantener en sus grupos pero que se diluía en su profundo sentido de la justicia, ya que, si bien era exigente, era un hombre muy justo.

Asimismo, era impresionante su dominio de las materias que impartía: jamás lo vi leer o consultar algún libro o apunte para dar su clase; todos los conceptos, así como la gran profusión de ejemplos con que los complementaba, y eran expuestos de manera libre y con gran claridad.

Por otro lado, nadie escapaba de pasar al pizarrón, pues su sistema, en nada parecido al de otros profesores, le permitía llevar un perfecto control de las intervenciones de los alumnos. Al inicio del

curso, asignaba a cada quien un asiento, de acuerdo con el orden de la lista; de manera tal que el pasar lista representaba tan sólo una ojeada sobre el butaquerío: al ver un púpitro vacío, sabía que número le correspondía y a ese número le ponía falta en la lista. Así pues, pasábamos al pizarrón por orden de lista y en cada clase se continuaba con el número en que se había quedado la clase anterior.

El sábado de cada semana aplicaba un examen cuya duración era de 15 a 20 minutos, al cabo de los cuales, pasábamos los exámenes de atrás hacia adelante y el profesor los recogía al frente, ya en orden de lista, gracias al sistema descrito. En ese momento los revisaba y al término de la hora de clase ya tenía las evaluaciones.

Era el profesor Minor extremadamente serio, cuidaba mucho de su aspecto y siempre vestía bien, pero sobriamente; usaba sombrero, costumbre ya pasada de moda en esa época y en muy pocas ocasiones se le veía platicar con algún alumno o con otro profesor.

Apuntes con Historia *Raúl García Valdés.*

En un lapso de cinco años, cursé la secundaria y la preparatoria en la Escuela de Iniciación Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México, que en 1956 se ubicaba en la calle de Licenciado Verdad. Ahí tuve el privilegio de tener como profesor de matemáticas, al Ing. Esteban Minor Carro.

El Ing. Minor poseía una gran personalidad, tenía una mirada penetrante y una vocación de verdadero maestro; con pasos firmes y presurosos, llegaba siempre puntual a impartir su clase, en aquel salón del último piso de la escuela. Con su traje gris, corbata, camisa blanca y sombrero, esperaba que todos entráramos a ocupar nuestro lugar por riguroso orden, ya que así nos identificaba sin necesidad de pasar lista. Aún recuerdo aquellos viernes de examen, que nos hacían temblar cada semana, pero que tantos beneficios y estímulos nos

proporcionaron.

Pudiera decirse que por su sistema de impartir la clase, el maestro Minor se adelantó por mucho a su época. La comprensión de las matemáticas se tornaba fácil y accesible, como si todo ocupara su justo lugar y mantuviera su estructura lógica; estudiábamos por verdadera convicción y no sólo por vernos obligados a ello; aprendimos a sentir la emoción de encontrar una ecuación y a descubrir la elegancia de las demostraciones.

Desde entonces me propuse pasar en limpio todos sus apuntes, tarea que hice con mucho gusto y sin pensar en ningún otro propósito. Por cierto que, por aquel entonces, algunos de mis compañeros de clase me pidieron estos apuntes para consultarlos, petición a la que accedí no sin cierta desconfianza. Tiempo después, al realizar mis estudios universitarios, los consulté frecuentemente para despejar todas mis dudas.

Nunca me imaginé, que con el paso del tiempo, mis adoradas hijas Erika y Karina, llegaran a consultar los apuntes del maestro Minor, ya que, según me expresaban, entendían mejor las matemáticas en ellos, que en los suyos propios. En ese momento comprobé lo que de antemano ya sabía: los apuntes del maestro Minor se conservaban vigentes y eran comprensibles para otras generaciones; se engrandecían así, el sistema y la disciplina del maestro Minor.

Viejos y amarillentos, aún los conservo, y aunque el tiempo se ha encargado paulatinamente de borrar sus rasgos, considero que, sin lugar a dudas, tienen historia.

Es muy satisfactorio para mí saber que la figura del maestro Minor sigue en ascenso; este año de 1993, treinta y siete años después, tuve el honor de asistir como invitado, nada menos que a la celebración de su centenario. En tan solemne ocasión, no perdí la oportunidad de pedirle al maestro Minor que autografiara mis apuntes, lo que hizo de inmediato y con auténtica disposición.

Me embarga un orgullo enorme el saber que aquellos apuntes

que me solicitaban mis compañeros, que me fueron de gran utilidad en la preparatoria y en la facultad; que también le sirvieron a mis dos hijas - y no dudo que a varios de sus compañeros -, tienen ya la firma del maestro de maestros, parafraseando al señor rector de la Universidad Nacional, Dr. José Sarukhán.

Maestro Minor: el legado que usted nos deja es de un valor incalculable, lo conservaré siempre como un tesoro. Gracias, muchas gracias y que Dios lo bendiga.

Con Admiración y Respeto
C.P. Rosa María Guerra Pérez

Hace un par de años, decidí reunir a los compañeros de la generación 56-57 de la Escuela Nacional Preparatoria Núm. 1, para lo cual me dediqué a la tarea de localizarlos y de elaborar un directorio, que alcanzó la cifra de 400 expreparatorianos.

Organizamos una comida con el objetivo de volvernos a ver y de tener un reencuentro con los maestros que aún vivieran. Quisiera recordar a algunos como Doña Clementina Díaz Ovando, Doña Margarita Tapia, Don Francisco Liguori, Don Vicente Magdaleno, Don Salvador Mosqueira, Don Raymundo Ramos y Don Luis Antonio Gamiochipi.

En esta ocasión, la sorpresa mayor fue saber que el gran maestro de matemáticas y defensor de la patria, el Ingeniero Mecánico Naval Esteban Minor Carro, se encontraba en perfecto estado de salud y próximo a conmemorar sus cien años de vida.

De inmediato inicié las gestiones ante la actual dirección de la Escuela Preparatoria Núm. 1, Gabino Barreda, para que se develara una placa en honor del Ing. Minor; esto fue posible el 4 de diciembre de 1992, ante la presencia del Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México Dr. José Sarukhán, quien entre otros muchos

conceptos, manifestó su beneplácito por que se rindiera homenaje al "MAESTRO DE MAESTROS".

Cuando llegó el día de conmemorar su centenario, el pasado 3 de agosto de 1993, quisimos hacerle un homenaje en donde también participaran sus familiares. Gracias a la ayuda de su amable esposa, Doña Alicia González de Minor, a cuyos cariñosos cuidados debe el maestro Minor su extraordinaria salud, tuvimos la fortuna de contar con la asistencia de sus hijos, nietos, bisnietos, amigos y exalumnos.

Me permití escribir el siguiente acróstico, que con admiración y respeto dedico al maestro Minor:

E xcelente marino y matemático
S abemos que en 14 a la patria defendió
T odas sus tareas con brillantez realizó
E n marina de Ingeniero Naval se graduó
B uscando siempre con ahínco la superación
A todos sus hijos gran ejemplo les dio
N acido y apreciado en Panotla, Tlaxcala.

M ás de 30 años de cátedra impartió
I nigualable orden y técnica conjuntó
N o es nada común llegar a los cien años
O rgullosos sus alumnos preparatorianos
R espeto y admiración, hoy brindamos.

Maestro, con todo mi cariño y que viva muchos años más.

Digno Ejemplo*Lic. Humberto Hiriart Urdanivia*

La cátedra del maestro Esteban Minor, es un ejemplo digno de imitar, pues no sólo quedaba en el aula, sino que además se ejercía de forma cotidiana, con su quehacer en pro de las causas más nobles de la patria.

Don Esteban Minor Carro logró dar luz a los alumnos con sus ideas, conducta responsable y afanosos empeños para construir una nación mexicana libre, justa, independiente y próspera.

Educador Incansable*Vicealmirante I.M.N. Mario Lavalle Argudín*

Mi alma mater es la H. Escuela Naval en el puerto de Veracruz. Tengo el privilegio de haber estudiado en sus aulas a finales de los años veinte y principio de los treinta. Aquellos fueron años muy tensos; barruntos de una nueva conflagración mundial se avistaban en el viejo mundo.

Por ello, y por ser heredera mi generación de los caros anhelos del Constituyente de Querétaro, nos educamos en un ambiente excepcional. Nuestros maestros eran profesionales íntegros y muy preparados, a quienes además distinguía su profundo patriotismo.

Estos mentores, de personalidad y estilos disímiles, debían sembrar en nosotros el acendrado compromiso de servir en el puesto que la Patria nos demandara.

Entre estos maestros inolvidables, un lugar muy especial en mis afectos ocupa el nombre del Ing. Esteban Minor Carro. Defensor de la Patria en 1914, querido y respetado por todos sus alumnos, el profesor Minor se distinguió por su incansable afán educador. Fue mi maestro en el cuarto año de la carrera, donde era titular de la cátedra

de mecánica analítica y aplicada.

En su clase, nadie debía ni podía quedarse con alguna duda; éramos pocos en el salón y el maestro tenía una especial predilección por pasar a uno tras otro de nosotros a resolver ejercicios en el pizarrón, e ir fijando los conocimientos que marcaba el programa con exámenes periódicos.

El maestro Minor no se limitaba a los aspectos teóricos de su materia; por el contrario, tenía una gran capacidad para exponer de manera muy didáctica el lado práctico de los conocimientos que impartía. Así, su cátedra nos fue de gran utilidad para las materias relacionadas con la carrera de maquinista naval, posteriormente denominada de Ingeniero Mecánico Naval.

Al maestro Minor no se le temía, se le quería; fue de esos maestros a los que acuden los estudiantes en momentos difíciles, a sabiendas de que en él encontrarán comprensión, orientación y apoyo.

Por la cátedra, siempre lúcida y esclarecedora del maestro Minor, pasamos cientos de profesionistas: militares y civiles, y a todos nos enorgullece el haber sido sus discípulos.

En años posteriores, cuando se instituyó la tradicional conmemoración de la legendaria gesta del H. puerto de Veracruz, en la H. Escuela Naval, he tenido el enorme gusto de conversar con el profesor Minor, siempre invitado al acto por la Secretaría de Marina, y recordar aquella cálida época en que se gestó la admiración, incrementada por los años, hacia el venerado maestro, Don Esteban Minor Carro.

Alto Sentido del Deber
Ing. Manuel Martínez Ortiz

El profesor Esteban Minor Carro, en su cátedra de cálculo

diferencial e integral en la Escuela Vocacional de Ingeniería Mecánica y Eléctrica, además de la enseñanza de los principales conceptos, métodos y leyes matemáticas, inculcó en sus alumnos un alto sentido del deber y la responsabilidad, así como un especial aprecio por la autoestima.

Para el profesor Minor la disciplina en el salón de clases era fundamental; sin embargo, lejos estaba Don Esteban de ser un maestro autoritario, las reglas que establecía eran claras y todos las acatábamos, pues propiciaban un buen ambiente de trabajo; era ameno, respetuoso y justo a la hora de evaluar el esfuerzo de sus estudiantes.

Este conjunto de atributos, aunado a su particular dedicación e ingenio para fijar los conocimientos en sus alumnos, contribuyó sensiblemente a elevar la formación técnica y humanista de quienes tuvimos el honor de ser sus discípulos.

Evocación Nostálgica

(Gonzalo Martré) Ing. Mario Tréjo González

Si yo recuerdo con cariño, casi con veneración a un maestro que haya tenido en mi vida, ese es, con absoluta certeza, Esteban Minor Carro.

Al ingresar a la Prepa 1, bachillerato de Ciencias Químicas, Grupo E-1, año de 1946, dos maestros del primer año me impresionaron: Minor y Alejandro de la Borbolla. El segundo daba una emotiva clase de literatura universal... en vez del idioma alemán que le correspondía impartir. Minor impartía en ese grupo dos cursos de matemáticas: aritmética y álgebra en el primero, y geometría y trigonometría en el segundo.

Esteban Minor poseía un don especial que pocos profesores tienen y todos envidian: la óptima claridad en la exposición. Más no es ese el único atributo por el cual se le recuerda: también aplicaba

una rigurosa técnica pedagógica y además era estrictamente justo en sus evaluaciones.

Su salud debió ser excelente -su siglo de edad lo demuestra-, pues jamás faltaba a clases.

Minor tenía muchos grupos en los dos planteles y maravillaba que nunca equivocaba el tema al llegar a clase. No permitía retardos, al entrar él todos debían estar en su pupitre y preparados a tomar notas, porque aun antes de ocupar su sitio ya venía anunciando el tema de clase. Cerraba la puerta y de ninguna manera la abría a los retrasados. Era implacable con los repetidores y con los faltistas. A los repetidores les aconsejaba paternalmente escogieran otro grupo, pues con él no iban a pasar. A los faltistas que conseguían prueba doble les aconsejaba, también paternalmente, no se presentaran porque iban a reprobado. La prueba doble la ponía en verdad doble. No una o dos preguntas más, sino otras tantas como las de la sencilla y acaso con mayor grado de dificultad, a resolver en el mismo tiempo del examen.

Minor hacía un examen semanal. Sus alumnos no podían jamás alegar que "no sabían como andaban en matemáticas", pues los resultados, con las pruebas corregidas minuciosamente de su puño y letra, los entregaba puntualmente, semana tras semana.

De los dos cursos, aprobé uno con ocho y otro lo reprobé con cinco. Al año siguiente hubo cambio de plan de estudio y matemáticas se condensó en un solo curso. Por razones que no recuerdo no presenté extraordinario y hube que repetirlo. Por ubicación de horas libres, el único hueco que me quedaba era uno donde impartía el maestro Minor.

Me entró el síndrome del repetidor: "Este tema ya lo sé, para qué entro a clase, mejor me voy con los cuates." Me descuidé en la contabilidad de faltas y me hice acreedor a prueba doble. Como ya sabía lo que me esperaba, me preparé a conciencia, pero ni así. Cincuenta minutos para resolver diez preguntas especialmente

laboriosas, era muy poco tiempo.

Los extraordinarios eran orales y la suerte hizo que de nuevo estuviese frente al maestro Minor. Había estudiado a fondo los apuntes de sus clases y esta vez no fallé.

De todos modos perdí el año, pues arrastraba cálculo y alemán, toda vez que las bellas clases de literatura universal dadas por el maestro de la Borbolla de nada me sirvieron al año siguiente ante un Fernando Wagner, quien daba por sentado que ya habíamos llevado el primer curso. Y el alemán nunca fue mi fuerte.

Durante los 20 años que di clases de química, nunca olvidé el sistema y estilo de Minor, y traté de imitarlo lo más fielmente que pude, pero sin conseguirlo a carta cabal. Y es que, profesores como Esteban Minor, no se hacen ni se improvisan, ¡nacen!

Mi cariño, mi agradecimiento por todo lo que aprendí de él, no se demuestra tan sólo con esta evocación nostálgica. En su calidad de maestro preparatoriano aparece algunas veces en el segundo y tercer tomos de la crónica novelada de tres decenios del Centro Histórico de la Ciudad de México, ya impresa, que saldrá a la luz pública a fines de enero del año próximo. Honor a quien honor merece.

Mi Maestro Esteban Minor
Ing. Gregorio Ruiz Chavarría

Fui su alumno en la Vocacional 2 en 1948, en los tiempos inolvidables en que el director era el Ingeniero Armando Aguilera. Todo era sorpresa y grandes cambios en nuestras vidas; en el mundo aislado y limitado en que nos movíamos, intuíamos que estábamos en presencia de grandes maestros. En las pláticas con quienes fuimos compañeros hace 45 años, al recordar las aventuras y dificultades de aquellos tiempos, invariablemente acude a la memoria el nombre de Esteban Minor, nuestro maestro de cálculo diferencial, integral y

álgebra superior.

Cursábamos las materias diariamente de lunes a sábado y, este último día, era el más temido, porque teníamos examen. El lunes, como si fuera decreto militar, sabíamos los resultados obtenidos en el examen, y así durante todo el año escolar.

El maestro Minor era parco en el hablar, aunque a veces se lucía con expresiones y frases elegantes, con palabras de diccionario e, invariablemente, su explicación era clara y concisa.

Aún recuerdo nítidamente la personalidad del maestro Minor: bajito de estatura, con lentes de aros ligeros, poco pelo y sombrero de fieltro; casi siempre llevaba zapatos cafés bien boleados y traje de color claro.

Como él venía del rumbo de Portales y yo vivía en la calzada de Tlalpan, era frecuente que lo encontrara en el mismo camión. La ruta era de unos camioncitos de madera, pintados color crema y con una franja roja en el costado; se llamaban los "San Rafael-Tlaxpana-Martínez de la Torre" y salían de Claudio Bernard esquina con calzada de Tlalpan. Estos destartalados transportes, tenían una puerta delantera y dos traseras y un cupo para alrededor de 20 pasajeros; contaban, además, con una defensa trasera tan amplia, que daba a la ventana entre las dos puertas y que era usada para llevar a cinco personas más.

Los días que entrábamos a la escuela entre las siete y las ocho de la mañana, los camiones iban cargados como racimos de uvas, lo que presagiaba que aquella ciudad, entonces de poco más de un millón y medio de habitantes, iba a crecer inevitablemente. El profesor, como dije antes, era parco en el hablar; muy correcto, no negaba los buenos días, pero que recuerde, no entablaba conversación con nadie. En este mar de apretujones, el maestro Minor se daba tiempo para calificar exámenes o para leer algo, no importándole ni los empujones ni la incomodidad.

La cantidad de material que teníamos que estudiar era

sorprendente. Invariablemente, teníamos que resolver ¡todos! ¡Pero todos! los ejercicios del autor Phillips y también de Granville Smith Sonzley, libros que, por cierto, todavía conservo. Los lunes, martes y tal vez los miércoles, podíamos dejar un poco el cálculo, pero el jueves volvíamos a él, no habiendo uno de nosotros que el viernes no estuviera en la búsqueda de los ejercicios más difíciles, ya que, con toda seguridad, vendrían aplicados en el examen.

Han pasado los años y en nuestra formación hemos tenido muchos distinguidos maestros, dentro y fuera del país, pero haciendo remembranzas y distinciones, caigo en la cuenta de que no volví a tener a otro como el maestro Esteban Minor. Como las marcas olímpicas, lo que él hizo con nosotros no volvió a ser igualado. Seguro en el saber, transmitió con autoridad sus conocimientos y, con mano férrea, exigió lo mejor de sí mismos a todos sus educandos.

El tiempo le ha otorgado mayor importancia a su dedicación y trabajo; no dudo que aquellos años prolíficos le entregaron buenas cuentas a México en recursos humanos de primer nivel.

El ejemplo del maestro Esteban Minor vibra en todos los que tuvimos el privilegio de ser sus alumnos. Su presencia perdurará en las aulas, aunque no lo hayan conocido, pues sembró abundantemente y dejó herencia para muchas generaciones.

La Decencia Andante
Hiram Torres Goytortúa

Año 1943. En aquel entonces Escuela Nacional Preparatoria, antesala de los estudios profesionales. ¿Quién se hubiera imaginado que las matemáticas, especialmente el álgebra, fueran tan fáciles de entender? Nadie de nosotros; sin embargo así resultó, y ello se debió al Maestro que nos tocó en suerte: EL PROFESOR, así, con letras mayúsculas, ESTEBAN MINOR:

Impartía una clase de lo más amena; riguroso y apegado siempre al tema a tratar, Don Esteban era hombre de presencia y presentación impecables, al que las alumnas del grupo pusieron por mote "la decencia andante". Para el Maestro Minor la labor docente no concluía al finalizar las clases y al estar frente al grupo, no dudaba en repetir su exposición cuando notaba dificultades en la comprensión de algún tema.

Un par de anécdotas relacionadas con el Maestro, darán una idea de su temple y su carácter.

Cierto día, la mayor parte del grupo decidió matar clases y asistir al cine "Goya", que exhibía "La Cadena Invisible" y "Las viudas del Jazz". Por alguna razón, cuatro alumnos, yo entre ellos, fuimos los únicos que entramos a la clase de álgebra.

El Maestro Minor ocupó su sitio, preguntó el nombre a cada uno de los asistentes, y sin hacer la menor alusión al gran ausentismo, procedió a dar su clase, cuyo tema, recuerdo bien, era: "Propiedades de los Determinantes".

Dos días después, con asistencia completa, antes de tratar el tema correspondiente a ese día, y seleccionando al azar a varios de los compañeros ausentes en la clase anterior, les formuló preguntas referentes a lo visto el día de la ausencia general, hasta obtener la respuesta: -No sé, Maestro. No asistí a la clase pasada.

A continuación, el Maestro Minor dijo algo así como:

-Pues bien, jóvenes y señoritas. No permitiré que el curso se salga de mi control. El tema de la clase anterior, a la que ustedes tuvieron a bien ausentarse en masa, se da por visto con los alumnos que asistieron, y sepan que de no haber asistido nadie, hubiera sido lo mismo. No contestaré ninguna pregunta referente a las propiedades de los determinantes, y les advierto desde ahora que en el examen final, este tema lo veremos exhaustivamente.

La siguiente anécdota, insignificante en apariencia, servirá para

tener una idea más completa de la clase de hombre que es el Maestro Minor.

Un amigo y compañero de clases, Javier Reyes, también alumno del profesor Minor, trabajaba en un tranvía de la línea denominada *Primavera*. El pasaje lo cubrían los usuarios al descender del tranvía; en una caja alcanzía se depositaba la "Planilla" o bien en efectivo, pagaban el importe del pasaje.

Pues bien, el Maestro Minor usaba con frecuencia ese servicio al terminar sus clases y Javier, como una atención al Maestro, lo invitaba a descender sin pagar. Minor sistemáticamente se negaba.

Un día, antes de entrar al salón de clase, Don Esteban llamó a Javier, y a solas, según versión del propio Javier, le dijo:

-Mire compañero, le ruego que no insista en que baje del tranvía sin pagar. Le agradezco su atención, pero comprenda que sería deshonesto de mi parte el aceptarlo. Si hago uso de un servicio que tiene un precio, es mi obligación de hombre honrado el cubrir el importe. Y no se vaya a molestar en pagarlo de su propio bolsillo, porque sería dinero perdido, ya que yo, de todas maneras, pondría mi planilla dentro de la caja.

Es imposible, Maestro, que usted me recuerde. Mi nombre y mi persona se diluyen en el tiempo y entre los miles de alumnos que tuvimos el gusto de serlo. Pero la admiración, gratitud y respeto que le profesé, perdura. Dondequiera que usted se encuentre, SALUD, Maestro.

Don de Gentes
Ing. José Trinidad Torres Soto

Tuve la fortuna de ser alumno del Ingeniero don Esteban Minor en la materia de cálculo integral, durante mis estudios en la Escuela

Vocacional 2 del Instituto Politécnico Nacional, que en aquella época se encontraba ubicada en las calles de Tolsá y Tres Guerras, en la ciudad de México.

El maestro Minor llamó poderosamente la atención de todos los que fuimos sus alumnos debido a su personalidad, en la que destacaba la pulcritud, la disciplina y el don de gentes.

La forma sencilla y elegante de impartir su cátedra se deriva de su disciplina como marino, así como de su experiencia plenamente reconocida.

De manera invariable, al acudir al salón de clase, en primer término saludaba, y enseguida verificaba que el pizarrón estuviera perfectamente limpio. A continuación, con letra muy clara y precisa, anotaba en el ángulo superior izquierdo el título del tema sobre el cual iba a versar la cátedra.

Una vez que se conocía el tema, en forma ordenada y accesible, exponía la teoría que debía aplicarse y, a continuación, realizaba un ejemplo práctico de lo que había expuesto.

Con el fin de que los alumnos ejercitaran los conocimientos impartidos, pasaba al pizarrón a uno de ellos para resolver diversos ejercicios.

Ya para terminar la clase, nos recomendaba desarrollar por cuenta propia, como tarea, una serie de ejercicios incluidos en el libro de texto.

Después de una o dos semanas de impartir su cátedra, sin aviso previo y durante la última media hora, nos examinaba mediante una prueba escrita. En un principio este procedimiento nos molestaba; sin embargo, al adquirir esta disciplina comprendimos que era un método de enseñanza magnífico para comprender una materia tan difícil como el cálculo integral.

Durante la exposición de los temas y el desarrollo de los

problemas, todo estaba debidamente previsto y calculado, por lo cual no había posibilidad de distracción de ninguna naturaleza y la clase transcurría de manera precisa y sin contratiempos.

El ejemplo personal de rectitud y disciplina, quedó grabado en nuestra memoria y en la vida profesional, siempre he tratado de seguir su ejemplo.

Fraternalmente
Ing. Jesús Vargas Cuevas

Para quienes tuvimos el enorme privilegio de formarnos en las aulas superiores de la ingeniería, es imprescindible recordar a aquellos maestros que por su extraordinaria preparación, capacidad docente y profundo sentido humano, nos han dejado una huella imborrable.

Uno de estos inolvidables maestros es Don Esteban Minor Carro, quien debe tener, entre muchas otras, la gran satisfacción de no haberse contentado con ser un simple "informador", sino un verdadero formador de profesionales de la ingeniería electromecánica, como muchas generaciones de ingenieros realizados lo constatan.

Es imposible olvidar el sudor de manos que a los más de cincuenta alumnos del grupo nos provocaba Don Esteban, cuando nos hacía pasar al pizarrón a resolver problemas, y aún más comprometedor era, cuando nos demostraba que los que "disque estudiábamos mucho", en realidad apenas empezábamos a aprender.

En más de una ocasión nos recordó aquella hermosa frase atribuida a Sócrates, "Yo sólo sé que no sé nada"; no obstante ello, un gran número de compañeros hoy en día, podemos decir a voz en cuello y sin falsa modestia, que gran parte de nuestra educación profesional se la debemos a este querido maestro.

Vayan pues estas líneas, para recordar y rendir homenaje a uno

de los baluartes de la enseñanza de la ingeniería en México quien, con elevada vocación de servicio, integró y ejerció un programa curricular de más de 30 materias, con una impartición anual superior a las 2,250 horas, entre teoría, talleres y laboratorio.

Nos queda además el reto, a quienes tuvimos la fortuna de ser alumnos del maestro Minor Carro, de *eleva la calidad de la enseñanza en la Ingeniería* en nuestra querida e histórica Escuela Superior de Ingeniería Mecánica y Eléctrica.

Vida Plena de Responsabilidad Ing. Sergio Viñals Padilla

La educación es un proceso a través del cual la sociedad constituida y representada, pretende transmitir a su juventud los valores que le dan lugar y es, en consecuencia, una vía de preservación institucional de la sociedad, complementariamente a sus propósitos de contribuir al desarrollo, conservación y difusión del conocimiento.

Quienes se dedican a la educación trascienden a su tiempo; quienes como profesores actúan con ética y responsabilidad representan el elevado valor de la solidaridad con la humanidad en su conjunto, y con los entes de su sociedad en lo particular. Minor ha sido, es y esperamos que durante mucho tiempo siga siendo, un ejemplo de tales virtudes.

Si bien, el transcurso del tiempo desdibuja los rasgos característicos de la personalidad de los individuos, aún a 35 años de distancia, que han transcurrido desde que fui su alumno, recuerdo con respeto los hechos que envolvieron la relación entre Minor el profesor y nosotros los alumnos.

Algunas anécdotas trazan y caracterizan su recia personalidad: ¡Es lo más cercano a un profesor alemán que conocemos! decían algunos de sus alumnos, quienes en la época, por la información que

se recibía, daban gran consideración a la rigidez, disciplina y formalismo que se atribuía a la educación superior en los institutos alemanes.

Quién de sus alumnos no recuerda a la diligente Romualda, figura fantasmiosa creada por el profesor para evidenciar nuestras fallas como alumnos al pasar al pizarrón. Eran clásicas y conocidas de toda la escuela sus frases de reprimenda, tales como: ¡Fíjese baboso, Romualda, mientras trapea, hace la integración por partes mejor que usted!

Minor nunca faltaba a sus clases y nos enseñó a no faltar; inclusive iniciaba sus clases a las 6:30 de la mañana, media hora antes del horario establecido en la tradicional Escuela Vocacional Núm. 2 del Instituto Politécnico Nacional. Había exámenes cada ocho días y se resolvían en su totalidad los problemas del libro de texto, hecho que no ocurría en las escuelas superiores de la época.

En síntesis: las enseñanzas, la actitud y buenas costumbres de Minor, representaron un aporte significativo en mi formación y estoy cierto que en la de muchos de quienes tuvimos la suerte de aprender de él.

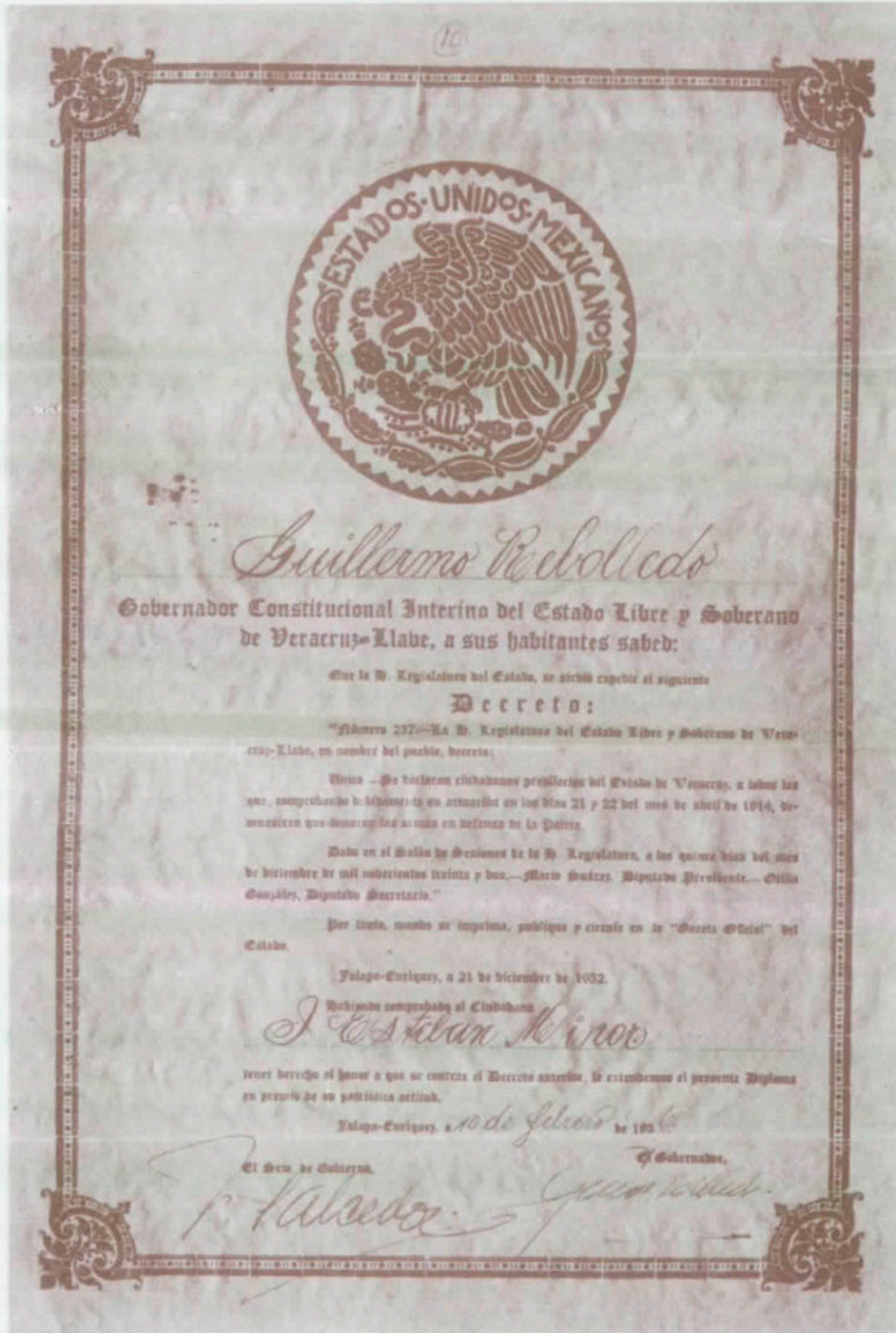
Mi reconocimiento por una vida plena de responsabilidad.

ANEXO II

Reconocimientos y homenajes



Maestro de Maestros.





Guillermo Rebolledo

Gobernador Constitucional Interino del Estado Libre y Soberano de Veracruz, A. L. D.

hace saber:

Que la H. Legislatura del Estado, en sesión reglamentaria celebrada el 13 de noviembre de 1914, tuvo a bien aprobar las siguientes partes resolutivas:

PRIMERO.—El Estado concede a los hijos proclivios del mismo, una medalla de plata, en premio y como reconocimiento a los trabajos patrios, con motivo de haber firmado sus boletines de la Gobernación Nacional en el Partido de Veracruz, en abril de 1914, peleando contra las fuerzas invasoras norteamericanas.

SEGUNDO.—Dicha medalla de plata tendrá un diámetro de cuatro y medio centímetros y su grueso tres y medio milímetros, llevando en el anverso el escudo del Estado de Veracruz y el reverso llevará la siguiente inscripción: "A LOS DEFENSORES DE LA PATRIA CONTRA LA INVASION NORTE-AMERICANA EN ABRIL DE 1914."

TERCERO.—El Sr. Gobernador del Estado llevará a cabo la entrega e imposición de dichas medallas el próximo día 21 de abril de 1915.

CUARTO.—Comunique al Ejecutivo del Estado para su conocimiento y efectos y con diligencia de que se debe mandar publicar esta resolución en la "Gaceta Oficial" del Estado.

En fe de lo que *el Sr. J. Esteban Acosta*

he comprobado fehacientemente ante este Gobierno tener derecho al honor a que se refiere el acuerdo anterior, se le otorga como reconocimiento especial en su caso la medalla correspondiente, para cuyo uso le faculto al Ejecutivo que representa por medio del presente **Diploma** y en premio de su patriotismo activo.

Xalapa-Veracruz, Ver., a 2 de febrero de 1915

El Secretario de Gobierno

J. Esteban Acosta *Guillermo Rebolledo*



LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

otorga al
Señor Profesor
Esteban Minor Carro

el
PREMIO EXTRAORDINARIO DE ASISTENCIA
"JUSTO SIERRA"

por haber tenido un ciento por ciento de asistencia en la Esc.
Real Preparatoria durante el año lectivo de 1948.

"POR MI RAZA HABLARA EL ESPIRITU"

México, D. F. 30 de julio de 1949

El Rector,

LIC. LUIS GARRIDO

El Secretario General,

LIC. J. A. GONZALEZ BUSTAMANTE

Instituto Politécnico Nacional

Escuela Vocacional No. 2

La Sociedad de Alumnos Diurna Otorga al presente

DIPLOMA

Al C. Profesor
Esteban Minor C.

Con motivo al día del Maestro, y como reconocimiento a su patriótica y distinguida
labor educativa en esta Institución

México, D. F. a 15 de Mayo de 1949.

"La Técnica al servicio de La Patria"

Por la Sociedad de Alumnos de la Escuela Vocacional No. 2

El Secretario General,

Lic. J. A. GONZALEZ BUSTAMANTE



El Presidente del Alumno,

Lic. J. A. GONZALEZ BUSTAMANTE



*La Unión de Bachilleres
Universitarios Nocturnos*

OTORGA AL
MAESTRO ESTEBAN MINOR CARRO

EL PRESENTE

D E J U N I O

En Reconocimiento de Su Meritoria Labor Como Catedrático de La Universidad Nacional Autónoma de México, En su Escuela Nacional Preparatoria Nocturna.

"Trabajo y Estudio Por la Superación Moral y Cultural de México"

México, D. F. a 8 de Junio de 1956

Secretario General

Jaime Torres Olvera
Jaime Torres Olvera

El Comité Ejecutivo

El Presidente

Albino Pazos Téllez
Albino Pazos Téllez

SECRETARÍA DE MARINA
OFICINA MARIN
SECRETARÍA PARTICULAR


México, D. F., abril 25 de 1956.

Sr. Teniente de Corbeta Ing. M. N. Ret.
Esteban Minor Carro,
C i u d a d .

Estimado Maestro:

Con motivo de la condecoración que recibió usted del Gobierno del Estado de Tlaxcala, - por su heroica participación en la defensa del Puerto de Veracruz, con todo afecto me permito felicitar a usted por tan honrosa distinción.

Sin más por el momento, aprovecho la oportunidad para enviarle un cordial y respetuoso saludo.


Capitán de Navío C. G.
Benigno Prieto Calber



Uno de los más significativos honores que se rindió al teniente de corbeta Esteban Minor Carro, en Panotla, Tlax., en ocasión de conmemorarse la heroica defensa de Veracruz, en la que Minor tomara parte en su calidad de cadete de la Escuela Naval, en 1914. El Gobernador Cisneros, el capitán Pedro López Ramírez, el licenciado Juan Manuel Ortiz de Zárate, el alcalde Manuel Flores y otras destacadas personas concurrieron a la ceremonia en la que fue develada la placa conmemorativa que se instaló en la casa donde el marino patriota viera la primera luz. (Foto enviada por nuestro corresponsal José Luis González).

10

La Asociación de Claxalleras
Nicoleucall

Morosa al Sr. Jm.

Esteban Minor Carrón

este Diploma

en reconocimiento a sus méritos como
Defensor de la Patria en la acción
de armas librada en el Puerto de
Veracruz, el 21 de Abril de 1914.

México, D. F., 12 de sept. de 1959

Por la Directiva

Presidente
German George H.
Dr. German George H.

Secretario
Luciano Huerta S.
Dr. Luciano Huerta S.

Tesorera
Elvira Trueta C.
Elvira Trueta C.

35

La Sociedad Matemática Mexicana



En el XVII Aniversario de su Fundación

Otorga el presente

Diploma de Honor

al Maestro Esteban Minor C.

Como Testimonio de Reconocimiento a su Alta Misión Educativa y Dedicación a la Enseñanza de las Matemáticas en las Escuelas de Nuestro País Durante más de 35 Años.

México, D. F., a 30 de junio de 1960.

Presidentes:

Dr. José Adán

Dr. José Adán

Secretario:

Dr. Alfonso Napoleón Gándara

Secretario:

Hr. Carlos Chagas



La Universidad Nacional Autónoma de México

otorga el presente

Diploma

al señor profesor

Esteban Minor Carró
Ingeniero Mecánico Naval

como testimonio de gratitud por su meritoria labor

en el magisterio universitario durante

25 años

"Por mi Raza hablará el Espíritu"

Ciudad Universitaria, D. F., a 15 de mayo de 1962.

El Secretario General,
[Firma]
Dr. Roberto L. Martínez Molina

El Rector,
[Firma]
Dr. Ignacio Chávez

THE INSTITUTE
MEXICANO NORTEAMERICANO
DE RELACIONES CULTURALES, A. C.

certifies that

ESTEBAN MINOR CARRO

*has successfully completed a three-year
course (324 hours) in the
ENGLISH LANGUAGE*

México, D. F., August 12, 1964

Miriam Ornelas

Director of Courses

James O. Carter

Academic Director

Robert B. Young

Executive Director

FOTO: FAMILIA MINOR



Ayuntamiento municipal de Córdoba, Veracruz. De izquierda a derecha: Lic. Silvestre Aguilar Morán, Sr. Manuel Solís Rodríguez, Sr. Carlos Mendoza Suazo, Sr. Angel Illescas Olivares, Ing. Esteban Minor Carro, Sr. Sabino Calderón Mendoza, Sr. Tomás Hernández López, Sr. Andrés Andrade Hernández. 20 de abril de 1965.

FOTO: FAMILIA MINOR



Homenaje al Ing. Esteban Minor Carro. El Lic. Silvestre Aguilar, orador oficial en la ceremonia, es felicitado por Don Esteban.

El Club de Escritoras de Veracruz, A. C.

Se honra en otorgar al Señor

Esteban Minor Carro

El presente

Diploma

de Honor al Mérito

por haber participado en la Heroica Defensa del Primer Puerto de México en la Trágica Jornada del 21 de Abril de 1914, por lo que en sí, se ha cubierto de Gloria, para ejemplo de todos sus con Ciudadanos, venerando a la Patria.

"Pensamiento y Acción"

Gemma Odila Carazón Arcos
Presidenta

H. Veracruz, Ver., 21 de Abril de 1968.

María Luisa O. de Ariza
Secretaria



La Secretaría de Marina

por acuerdo del C. Presidente de la República, y de conformidad con lo dispuesto en las leyes y decretos relativos en vigor, expide el presente **DIPLOMA** que acredita el uso de la **CONDECORACION** de UNICA clase de

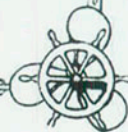
MERITO DOCENTE NAVAL

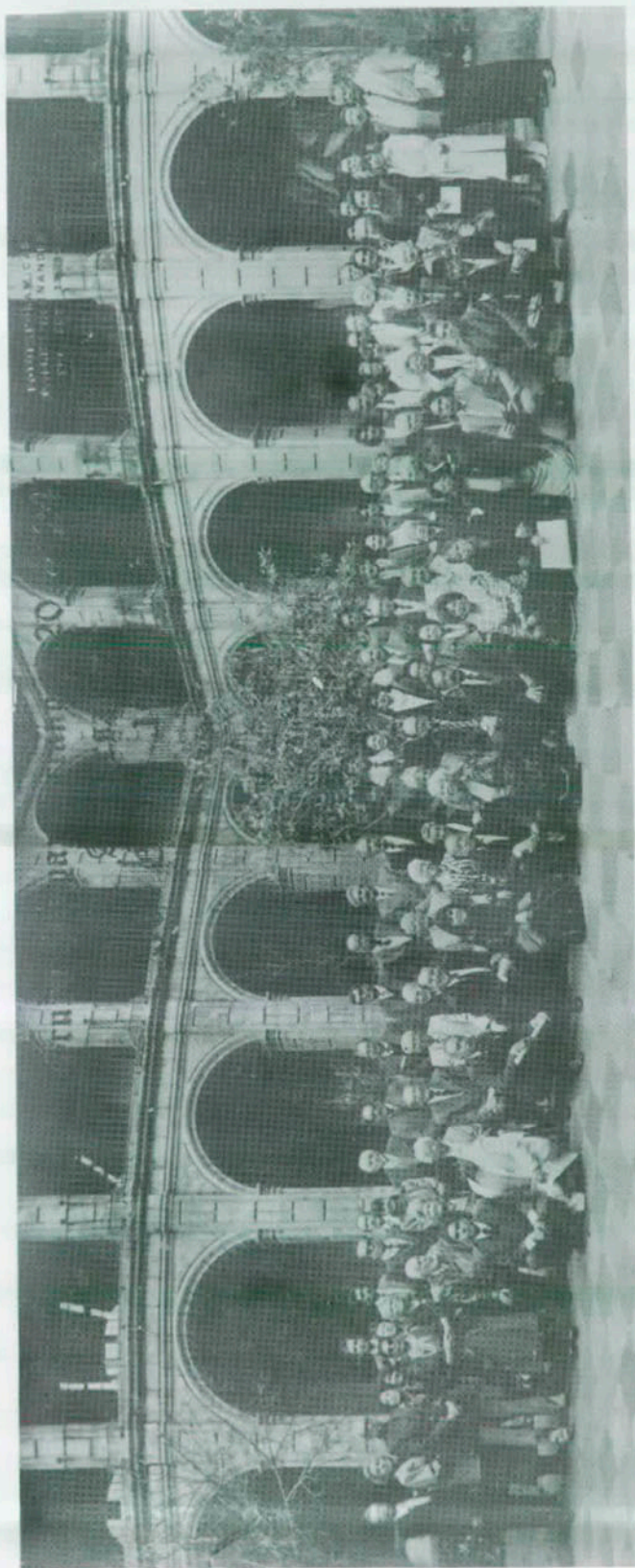
conferida al **C. TTE. FRAG. IMN. RET. J. ESTEBAN MINOR CARRO** por haber fungido como Profesor Militar en la H. Escuela Naval Militar.

México, D. F., a 11 de Enero de 1979

Secretario de Marina,
ALMIRANTE RICARDO CHAZARO LARA

Ricardo Chazaró Lara





*Grupo preparatorio 20-24.
XI Aniversario.
30 de enero de 1992.*



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

LA REUNION NACIONAL DE MATEMATICAS 1992

OTORGA EL PRESENTE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE COAHUILA

RECONOCIMIENTO

A:

J. Esteban Minor

PIONERO DE LAS MATEMATICAS EN MEXICO

SALTILLO COAHUILA, 8 DE MAYO DE 1992



SOCIEDAD MATEMATICA
MEXICANA



ANPM
ASOCIACION NACIONAL
DE PROFESORES DE
MATEMATICAS



La
SOCIEDAD MATEMATICA MEXICANA
con motivo del

L Aniversario de su Fundación
otorga el presente reconocimiento a

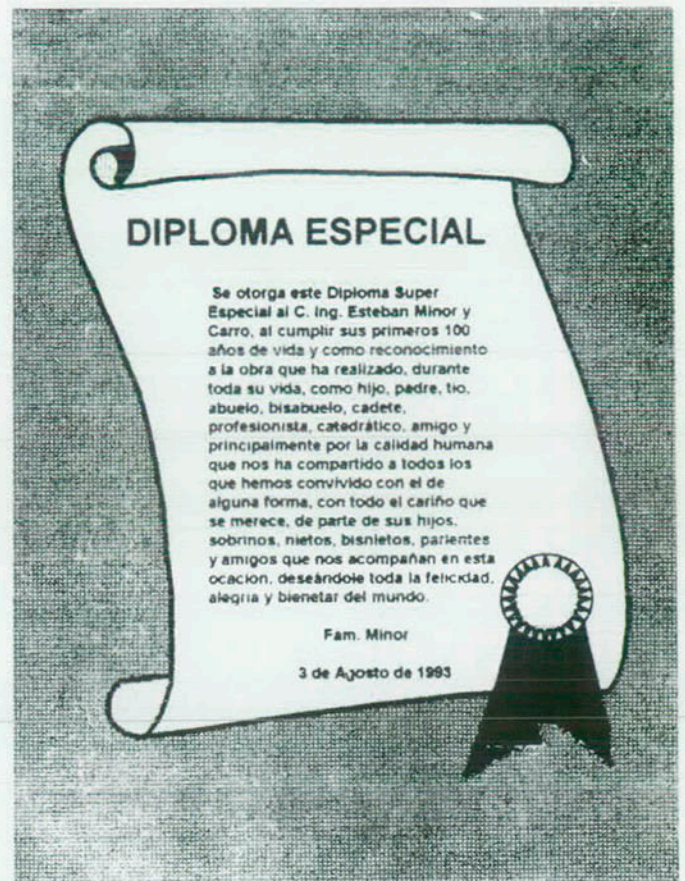
su socio fundador

Esteban Minor

J. C. Gómez
Dr. José Carlos Gómez Larrañaga
Presidente

Angel M. Carrillo Hoyo
M. en C. Angel M. Carrillo Hoyo
Secretario General

Palacio de Minería, México D.F., 30 de junio de 1993



HOMENAJE A MINOR

SALUDO AL GRAN DECANO
 DEL MAGISTERIO PREPARATORIANO
 Y DEL TOTAL DEL GREMIO EDUCADOR!
 AL HÉROE, DE LA PATRIA DEFENSOR,
 QUE ES EL LÚCIDO ANCIANO
 DON ESTEBAN MINOR,
 QUIEN CUMPLE UN CENTENARIO
 DE EDAD, Y MUCHOS AÑOS DE ILUSTRE PROFESOR.
 YO, QUE HACE MEDIO SIGLO FUI INMADURO MENTOR
 EN LA LITERATURA Y LA GRAMÁTICA,
 SALUDO AL CATEDRÁTICO DE TODA MATEMÁTICA
 QUE CUMPLE SUS CIENTO AÑOS DE EXISTENCIA,
 ALUMNO DE SOTERO PRIETO Y DE LÓPEZ AGUADO.
 ¡Y BRINDO PORQUE SIGA, COMO FUE EN EL PASADO,
 SIENDO UN EGREGIO EJEMPLO DE DOCENCIA Y DECENCIA!

3 DE AGOSTO DE 1993

Francisco Liguori
 FRANCISCO LIGUORI



Homenaje al Ing. Esteban Minor Carro en la Secretaría de Marina. Arriba: en la Unidad de Historia y Cultura Naval. Le acompañan el Vicealmirante I.M.N. Mario Lavalle Argudín y el Vicealmirante I.M.N. Gregorio Núñez Ehuán. Abajo: Don Esteban conversa con el Vicealmirante I.M.N. Gregorio Núñez.



Don Esteban con su señora esposa, Doña Alicia González de Minor.



Con familiares , amigos y ex discípulos celebrando el centenario de su nacimiento.



CREDITOS FOTOGRAFICOS

Para ilustrar esta obra se utilizaron fotografías y documentos pertenecientes, en su mayor parte, al archivo privado de Don Esteban Minor Carro. Además se consultaron otros archivos y una amplia bibliografía que a continuación se enlistan:

Archivos

Archivo General de la Nación. Centro De Información Gráfica

Archivo Salvat

Centro de Estudios Sobre la Universidad

CONDUMEX

Hemeroteca Nacional

Instituto Nacional de Antropología e Historia. Museo de la Fotografía

Instituto Politécnico Nacional. Dirección de Comunicación Social

Secretaría de Marina. Unidad de Historia y Cultura Naval

Universidad Nacional Autónoma de México. Rectoría

Bibliografía

ARCHIVO CASASOLA. *Historia Gráfica de la Revolución Mexicana 1900-1940*. México, Ed. Archivo Casasola. Tomo I-V.

FERNANDO BENITEZ. *Historia de la Ciudad de México*. Barcelona, Salvat Editores, 1984, T.6.

ENRIQUE CÁRDENAS DE LA PEÑA. *Educación Naval en México. Vol. I* México, Secretaría de Marina, 1967.

_____. *Semblanza Marítima del México Independiente y la Revolución (I)*. México, Secretaría de Marina, 1970.

_____. *Historia de las Comunicaciones y los transportes en México. Marina Mercante*. México, Secretaría de Comunicaciones y Transportes, 1988.

GUSTAVO CASASOLA. *Seis siglos de historia gráfica de México 1325-1975*. México, Ed. Gustavo Casasola, S. A., 1978, T.6.

Ciudad de México (Breve guía ilustrada). Texto castellano de Jesús Galindo y Villa, versión francesa de GABRIEL GALANT Y LUIS LAGUENS. México, 1906.

ENRIQUE FLORESCANO (COORD.) *Así fue la Revolución Mexicana*. México, Senado de la República-SEP, 1985. Tomos: 1, 4, 5, 6 y 7.

ELISA GARCÍA BARRAGÁN. MANUEL F. ALVAREZ. *Algunos escritos*. México, INBA-SEP, 1982. (Cuadernos de Arquitectura y Conservación del Patrimonio Artístico).

ENRIQUE KRAUZE. *Biografía del Poder/4*. Francisco Villa. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

HUMBERTO LOMBARDO TOLEDANO. *Construyendo México, 1910-1946*. México, 1946.

México. Nuestra gran herencia. Selecciones del Reader's Digest, EUA, 1973.

JOSÉ PÉREZ DE LEÓN. *Historia gráfica de la invasión americana*. Veracruz 1914. México, Ed. Xalapa-Enríquez, 1980.

Problemas agrícolas e industriales de México, México, Vol. VI, Núm. 3, 1954. (Grabado de Alberto Beltrán).

Índice onomástico

A

Acosta, Miguel M.: 117
Adem, José (Dr.): 172
Aguilar, Aurelio (Cap.): 67
Aguilar, Manuel: 21, 22, 67
Aguilar Morán, Silvestre (Lic.): 175
Aguilera, Alfredo C.: 67
Aguilera, Armando (Ing.): 142, 153
Aguillón de los Ríos, Justiniano (Ing.):
5, 7, 8, 9, 120
Aguirre, Rafael: 67
Aguirre Victoria, Raúl: 67
Ahuja, José: 67
Alacio Pérez, Irineo: 67
Aldreto, (Oficial): 89
Alesio Pérez, Jorge (Cadete): 165
Alessio Robles, Vito (Ing.): 127
Alvarez Ballesteros, Salvador (M.C.):
III, XXV, XXVIII
Alvarez, H.: 165
Alvarez, Manuel (Ing.): 30
Anchondo, (Mayor): 48
Anda, Manuel de (Profr.): 139
Andrade Hernández, Andrés: 175
Angeles, Rodolfo: 67
Arenas, Fernando: 67
Arenas, Ignacio (Cap.): 69, 70, 71,
74, 76, 77, 79, 82, 83, 84,
85
Argudín Corro, Antonio (Oficial): 89
Arteaga (Asp. de 1^o): 72
Artigas Fernández, Raúl: 121
Ascorbe Ferrer, Julio: 121
Avenida, Tereso (Gendarme): 165
Avila de la vega, Francisco: 117
Azueta, José (Tte.): 48, 49, 55, 56
66, 165
Azueta, Manuel (Comodoro): 27, 47,
48, 66, 67

B

Barajas, Alberto: XV
Barceñas Paredes, Armando (Arq.): XXX
Barreto, Lorenzo: 109, 110
Bauza, Joaquín: 67
Beltrán, Alberto: 134
Bendito, Baltazar: 86

Benitez, Fernando: 15, 187
Berlín, Aurelio: 67
Berlín, Ricardo: 67
Bernal Yarahuán, Marco Polo (I.B.Q.): III
Blanco, Othón P. (Comodoro): 89, 90,
91
Blanco, Merardo: 67
Blanquet, Aureliano (Gral.): 80
Bobadilla Viramontes, Norma (Lic.): XXX
Bonilla, Juan de Dios (Tte. M.): 38, 67
Borbolla, Alejandro de la (Profr.): 151,
153
Bravo, Gustavo A.: 38, 67
Bravo Monroy, Juan José (Profr.): 137

C

Cahuantzi, Próspero (Cor.): 9
Calderón Mendoza, Sabino: 175
Calderoni (Dr.): 78
Calvin Minor, Ofelia de: 2
Camacho, Eduardo: 67
Camacho, Julián: 67
Camporredondo, Vicente (Ing.): 44
Canabal Aznar, Mario (Ing.): XXX, 138
Cano, Guillermo: 67
Carballo, Gabriel (Almirante): 100,
101, 104, 119
Cárdenas de la Peña, Enrique (Dr.): 188
Carranza Minor, María del Pilar de: 2
Carranza Minor, Sergio: 2
Carrillo Hoyo, Angel M. (M.C.): 180
Carrión, Rafael (Cap.): 38, 47, 67
Carro, Eduardo (Cap.): 12
Carro, José de la Luz: 1, 2
Carro Meneses, Juana de: 1, 2
Carro Meneses, Mercedes: 1, 2
Carter, James: 174
Casasola, Gustavo: 188
Castañón, Juan (Cap.) 67, 88, 105
Castillo Bretón, Carlos (Comodoro P.A.):
67, 128, 129, 131
Castrejón, (Gral.): 89
Cedeño Reyes, Luis (Ing.): 140
Cepeda Salinas, Arturo (M.C.): III
Cetina, León: 67
Cisneros: 170
Coello Ochoa, David (Tte. M.): 37, 39,
67

Colescua, Nicolás: 53
 Colina, Eduardo: 54, 55, 67
 Colón, Cristóbal: 100
 Contreras, (Tte. Cor.): 49
 Córdoba Aguilar, Mario: 121
 Corzo, Angel del (Comodoro): 46, 67, 131
 Cuellar, Adán (Cap. de N.): 67
 Cuéllar, Luis: 67
 Cuesta López, Estuardo: 28, 32, 67
 Cuevas, José A. (Ing.): 125

Ch

Chacón, Juan: 165
 Chairis (Gral.): 79
 Chargoy, Anselmo (Profr.): 172
 Chávez, Ignacio (Dr.): 173
 Cházaro Lara, Ricardo (Almirante): 177
 Chirinos Emmett, Jorge Ronald (Profr.): IV

D

Delgado, Eustolio: 67
 Delgado, Rafael A.: 67
 Díaz (Gral.): 79, 81, 83
 Díaz Lozada, Eduardo (Profr.): 139
 Díaz Mirón, Salvador: 120
 Díaz Ovando, Clementina: 147
 Díaz Ruiz, Iris (Ing.): 113
 Diéguez, Manuel M. (Gral.): 70, 81, 82
 Domínguez Ortiz, Josefa de: 6
 Dworkin, Albert M.: 2

E

Elías Calles, Plutarco (Gral.): 70, 165
 Elizondo, Alonso: 110, 111, 113
 Enríquez Arias, Salvador (Ing.): 141
 Escudero, Fernando M. (Tte.): 67
 Esparza, Enrique (Cad.): 67
 Espinoza, Manuel (Sub Tte.): 67
 Estrada, Ramón: 73
 Estuardo, María (Reina): 28
 Euclides: 26

F

Fentanes, Rafael: 67
 Fernández, Carlos: 67
 Fernández Castro de, Ignacio: 67
 Fernández, Federico: 67
 Fernández Padilla, David: 26, 39, 67

Fernández, Roberto: 67
 Ferrer, Carlos A. (Comodoro): 19, 21
 Figueroa, Luis: 67
 Fletcher, F. F. (Contraalmirante): 59, 165
 Flores Baca, Ernesto (Profr.): 139
 Flores, Manuel: 170
 Flores Palafox, Jesús (Ing.): IV, XXX, 3, 4
 Florescano, Enrique: 188
 Fourzán, Rafael (Cap.): 67
 Frías Luciano: 67
 Fuente de la: 121
 Fuentes Ramos, Pablo (Ing.): 144

G

Galant, Gabriel: 188
 Gamboa Patrón, Emilio (Lic.): III
 Gamiochipi, Luis Antonio (Profr.): 147
 Garay y Arenas, Fernando de (Ing.): 140
 García Barragán, Elisa: 188
 García Carmona, Antonio: 121
 García, Edmundo: 67
 García, Erika: 146
 García, Karina: 146
 García Valdés, Raúl: 145
 Garrido, Luis (Lic.): 168
 Garza Castro, C.: 165
 Garzón Arcos, Gemma Odila: 176
 Georgge H., Germán (Lic.): 171
 Gil, Leopoldo H.: 67
 Gómez, Gilberto: 165
 Gómez Larrañaga, José Carlos (Dr.): 180
 Gómez Maqueo, Antonio (2o. Tte.): 49, 67
 Gómez Valencia, (Tte.): 121
 González A., Ignacio: 67
 González Alaniz, Patricia: IV
 González, Alonso: 67
 González Bustamante, J.J. (Lic.): 168
 González Cosío, (Gral.): 10
 González, José Luis: 170
 González, Otilio (Dip.): 166
 González, Porfirio: 67
 Guadarrama, Fernando: 67
 Guerra Pérez, Rosa María (C.P.): 147
 Gutiérrez A., Angel: 67
 Gutiérrez A., Rodolfo: 20, 67
 Gutiérrez Roldán, Yolanda: IV

H

- Hernández, Hiram (Comodoro): 72
 Hernández, José: 67
 Hernández López, Tomás: 175
 Hernández, Tirso (Gral.): 67
 Herrera Celis, Miguel: 67
 Hiriart Urdanivia, Humberto (Lic): 149
 Huerta, Nazario: 165
 Huerta S., Luciano (Dr.): 171
 Huerta, Victoriano (Gral.): 70, 80
 Hurtado de Mendoza, Luis (Comodoro):
 120
 Hurtado, Enrique (Tte.): 67

I

- Ibáñez, Carlos: 67
 Ibarra Romo, Ana María (Lic.): XXX
 Illades, Eladio (Cap. de N.): 67
 Illescas Olivares, Angel: 175
 Irán Díaz Góngora, José Antonio (Dr.): III
 Islas Pérez, María Estela (Lic.): III
 Israels, Miriam: 174
 Isunza, Fernando: 67
 Izaguirre, Rafael (Cap.): 116

J

- Jiménez, Francisco: 67
 Joffre Velázquez, Oscar (C.P.): III,
 XVII, XX, XXIX
 Johnson, David (Gral.): 74, 75
 Juárez, Andrés (Cap.): 89

K

- Koll, (Oficial): 89
 Krauze, Enrique: 188

L

- Lagos Cházaro, Francisco (Gral.): 91,
 97, 100, 101
 Laguens, Luis: 188
 Landa, Alberto: 67
 Landa, Luis: 67
 Lapham, Arturo F. (1er. Tte.): 67
 Lara Martínez de, Joaquín (Est.): IV
 Lastra, Agapito (Gral.): 85
 Laurencio V., Roberto (Comodoro): 67
 Lavalle Argudín, Mario (Vicealmirante): IV,
 XXX, 121, 149, 182

- León, Benjamín (Tte.): 39, 67
 Lezama, Marcos: 67
 Liguori, Francisco: 147, 181
 Lombardo Toledano, Humberto: 188
 López Aguado, (Profr.): 181
 López, Armando C.: 67
 López, Daniel: 20
 López Hernández, Alfredo (Ing.): III
 López Ostria, Claudio (Tec.): IV
 López Ramírez, Pedro (Cap.): 170
 Loustanau, Eduardo: 165
 Luna, Federico A.: 67
 Luque, (Gral.): 62, 64

M

- Madariaga, F. (Cap. de N.): 108
 Magdalena, Vicente (Profr.): 147
 Manero Suárez, Adolfo: 20
 Mantilla Molina, Roberto (Dr.): 173
 Maqueo, Ramón: 67
 Martínez Corona, Diego: 67
 Martínez Ortiz, Manuel (Ing.): 150
 Martré, Gonzalo: 151
 Mass, Gustavo A. (Gral.): 46
 Massieu Berlanga, Andrés (Lic.): III
 Mayagoitia Barragán, Vicente (Ing.): III
 Maytorena, José María (Gral.): 70
 Maza Belmar, José: 121
 Melgarejo Velasco, Gustavo: 121
 Melrose Aguilar, Enrique (Dr.): III
 Méndez, Darío: 67
 Méndez Docurro, Eugenio (Ing.): III,
 XXI, XXIV, XXIX
 Mendoza Suazo, Carlos: 175
 Menéndez, Carlos A.: 67
 Minor Amado, Jorge: 2
 Minor Amado, María de: 2
 Minor Amado, Sergio: 2
 Minor Boland, Olga María: 2
 Minor Carro, Aurora Luisa: 1, 2
 Minor Carro, Eliseo: 1, 2
 Minor Carro, Esteban Justo (Ing.):
 XI, XV, XVI, XIX, XX, XXIII,
 XXIV, XXVIII, XXIX, 1, 2, 4,
 10, 18, 21, 22, 32, 37, 67,
 107, 108, 110, 111, 117,
 121, 126, 129, 130, 132
 137, 138, 139, 140, 141,
 142, 143, 144, 145, 146,
 147, 148, 149, 150, 151,

- 152, 153, 154, 155, 156,
157, 158, 159, 160, 161,
165, 166, 167, 168, 169,
170, 171, 172, 173, 174,
175, 176, 177, 179, 180,
181, 182, 183, 187
- Minor Carro, Josefina Emelia: 1, 2
Minor Carro, Juana Nemesia: 1, 2
Minor Carro, Pablo Plutarco: 1, 2
Minor Flores, Felipa de: 1, 2
Minor Flores, Juan Esteban: 1, 2
Minor González, Alicia de: XXIX, 2,
148, 183
Minor, Pioquinto: 1, 2
Miranda Brito, Rebeca (Lic.): IV
Moheno Tabares, Querido: 80
Montalvo, Enrique: 67
Monteón González, Humberto (Dr.): IV,
XI, XXX
Montero: 9, 10
Montero, Julio: 31
Montes, Andrés: 165
Morales Barragán, Alma (Lic.): IV
Mosqueira, Salvador: 147
Moura Minor, Fathin: 2
Moura Minor, Ilyia de: 2
Moya, Luis: 67
Moya, Ramón (Tte.): 67
Murguía, Francisco (1er. Tte.): 39
- N**
- Nápoles Gándara, Alfonso (Dr.): 125,
172
Natera, Pánfilo (Gral.): 102, 103
Núñez Ehan, Gregorio (Vicealmirante):
182
- O**
- Obregón, Alvaro (Gral.): 70, 90
Ochoa Díaz, Ricardo: 55, 67
O. de Ariza, María Luisa: 176
Orduña Carrasco, Roberto: 20, 32, 39,
67
Orihuela, Amado Ciro: 67
Oropeza, Guillermo: 67
Orozco, Gabino: 67
Orozco González, Antonio (Lic.): IV
Ortega, (Comodoro): 89
Ortega, Melchor: 165
- Ortiz de Zarate, Juan Manuel (Dr.): 170
Osorio, José: IV
- P**
- Pacheco, Joaquín (I. M.): 32
Paliza, (Gral.): 10
Pasquel, Pablo: 67
Pastor Baheza, Deóodoro: 121
Patiño, Dolores: 67
Pauling, Alberto J. (Cap.): 114, 116
Pazos Téllez, Albino: 168, 169
Pérez Chipuli, Luis (Cabo): 37, 67
Pérez de León, José: 188
Pérez, Emilio: 67
Pérez Espiridión, Jesús A. (Ing.): III
Pérez, Irineo Alacio: 67
Pérez Raúl, Enrique (Cor.): 91
Peyrot Girara, Manuel: 121
Piña, M.: 165
Poiré, Fernando: 67
Prieto Calderón, Benigno (Cap.): 170
Prieto, Sotero: 125
Puga, Félix: 67
- Q**
- Quintana, Germán A.: 67
Quintanilla, Manuel C.: 67
Quintero Quintero, Manuel (Ing.): III
- R**
- Rábago, Rafael: 67
Ramírez, Manuel: 67
Ramos, Raymundo (Profr.): 147
Rebatet, Agustín (Tte. Cor.): 74, 75
Rebolledo, Guillermo: 166
Remes, Maximiliano: 67
Renault, Pedro (Ing.): 106, 110, 111
Rendón, Pedro: 67
Reyes, Javier: 157
Reyna Nava, Juan (Profr.): 139
Ríos, Ignacio: 67
Ríos, José (Cap.): 67
Ríos, (Lic.): 28
Riverón, Mario: 67
Robledo, Enrique: 121
Rodríguez, Abelardo L. (Gral.): 165
Rodríguez (Gral.): 78, 81, 82, 85
Rodríguez Malpica, Hilario (Cap. de N.):
73, 78

Rodríguez Malpica, Mario (Almirante): 67
 Rojas, Fernando: 67
 Romo, José: 67
 Rosales González, Manuel (Ing.): III
 Rosas, Ángel: 67
 Rosas, Enrique: 67
 Rosete Aranda: 5
 Ruano Angulo, Luis Carlos (Almirante): IX, XI
 Rueda, Leopoldo: 67
 Ruiz Chavarría, Gregorio (Ing.): 153
 Ruiz, Leopoldo: 67
 Ruiz, Tomás: 67

S

Sáenz, Modesto (Tte. M.): 67
 Salazar, Eduardo: 67
 Salazar Minor, Martha de: 2
 Sánchez, Andrés: 67
 Sánchez, Felipe: 67
 Sánchez, Leonardo: 67
 Sánchez López, Jorge: XXX
 Sánchez, Roberto: 67
 Sánchez Terán, Juan: 67
 Santamaría, Santiago: 165
 Sarmiento, Samuel: 67
 Sarukhán Kermez, José (Dr.): XIII, XVI, 138, 147
 Sastré, Fernando: 67
 Saucedo, Flavio E.: 67
 Schega, Rodrigo: 67
 Segl Zalce, Adriana: XXX
 Servín, José: 67
 Servín y L., José (Cap.): 39
 Sherwell, (Ing.): 141
 Sevilla, Luis: 67
 Sierra, Manuel de la: 67, 88, 105
 Siliceo, Fernando (Cap.): 26, 27, 120
 Smith Sonzley, Granville: 155
 Sócrates: 159
 Solana Morales, Fernando (Lic.): III
 Solano, Carlos (Cap.): 67
 Solís, José del Carmen (Cap.): 106
 Solís Minor, Luis Felipe: 2
 Solís Minor, Martha Patricia: 2
 Solís Rodríguez, Manuel: 175
 Sotero Prieto, (Profr.): 181
 Suárez, Jorge: 67
 Suárez, Luis: 67
 Suárez, Mario (Dip.): 166

T

Talán Ramírez, Raúl (Dr.): III
 Tapia, Margarita: 147
 Téllez, Joaquín (Gral.): 70, 71, 74, 77, 82, 83, 84, 85
 Torres, (Comodoro): 89
 Torres Goytortúa, Hiram: 155
 Torres, Guillermo: 67
 Torres Olvera, Jaime: 168, 169
 Torres, Pedro: 67
 Torres Rojo, Luis Arturo (Lic.): IV
 Torres Soto, José Trinidad (Ing.): 157
 Trejo González, Mario (Ing.): 151
 Trueba, Elvira: 171

U

Ugalde V., Procopio: 67
 Uribe, Virgilio (Cadete): 61, 66, 67, 165

V

Valdivieso, Juan: 67
 Varela Orihuela, Benjamín (Dr.): III
 Vargas Cuevas, Jesús (Ing.): 159
 Vasconcelos (Dr.): 75, 78
 Vázquez del Mercado, Jesús: 121
 Vázquez del Mercado, Rafael (Cap.): 11, 67
 Vázquez Reyna, Francisco: 67
 Velázquez Rangel, Rosa Ma.: XXX
 Vidal, Salvador: 67
 Villa, Francisco (Gral.): 88, 90, 91, 92, 96, 97, 98, 100, 101, 102, 103, 104, 105
 Viñals Padilla, Sergio (Ing.): III, 160
 Voelker Minor, Sara de: 2
 Voelker, Paul John: 2

W

Wagner, Fernando (Profr.): 153

Y

Young, Robert B.: 174

Z

Zamudio Zamudio, Pedro: 121
 Zermeno Araico, Manuel (Almirante): 132
 Zubieta, Gonzalo: XV

D/02128 / VII - 94

D/ALM. N. LAVALLE A.

ESTEBAN MINOR CARRO
Autobiografía

Obra impresa en febrero de 1994
en los talleres de New Art Comunicación Visual
Tel. 306-79-88 Fax 306-46-13
La edición consta de 1,000 ejemplares

Diseño de portada:
Lic. Antonio Orozco González